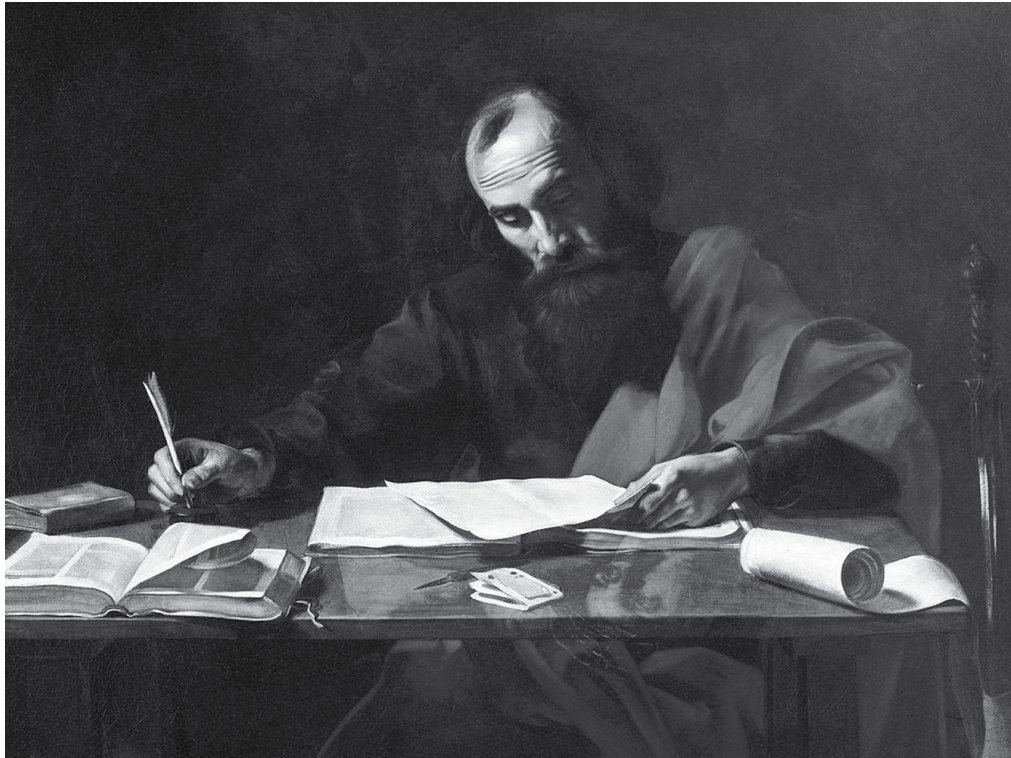


LA EPÍSTOLA A LOS ROMANOS





2022
Sucre-Bolivia

PRESENTACIÓN

Querido lector: aunque este material que ahora te presentamos no es un comentario a toda la carta del apóstol Pablo a los Romanos, sino solamente a los cinco primeros capítulos, sin embargo, contiene muy probablemente la sección más importante no sólo del NT, sino de toda la Palabra de Dios, ya que en estos primeros capítulos Pablo expone maravillosamente la doctrina de la justificación solo por la fe en Jesucristo.

Conocer esta doctrina es conocer en qué consiste el amor de Dios en su hijo Jesucristo, y de esta forma disfrutar comunión verdadera con el Señor.

La presente edición de este material en español ha sido comparada con el texto original por el Misionero Ingar Gangas. La edición estuvo a cargo del Hno. Gonzalo Ascarrunz.

Como en todas nuestras producciones, agradecemos el apoyo financiero de la Misión Luterana Laica de Noruega.

¡Que Dios te bendiga grandemente, estimado lector!

Los editores

LA EPÍSTOLA A LOS ROMANOS

Una carta acerca de la Misión

¿Es éste un subtítulo adecuado para la epístola a los Romanos? ¿No es esta epístola en primer lugar un libro “edificante” sobre la gran doctrina de la justificación? Preguntas como estas son características de la manera como piensan muchos cristianos acerca de la misión entre los incrédulos. Piensan que pueden ser cristianos, creer en Jesús y edificarse, sin experimentar el deseo de dedicarse a hacer misión. Pero el creyente que vive así no ha visto la conexión íntima que debe haber entre el alimentarse de la Biblia y llevar el evangelio a los que no lo conocen.

Muchos piensan que la obra de la misión no es para todos los cristianos. Creen que solamente es el papel de los que se sienten *llamados* a hacer misión, es decir los que se preocupan por la salvación de los incrédulos. Cuando uno piensa así, demuestra que no ha visto la conexión estrecha que existe entre el evangelio y la misión entre los que no creen. Lo cual también indica que no han entendido el evangelio.

Tal vez muchos dirán que hablar así es muy fuerte. Pero leamos Efesios 3:1-7 para ver si lo que afirmamos está conforme a la Palabra de Dios. Estos versículos hablan acerca de un misterio revelado por Dios para sus santos apóstoles y profetas.

El misterio es que: “Los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” Ef. 3:6.

Aquí Pablo se refiere a lo que ya dijo en Efesios cap. 2, donde habla acerca de la salvación completa realizada por Jesús. Él ha pagado por nuestros pecados, y así nos ha librado de ellos. “Mató” la enemistad entre Dios y nosotros (vers. 16). “Él *hizo* la paz” (vers. 15). También proclamó la paz tanto para los que estaban lejos (gentiles) como para los que estaban cerca (judíos) (vers. 17). Entonces, por medio de la obra de la salvación, Cristo ha realizado y predicado la paz para todos.

¡Esto nos muestra que la misión entre los gentiles radica en la misma obra de salvación de Jesús!

Ninguno puede ser colaborador en la misión solamente por escuchar acerca de la necesidad de salvación y los problemas de los gentiles. Escuchar acerca de tales cosas es importante, pero no puede producir en nosotros más que una compasión humana por ellos. ¿Qué importancia tiene nuestra preocupación por los gentiles?

La misión no es una forma de idealismo

Tener un enfoque misionero sano tampoco es lo mismo que tener un concepto idealista acerca de la misión. ¡El deseo de hacer misión, es algo totalmente diferente

a una compasión humana e idealista! ¡Es la obra del Espíritu Santo en el corazón del hombre!

Como cualquier obra del Espíritu Santo, también el ánimo para hacer misión tiene que ser efectuado por medio de la Palabra acerca de Cristo. Solamente Dios puede hacer que nazca en nosotros la voluntad de extender el evangelio.

Todo lo que hace el Espíritu Santo en nuestro corazón, es por medio de la doctrina acerca de Cristo y su obra. Algo que vemos muy claro -por ejemplo- en la epístola a los Romanos.

Por lo dicho, cualquier cristiano honesto entenderá que es totalmente falso decir que creer en Cristo es una cosa y hacer misión es otra diferente, por lo cual, él no necesitaría involucrarse si no quiere. Si un cristiano no se siente obligado a hacer misión, ni tiene el deseo de hacerlo, muestra que no quiere hacer precisamente lo que Jesús quiere que haga. Por eso llamamos la epístola a los Romanos “una epístola de misión”. Ya que justamente es eso, porque no solamente está escrita para los cristianos gentiles y a veces habla acerca de la salvación de los mismos. Sino en primer lugar porque nos explica la salvación completa en Jesucristo. Tal vez esta carta nos muestra más que todas las escrituras de la Biblia, qué es el evangelio.

¡Una escritura acerca la misión tiene que ser una escritura edificante! No es solamente una escritura acerca de la *historia* de la misión. El escudriñar el cristianismo no es lo mismo que escudriñar cómo se extendió el cristianismo en el mundo (historia de la iglesia). Así también el escudriñar la misión, no es lo mismo que escudriñar la *historia* de la misión.

El propósito de este comentario

El propósito de este pequeño estudio es el de despertar y alimentar la fe de los que lleguen a leerlo, también despertar y alimentar el deseo de hacer misión entre los gentiles. Para esto se necesita algo más que sólo el conocimiento de la historia de la misión. Este propósito doble se puede obtener solamente cuando dejamos al Espíritu Santo hacer que ¡la Palabra acerca de Cristo viva en nuestros corazones!

Consejos para el estudio

1. Se necesita contemplar la Palabra de Dios tal como está escrita

Por lo que se ha escrito hasta ahora, ninguno debe ¡creer que la epístola a los Romanos ha sido estudiada desde el punto de vista de, “como hacer misión”! ¡No! No se necesita ningún “punto de vista” para su interpretación. Necesitamos la ayuda de Dios, la guía y la luz del Espíritu Santo para entender su Palabra. Es necesario escuchar lo que *Dios nos enseña* por medio de la Epístola a los Romanos. Es decir, aceptar la Palabra como si fuera Dios mismo quien nos habla personalmente por medio de ella.

Es muy peligroso leer la Biblia bajo diferentes “puntos de vista”. Incluso con una sana mentalidad, y un buen propósito, aun así, tendría como consecuencia que la Biblia se lea como a través de unos “lentes”, esto resultará que la Biblia se comprenda por medio del pensamiento del hombre en vez de que se arroje luz sobre los textos de la Biblia misma.

Es importante encontrar el contexto correcto para que la Palabra pueda ser interpretada por sí misma y para que una idea bíblica arroje luz sobre otra, como dice 2 Pedro 1:20-21. No podemos entender correctamente la Palabra, si no es interpretada por sí misma y por el contexto que está en la misma Biblia.

2. En este curso estudiaremos las verdades básicas del Evangelio

No es posible entrar a todos los detalles de la Epístola a los Romanos. Aunque quizás tenemos acá la parte más detallada y rica de toda la Biblia; no podremos mencionar todo en un comentario breve como éste, por lo que concentraremos la exposición sobre los primeros cinco capítulos, y lo que se dice en estos capítulos acerca del *pecado, la fe y la justificación*.

Es recomendable escudriñar bien el texto bíblico junto con la lectura de este comentario.

Una breve introducción

1. La iglesia en Roma

Hechos 2:10 cuenta que mucha gente estaba presente en Jerusalén el día de Pentecostés. Había ciudadanos de Roma, y también otros gentiles que creían en la fe de los judíos (gentiles llamados prosélitos). Muchos estaban aglomerados alrededor de los apóstoles cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos, y hablaron en diferentes lenguas. Entre los tres mil (vers. 41) que fueron salvos aquel día -por el testimonio acerca de Cristo-, seguramente también hubo muchos de Roma. Ellos -al retornar a Roma- fundaron la primera iglesia en esa ciudad y comenzaron a trabajar por el evangelio. Entonces, es muy posible que la iglesia de Roma tuviera su origen en el avivamiento de este día de Pentecostés. Entendemos que esta congregación, desde el primer día estuvo compuesta por judíos y gentiles. Esto nos ayudaría a entender porque el apóstol muchas veces dice: “judíos primero, luego griegos”. Como cuando también explica la historia de los judíos en relación con la misión entre los gentiles (Ro. 9:11). También nos da a entender cuán necesario era explicar acerca *de la ley* y el verdadero sentido de la ley. En una iglesia compuesta de judíos como gentiles, necesariamente surgirían muchas preguntas difíciles para los creyentes también en cuanto a otras muchas cosas.

Fuera de esto, sabemos que la iglesia de Roma era conocida por su fe. (Cap. 1:8). Por esto entendemos que tuvo mucha importancia para el Reino de Dios en el mundo.

La posición geográfica de Roma y su importancia como la capital mundial tuvo que contribuir a hacer que la iglesia allí tuviera mucha más relevancia.

También nos ayuda a entender porque el apóstol tenía tantas ganas de visitar aquella iglesia. (Cap. 1.9-13) y porque se preocupaba tanto porque conservara una fe sana y verdadera en Cristo. La situación espiritual de la iglesia de Roma era de gran importancia para el Reino de Dios en todo el mundo.

2. ¿Cuándo y por qué fue escrita la carta a los Romanos?

- a. En el cap. 15:25-28, vemos que fue escrita cuando Pablo estaba a punto de viajar a Jerusalén con dinero ofrendado por los creyentes de Macedonia y Acaya. Si comparamos esto con 1 Cor. 16:1-4 y Hechos 24:17 vemos que se refiere al final del tercer viaje misionero de Pablo, cuando estaba por salir de Corinto. Por esto, la carta probablemente fue escrita en Corinto en el año 56 o 58.
- b. ¿Por qué fue escrita? Según lo que dice el mismo Pablo en la introducción de la epístola (1:5) entendemos que el propósito era el de crear una obediencia verdadera a Dios.

El nuevo testamento habla acerca de dos tipos de obediencia que no se deben confundir:

1. La obediencia de la fe, es decir, la obediencia que consiste en recibir el evangelio y creerlo, es decir la obediencia al plan de salvación de Dios.
2. La obediencia que produce el evangelio en el corazón del creyente, es decir la obediencia como fruto del Espíritu.

El apóstol en primer lugar fue llamado a transmitir el primer tipo de obediencia. A pesar de que esta obediencia no es lo mismo que la obediencia como fruto del Espíritu, es necesario tomar en cuenta que también la obediencia de la fe se efectúa solamente por la predicación del evangelio. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rom. 10:17). Por eso era especial la obra del apóstol: predicar el evangelio para los gentiles. “¿Como, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?” (Rom. 10:14).

La verdad es que la epístola a los Romanos fue escrita para los creyentes, es decir para los que han sido obedientes al evangelio y tienen “la obediencia de la fe”.

No obstante, se necesita recordar que si uno ha sido obediente al evangelio también necesita ser renovado por el evangelio para poder continuar obedeciendo en la fe y vivir en comunión con Dios de una manera verdadera y sana.

¡De qué vale si un cristiano ha llegado a tener fe, si no vive continuamente en la fe!

Entonces, como la fe nace por la predicación acerca de Cristo, también así es necesario que se renueve y crezca por la predicación de Cristo. Por eso Pablo aclara las verdades de salvación y santificación para los creyentes.

Peligros espirituales

Muchos creyentes han entrado en dificultades espirituales. Y también perdieron su fe por haberse alejado de la verdad acerca de Jesucristo. Ellos mismos piensan que entraron en estos problemas por causa de fuertes tentaciones, dificultades, derrotas, y por su propia pereza o estupidez por causa de las condiciones bajo las cuales vivían, etc. Pero esta no es la verdad. Si nos hubiéramos desviado de rumbo por estas cosas, estaríamos sin esperanza.

¡El peligro de Satanás, el mundo y nuestra naturaleza mala lo enfrentamos todos nosotros! Pero Dios nos ha dado ayuda previa contra esto. Ya que, si nos cansamos fácilmente y perdemos el rumbo, ¡siempre es porque dejamos de recibir la Palabra acerca de Jesús!

Nótese Heb. 12:3: “Considerad a aquél... para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar”. Solamente es posible recibir a Cristo por medio de la Palabra que habla acerca de Él.

¡Por eso un cristiano, para ser preservado en Cristo, necesita diariamente el evangelio! Lutero dice justamente acerca de la epístola a los Romanos que las partes centrales de aquella carta deben ser leídas por el cristiano diariamente, como su lectura favorita, para que pueda vivir una vida recta frente a Dios. Si eres un creyente desanimado y débil, ¡quisiera que tomes en cuenta esto!

¿Misión en el Occidente?

En segundo lugar, se ve por lo anteriormente escrito, que era importantísimo para la obra misiológica del apóstol, que la iglesia de Roma tuviera una vida cristiana sana. No es por nada que Pablo frecuentemente pidió a Dios llegar a Roma para comunicar las bendiciones espirituales de los creyentes allí. Al leer la última parte de la epístola (15:28-29) entendemos que él tenía un propósito especial: Pablo pensaba viajar a España.

El apóstol se sentía liberado de su obra en la parte oriental del imperio Romano (15:23). Dios le llamaba a viajar al occidente. Por eso era necesario que obtuviera contacto espiritual con la iglesia de Roma, y además los creyentes en Roma gozarían la bendición espiritual del mensaje del apóstol, (1:11; 25:29). Por la influencia que tenía Roma en aquella parte del mundo, el occidente estaría más abierto al evangelio.

Las cosas no pasaron según lo que pensó Pablo. No obstante, llegó a Roma, aunque como prisionero. Luego fue liberado y después viajó a España. Por último, fue hecho nuevamente prisionero y sufrió la muerte como mártir. Así, la Epístola a los Romanos

tuvo importancia indirecta respecto a la obra de Pablo, al efectuar la obediencia de la fe entre los gentiles, en el oriente del imperio Romano.

Algo más en el contexto; cuando el apóstol escribe: “Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia de la bendición del evangelio de Cristo” (15:29), no dice algo acerca de su propia persona, sino dice algo acerca del *mensaje* que Dios le había dado, Pablo sabía el sentido y la importancia de aquel mensaje.

3. Esquema de la epístola

1:1-17. Palabras introductorias

- a. Saludo, v. 1-7
- b. El apóstol y su relación con los lectores, v. 8-15
- c. El tema principal, v. 16-17

1:18-11:36. Primera parte

PARTE DOGMÁTICA

A. Una exposición doctrinal de las verdades básicas para la salvación. 1:18-8:39

1. El pecado, 1:18-3:20
2. La salvación (La justificación por fe), 3:21-5:21
3. El fruto de la salvación (La santificación), 6:1-8:39

B. La elección de Israel. 9:1-11:36

1. El apóstol y su relación personal con los judíos, 9:1-5
2. La transgresión y el rechazo de los judíos no pueden abolir el pacto de Dios, 9:6-29
3. Los israelitas tropiezan con el evangelio y la salvación llega a los gentiles, 9:30-10:21
4. Dios no ha desechado a su pueblo para siempre. Habrá salvación a su debido tiempo, 11:1-36

12:1-15:13. Segunda parte

PARTE EXHORTATIVA

A. La parte general. 12:1-14:14

Exhortaciones para todos los cristianos, en todos los lugares, para todos los tiempos.

1. Exhortación fundamental, 12:1-2

2. La relación entre los creyentes y la iglesia verdadera, 12:3-8
3. La relación con otras personas, 12:9-21
4. La relación con las autoridades, 13:1-7
5. El amor entre los hermanos de la fe, 13:8-10
6. ¡Estén preparados para la venida de Cristo!, 13:11-14

B. La parte especial. 14:1-15:13

Exhortaciones a la congregación de Roma, incluyendo un mensaje a todos en forma global.

1. Exhortación al débil y al que se siente fuerte, 14:1-12
2. ¡Tengan respeto a los que tienen una conciencia débil!, 14:13-23
3. ¡Que los fuertes soporten las flaquezas de los débiles!, 15:1-13

15:14-16:27. Doxología final

Dando ánimo, saludos finales y una alabanza a Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

¿Por qué decimos que la Epístola a los Romanos es una epístola acerca de la misión?

¿Por qué es necesario para el creyente usar la Palabra de Dios?

¿Cómo podemos entender la Palabra de una manera correcta?

Palabras introductorias

Cap. 1:1-17

Las palabras preliminares en la epístola a los Romanos son muy importantes. No se escribieron solamente como una “introducción”, sino que cada palabra tiene cierto sentido y es importante para entender del mensaje de la epístola. No podemos estudiar cada palabra en la introducción, por eso vamos a concentrarnos en lo que dice acerca de Pablo mismo (v.1), acerca de su relación con el antiguo testamento (v.2), acerca de Cristo (v.3) y por último acerca del tema de la epístola (v.16-17).

a. Saludo, v. 1-7

El saludo comienza en el vers. 1 y continúa en el vers. 7. Habla acerca de Pablo, también da una descripción de los creyentes en Roma. Y también contiene un saludo a los creyentes.

En aquel tiempo, las cartas siempre comenzaban con un saludo semejante a éste. (Compárese con 1 Cor. 1:1-3; Ef. 1:1-3; 1 Pedro 1:1-2). Pero en este saludo también encontramos información personal (V. 2-6). Esta introducción es mucho más larga de las que hay en las otras epístolas de Pablo. Primero habla acerca del apóstol mismo (v. 1), luego acerca de la relación entre el Evangelio y las escrituras del Antiguo Testamento (v. 2). Después habla acerca del contenido del Evangelio (v. 3-4) y por fin dice algo acerca de cómo fue salvo él mismo, su apostolado, la salvación de los gentiles y la salvación de los creyentes en Roma.

¿Para qué sirven estas palabras introductorias? En realidad, sirven para demostrar con qué derecho escribe el apóstol y de dónde viene su mensaje. ¡Deberíamos pensar mucho en las cosas mencionadas en estos versículos y darle a Dios gracias por lo que dicen! Realmente las cosas mencionadas aquí tienen más importancia que lo que normalmente creemos y pensamos.

Un mensaje de alegría

Desgraciadamente las palabras que estudiamos ahora no llegan a ser más que palabras vacías para muchos lectores de la Biblia. No entienden porqué se han escrito y qué consecuencia deberían tener para su fe y su vida.

Cuando en la vida diaria nos encontramos con un mensaje que nos trae alegría y que tiene un significado importante para nosotros y nuestro futuro, nos preguntamos inmediatamente: ¿Quién lo dijo? ¿Cómo se sabe esto? ¿Es verdad?

Imagínate por ejemplo que un hombre, un día te dijera que heredaste una gran fortuna. Acaso no preguntarías: “¿Yo heredé? ¿Es verdad? ¿Cómo se sabe esto? ¿Puedo confiar en lo que me dijo?” ¡No podrías creer fácilmente un mensaje como éste! Primero necesitarías estar seguro si la noticia es verdadera, si está fundada en lo real.

¡Entonces, en la epístola a los Romanos encontramos un mensaje mucho más alegre y decisivo para nuestro futuro! Se nos predica que el *impío* puede ser justificado sin haberlo merecido (Cap. 3:24; y caps. 4 y 5).

Esto quiere decir, que nosotros, que no tenemos nada por lo cual podemos ser aceptados por Dios, aun podemos ser *herederos de Dios*, es decir, herederos de toda la gloria de Dios y coherederos con Cristo (8:17). ¡Esto vale más que todo el dinero del mundo! Justamente esto es para todos los que están condenados por su pecado, y que no saben cómo obtener una relación de paz con Dios. Acaso no deberíamos preguntar: ¿Puedo realmente creerlo? ¿Quién lo ha dicho? ¿Se basa en la realidad?

¡Entonces tendríamos razón de dar gracias a Dios por estas palabras que nos proclaman este mensaje! Justamente por causa de la grandeza del mensaje y su importancia, es que el apóstol escribe de esta manera en el saludo inicial de la epístola.

Por eso es necesario recibir el mensaje de forma positiva. Todos los que lo reciben serán salvados y en Cristo recibirán todo lo que necesitan para la salvación y la vida cristiana. Por otro lado, también el mensaje es decisivo: ¡Todos los que no lo reciben, quedarán bajo la ira de Dios y la condenación! ¡Se perderán en el infierno!

Por eso, es necesario para Pablo mostrar que el mensaje no viene de él mismo. No es algo que había salido de su propio pensamiento. Era la Palabra verdadera e infalible de Dios. Para la cual el apóstol, fue elegido a predicar, y por lo cual también era responsable frente a Dios. Por eso dijo: “¡Ay de mí si no predico el evangelio!” (1 Cor. 9:16).

El apóstol Pablo

Vers. 1: *“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios”*

“Pablo” quiere decir “el pequeño”.

Pablo era el nombre romano del apóstol Saulo, que era su nombre judío. Sin embargo, no es correcto decir que el apóstol se llamó Saulo como judío -antes de que se arrepintiera- y luego como cristiano fue llamado Pablo. En realidad, según la costumbre entre los judíos de aquel tiempo, recibió estos dos nombres cuando fue circuncidado. También leemos en los Hechos, que fue llamado Saulo, después de su arrepentimiento, hasta que comenzó su primer viaje como misionero (Véase Hechos 13:8).

Pero, a pesar de que Pablo no había recibido su nombre como por ejemplo Pedro recibió el suyo, es decir, como una característica de su persona y su tarea en el reino de Dios, se puede decir que el nombre Pablo era adecuado para él. Muchos consideran que Pablo era pequeño de estatura, y algunos también que era pequeño como cristiano y obrero en el Reino de Dios, porque no era nada en sí mismo. Era un hombre muy

inteligente, y tenía mucha sabiduría, también fue un pensador penetrante, pero, ninguna de estas cosas hizo que fuera escogido para el Reino de Dios. Claro que sus habilidades tenían importancia para su obra. Pero su poder estaba en la dependencia que tenía de Cristo. (2 Cor. 12:9-10). Su sabiduría era lo que Dios le había revelado en Cristo, es decir el Evangelio.

Pablo no vino con “excelencia de palabras” (1 Cor. 2:1), es decir con elocuencia y sabiduría humanas, aunque tenía la habilidad de hacerlo. Él sabía con claridad que, si se basaba en sus habilidades y en sus fuerzas, su obra y predicación sería sólo una obra humana. Por eso vino con la “Sabiduría de Dios”, es decir con el testimonio acerca de Cristo y su obra completa, para que los que creyeran lleguen a ser salvos (Véase 1 Cor. 1:20-31).

En todo, Pablo era el pequeño, y Cristo el grande. Cristo era el poder de Dios y también la Sabiduría de Dios (1 Cor. 1:24). Oigamos su testimonio: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor. 15:10) y también: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Por eso, él no quiso gloriarse a sí mismo por algo, ni aun por las grandes experiencias que Dios le había dado. Su gloria era su *debilidad*, es decir su dependencia del Salvador (1 Cor. 12:6-10) su gloria era Cristo (1 Cor. 1:31). Esto nos enseña mucho acerca de la epístola a los Romanos y nos explica el mensaje que esta carta predica.

Tenemos una ley constituida en el Reino de Dios, que es la siguiente: Precisamente como es tu relación personal con Cristo, precisamente así será también tu vida y tu obra. Cosa que también es confirmada por la descripción que el apóstol le da a su nombre. Por ejemplo: “El siervo de Jesucristo”, según el texto griego en realidad dice: “el esclavo de Jesucristo”.

Esclavo de Cristo

Lo característico de un esclavo, es que su propia voluntad ya no tiene importancia. Es gobernado por la voluntad de su señor. Todos sus actos y sus obras son como resultado de dicha voluntad. Pero al mismo tiempo tenemos que añadir que Pablo estaba libre de la esclavitud de la ley, es decir del legalismo.

El apóstol estaba a salvo de este tipo de esclavitud y sumisión a la voluntad de Dios. El legalismo para Pablo pertenecía al pasado.

Pablo había llegado a ser un hombre nuevo, había recibido una mente nueva, y una nueva naturaleza. La voluntad de Cristo ahora era el deseo de su corazón, su alegría y su placer. Era libre cuando estaba haciendo la voluntad de su *Señor*, y cautivo,

cuando hacía su propia voluntad. Había experimentado lo que Dios prometió por medio del profeta, lo que también todos los creyentes, y hombres renacidos experimentan (Véase Ezequiel 11:19-20). Lo que dice el apóstol Pablo aquí realmente es común a todos los cristianos.

Sin embargo, entendemos por el contexto que Pablo dice esto acerca de sí mismo, refiriéndose a la obra que Dios le había mandado hacer, la cual también es la causa por la que escribe esta epístola. ¡Si era la voluntad de Jesucristo que le gobernaba, entonces, también era *la voluntad de Jesucristo que esta epístola fuera escrita!*

La responsabilidad del apóstol

Un hombre es responsable frente al que tiene el derecho de tenerlo a su servicio. Pablo escribió esta epístola bajo la responsabilidad de estar frente a Jesucristo.

¡Entonces la carta a los Romanos fue escrita por la voluntad de Jesucristo! ¡Él es el que quiere que conozcamos lo que dice esta epístola!

La autoridad del apóstol

“Llamado a ser apóstol”.

Originalmente está escrito: “Un llamado apóstol”, poniendo de relieve la palabra “llamado”. Si la explicación precedente habló acerca de la responsabilidad del apóstol, la presente refiere a su *autoridad*. “Apóstol” quiere decir “enviado”, o, mejor dicho, un *ministro enviado*, el cual, tiene autoridad. Lo que dice y hace tiene la misma autoridad como si fuera dicho y hecho por aquél que lo envió.

No podemos dar aquí, una exposición amplia acerca de todo lo que se puede decir sobre la palabra apóstol. Sin embargo, es necesario decir que “apóstol” se refiere a todos los misioneros que están viajando y trabajando independientemente. Los que son llamados por el Señor para predicar el evangelio en todas partes del mundo. Ser llamados directamente quiere decir que han recibido el llamado sin un intermediador humano.

Entonces, es un malentendido creer que la palabra “apóstol” en el Nuevo Testamento sea usada solamente para los 12 apóstoles y Pablo.

Apóstol en sentido pleno

En el tiempo después de que fue escrito el Nuevo Testamento, se acostumbró a usar la palabra “apóstol”, para referirse solamente a los 12 apóstoles y a Pablo. Pero según 2 Cor. 11:13-15, muchos viajaban y se presentaban falsamente como apóstoles. Si solamente los doce apóstoles y Pablo eran reconocidos como apóstoles, habría sido imposible para otros, presentarse de esta manera. Sin embargo, como era posible

para algunos falsamente decir que eran apóstoles, y aún obtener bastante influencia, podemos concluir que otros, aparte de los doce, también fueron apóstoles de forma verdadera. Según 1 Cor. 4:9, Apolos era, por ejemplo, apóstol. En 1 Cor. 9:6, leemos que también Bernabé y los hermanos del Señor fueron llamados apóstoles.

También es un malentendido creer que, para ser apóstol, era necesario haber visto a Cristo con sus propios ojos, y haber sido llamado directamente por él. Cuando Hechos 1:12-26 habla acerca de escoger a uno que conoció a Jesús personalmente, no era solamente para que sea apóstol sino también *para que forme parte de los doce*. Para formar parte de ellos era necesario haber conocido a Jesús desde su bautismo por Juan hasta que subió al cielo (v. 21-22).

Según Gál. 1:1, era necesario que todos los apóstoles fueran llamados por Dios, pero era posible que este llamado fuera dado por medio de *hombres*. Si no fuera así, no se entendería lo que dice el apóstol en esta cita. Por ejemplo, Apolos no pudo haber visto a Jesús o haber recibido el llamado directamente de Cristo.

Pero a pesar de que el N.T. nos muestra que pudo haber apóstoles fuera de los doce y Pablo, también nos muestra que éstos no tuvieron la misma autoridad e importancia que ellos. Los que habían visto a Jesús con sus propios ojos y fueron llamados directamente por él, tenían una autoridad especial. Por eso dice Pablo de sí mismo, que no solamente es apóstol, sino -con énfasis- que él es *llamado* apóstol.

“Llamado” quiere decir lo mismo que la expresión de Gál. 1:1: “No de hombres o por hombres”. Pablo se había encontrado con Jesús y había recibido el llamado directamente de él. (Véase Hechos 9:1-19; 26:12-20).

De la misma manera, Pablo recibió el mensaje directamente de Jesús, sin intervención de hombres (Gál. 1:11-12). El apóstol escribió la carta a los Romanos con la misma autoridad que solamente tuvieron los que se encontraron con Jesús personalmente, los cuales recibieron de forma directa, el mensaje que debían predicar.

Pablo y los doce, tienen tanta importancia como ningunos otros en el Reino de Dios, no solo porque eran apóstoles sino porque habían sido llamados directamente por Jesús para la obra apostólica y por haber recibido el mensaje directamente de él, sin intervención humana. Ningún otro cristiano, puede entonces, tener la misma importancia que tenían los doce y Pablo.

¿Pero, en qué consiste la importancia de los apóstoles? (Gál. 1:15-20).

Fueron escogidos para predicar el Evangelio de Cristo. Junto con los doce, Pablo fue escogido por Dios para predicar el Evangelio a todos los hombres.

Jesús les dio la Palabra de Dios (Juan 17:14), para que ellos entreguen la Palabra a otros. (Véase 2 Cor. 5:19-20). Por eso, toda predicación acerca de Cristo que no esté conforme con el mensaje dado por medio de los apóstoles, no es de Dios.

Resumen

Si ahora resumimos lo que el verso 1 nos enseña, entendemos que la epístola a los Romanos fue escrita por voluntad de Jesús, bajo su autoridad, y que contiene un mensaje acerca de él y de su obra. No es la enseñanza del apóstol acerca de Jesús, sino un mensaje de Jesús mismo. Es necesario que tomemos en cuenta esto, especialmente en estos días, porque hay mucha predicación superficial y falsa acerca de Cristo. Como dijimos, solamente los que reciben la gracia de Dios para predicar el mensaje del N.T. acerca de Cristo, -y solamente ellos- *predican* la Palabra de Dios de una manera verdadera.

Desde el comienzo del cristianismo, ha existido corrientes religiosas que predicán otro Cristo que él que predica la Biblia. Muchos, incluso creyentes, no toman en serio este peligro. Dicen que si solamente se predica a Cristo o se dice que el hombre necesita a Cristo, todo está bien.

Pero esto no es verdad. La pregunta no es si se predica a Cristo, sino si se predica al Cristo que la Biblia predica. Tampoco la pregunta es, si se necesita a Jesús, sino si se necesita a *este* Jesús y *esta* salvación que Dios nos ofrece en su Palabra. También satanás predica a un cierto "Cristo". (Nótese 2 Cor. 11:13-15), y manda falsos apóstoles que se dicen ser siervos de Cristo y predicadores de él.

Jesús mismo dijo que en todos los lugares donde es sembrada la buena semilla, allá también siembra satanás lo malo, y que también esta mala semilla crece (Mateo 13:24-30 y 36-43). La mala semilla se parece mucho a la buena y verdadera semilla. No obstante, es "otro Cristo" y "otro Evangelio" al que la Biblia predica.

La Biblia dice que aquella predicación es del anticristo (1 Juan 4:1-6; 1 Tim. 4:1-2; 2 Pedro 2:1).

La palabra anticristo quiere decir dos cosas. Primero, "un Cristo que está en contra", y también "un Cristo alternativo". Es un "Cristo" que se opone al Cristo enviado por Dios, el cual quiere engañar a los creyentes y guiarlos por falsos caminos.

Debemos preguntarnos hoy en día si realmente estamos tomando en cuenta este peligro. En la parábola donde Cristo habla acerca de todo esto, él dice: "Mientras estaban durmiendo"; así, entró el enemigo a sembrar la hierba mala (Mateo 13:25). Satanás quiere que los creyentes no vean este peligro, quiere que los creyentes sean ingenuos para que él tenga la oportunidad de sembrar lo malo. El diablo es como una persona que imita el Espíritu de Dios para producir un cristianismo falso, parecido al cristianismo verdadero.

En los últimos días -según la Palabra-, parece que esto se extenderá, para que el camino para el anticristo esté preparado. Cuando la Biblia habla acerca de este peligro, exhorta a los creyentes a que “velen” (Mateo 24:23-43; 25:1-13).

La Palabra de Dios está llena de advertencias contra la falsa predicación del Evangelio. El apóstol dice que sean quienes sean los que predicán, si son apóstoles, profetas, maestros o ángeles del cielo, aun si fuera Pablo mismo; si predicán un Evangelio diferente de lo que ha predicado, es anatema. (Gál. 1:6-9).

No podemos aquí hablar más acerca de la falsa predicación de Cristo, sino que tocaremos este asunto más adelante. Pablo escribe así porque sabe de *quien* ha recibido el Evangelio, y también porque recibió la autoridad *de Jesucristo mismo*.

Pusimos mucho énfasis a esta parte de la enseñanza, porque habla acerca de algo muy importante. No solamente acerca de nuestro entendimiento de la Biblia, sino también de nuestra fe y vida con Dios. Es necesario *someternos a la enseñanza Bíblica acerca de Cristo* y tener *esta enseñanza* como fuente para nuestra fe y vida con el Señor. Por eso el apóstol escribe en los versículos 1-2: “... *que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras...*”

Este versículo, muestra cómo el Evangelio es el cumplimiento de lo que Dios mismo anunció antes por medio de sus profetas, lo cual está escrito en las sagradas escrituras.

“Profetas” no se refiere solamente a los autores de los libros proféticos, sino a todos los que en el Antiguo Pacto fueron enviados por Dios para predicar lo que Dios les había revelado, por ejemplo: Moisés, David, etc.

El teólogo alemán Johann Albrecht Bengel señala que la promesa de Dios y su cumplimiento, confirman mutuamente que la Palabra de Dios es una verdad divina.

Revelaciones verdaderas y falsas

Otra vez tocaremos un punto muy importante; la relación entre la revelación del nuevo pacto y la revelación del antiguo pacto. Este hombre, Pablo, el cual se había encontrado con Cristo personalmente, y que quizás había recibido más revelaciones directamente de él que muchos otros, muestra que la revelación que recibió en realidad *no era algo nuevo*. Lo que fue revelado a Pablo, fue el *cumplimiento* de lo que Dios antes, en el Antiguo Testamento, había profetizado

Más que todo, Pablo tenía temor por las “revelaciones directas” que no estaban conforme con la Biblia. Nótese lo que dice acerca de los que dicen tener “visiones y revelaciones”, que no corresponden a la Escritura. A tales “revelaciones” las describe como resultados de la mente carnal del hombre (Col. 2:18 y 23). Hay un fuerte deseo en el ser humano de encontrarse con Dios directamente, es decir, fuera de la Escritura; muchos quieren por ejemplo escuchar la voz de Dios en su propio corazón, etc. En

nuestro tiempo (como en tiempos pasados) tampoco han faltado predicadores falsos que engañan a la gente con sus interpretaciones equivocadas, pretendiendo ser obedientes a la Palabra de Dios, pero que en realidad son guías hacia la perdición.

Muchas veces se dice y se escribe: Dios nos habla a nosotros si intentamos escucharlo. Esto es una verdad a medias, por lo cual debemos tener cuidado para que no sea aceptada como toda la verdad. Tenemos que asegurarnos quién está hablando. El peligro es que caigamos en mentiras, errores y engaños, desviándonos a nosotros mismos y también a otros, porque puede no ser la voz del Dios verdadero.

Para escuchar la voz de Dios es necesario estar en silencio. Y no es cierto que Dios habla a cualquiera. Tampoco hay garantía de que sea el Dios verdadero, -el de la Biblia- quien nos habla. A veces se escuchan muchas “voces”, y muchas de estas “voces” parecerán piadosas, sin ser necesariamente la voz de Dios.

Lutero mantuvo con bastante firmeza su oposición contra todos los que hablaban acerca de encontrarse directamente con Dios fuera de la Biblia, diciendo que es característico para los Espíritus falsos, decir que Dios habla directamente al alma y no por medio de la Palabra.

El que quiere escuchar la voz de Dios, tiene que aprender a escuchar las enseñanzas de la Biblia. Lutero no negó que Dios puede hablarnos mediante ciertas circunstancias, sueños, o de forma audible, puede hacerlo. Pero entonces es necesario que el hombre sea nacido de nuevo para que aprenda la diferencia entre la voz del Espíritu Santo y las “copias falsas”.

Probarlo todo con la Biblia

De todas maneras, todo lo que se predica, necesita ser comprobado con la Biblia. Aquí tocamos un asunto muy serio. Muchos dicen que son cristianos, pero nunca se encontraron con Cristo en su Palabra. Quieren ser cristianos y vivir con Dios, pero no conocen a Cristo. En realidad, creen y oran a un Cristo imaginario. No oran al Cristo que la Biblia nos *revela*.

Luego veremos porque es así. Aquí solamente diremos que todos los hombres -según su naturaleza-, tienen el deseo de inclinarse a dioses imaginarios. Fácilmente pueden tomar a este “dios” imaginario, como el Dios verdadero.

Pero los que creen y oran a un “dios imaginario”, en realidad hacen lo mismo que los gentiles: “Se hacen un dios con sus propios pensamientos y deseos religiosos”.

Los falsos profetas también predicán que Jesús simplemente llegó para satisfacer nuestros deseos religiosos. Pero esto *no es verdad*. Jesús no vino para ser la respuesta a nuestras preguntas religiosas, sino que vino a salvarnos. Vino para darnos una nueva vida, una vida en comunión con él.

También estudiaremos este tema profundamente, mas luego. Solamente lo mencionamos aquí, para mostrar cuán peligroso es creer en experiencias emocionales que no vienen de Cristo mediante la Palabra. El que no es dependiente del testimonio de la Escritura acerca de Cristo -de manera que experimente que Dios le da nueva vida por esta Palabra, y luego le renueva por ella-, solamente ha experimentado cosas que vienen de sus propios deseos religiosos. No ha experimentado la vida en Dios, sino lo que sale de una mente carnal. (Véase Col. 2:18-23).

Dios quiere saber si creemos lo siguiente:

- Que la Escritura nos ha revelado a Cristo.
- Que el testimonio de la Escritura acerca de Cristo es la fuente de vida para nosotros, que nos da la fe y que renueva nuestra fe.

Entonces, nuestra fe es nacida de la Palabra, y tenemos vida en Dios. Por otro lado, ¿podemos creer en Dios sin que la fe sea creada por medio del testimonio de la Biblia acerca de Cristo?

¿Puede ser renovada esta fe por nuestras decisiones, oraciones, voces directas y experiencias internas? No. ¡El que así cree, muestra que vive *sin* Dios!

Los vers. 1 y 2, nos dan luz sobre lo que quiere decir esto: Todos los creyentes son edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y que la piedra angular es Jesucristo mismo (Ef. 2:20).

Dios decidió salvar a los hombres antes que fuesen creados el cielo y la tierra. Por medio de los *profetas* (en el Antiguo Pacto) nos anunció su plan de salvación. Y por medio de Cristo lo realizó. Él mismo nos habla acerca de su obra por medio de sus apóstoles escogidos.

Nótese aquí, ciertas expresiones como las que encontramos en Efesios 2:17, donde dice que Cristo vino para anunciarnos paz; y en Hebreos 2:3, donde nos indica que la salvación fue anunciada por el mismo Señor Jesucristo y fue confirmada por los que la oyeron, es decir los apóstoles. Cristo predica, y los apóstoles llevan y confirman esta predicación para nosotros.

Dios es el que en todo tiempo está actuando. Tomando la decisión, preparando, profetizando, realizando, y por medio de la predicación de lo que él hizo, actúa en nuestros corazones para salvarnos. Él crea en nosotros la fe y nos hace nacer de nuevo para tener una vida nueva.

Por eso, solamente en Dios radica la Palabra que nos da la salvación. *Esta* Palabra de Dios es la que encontramos en la carta a los Romanos.

Vers. 3 y 4: “Acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”.

El apóstol habla otra vez acerca de la persona que es el centro del Evangelio: El Hijo de Dios. Su deseo es decir algo acerca de Cristo antes de comenzar a enseñar sobre lo que él hizo para nuestra salvación.

Una obra siempre tiene su valor por la persona que *la ha hecho*. Así como es la persona, así también será su obra. Ahora bien, la Palabra nos dice dos cosas acerca de aquél que nos salvó:

1. Él fue descendiente de David, según la carne, v. 3. Es decir, él, de una manera verdadera y real, fue un hombre como nosotros.
2. Este hombre verdadero y real, fue declarado Hijo de Dios con poder por medio de la resurrección de los muertos. De esta manera, fue demostrado que Jesús era el hijo de Dios.

v. 4. “Según el Espíritu de santidad ” quiere decir, según el Espíritu de Dios. Nótese cómo esta expresión se relaciona con la frase “según la carne” v. 3.

Entonces este Jesús, acerca del cual anuncia el Evangelio, es Dios y hombre en *una* persona.

¿Qué quiere decir esto?

En primer lugar, esto significa que Dios y hombre se encuentran en una persona. La caída de Adán; es decir la fatal separación entre Dios y el hombre, termina con Jesucristo. La separación entre Dios y el hombre, se mantuvo para todos nosotros. Pero en Cristo, Dios y hombre nuevamente están unidos. Y en esta unión, Dios nuevamente se encuentra con la raza humana.

En segundo lugar, quiere decir que este Jesús que vivió como hombre aquí en el mundo, era Dios mismo. Nótese aquí el testimonio de Jesús acerca de la relación entre él y el Padre:

“Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30).

“Yo soy en el Padre y el Padre en mí” (Juan 14:11).

Véase también Juan 10:38 y Juan 17:11.

¡Todo lo que hizo Jesús y lo que él era, también lo hizo como hombre, porque era un hombre! Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios a la vez. Como hombre vivía, actuaba, e hizo todo como un representante de la raza humana.

La obra de Jesucristo es a la vez obra de Dios y obra de la raza humana. Por eso, la obra de Jesucristo tiene tanta importancia, para Dios y para nosotros.

¡Piensa en esto! Toma en cuenta que Dios era Cristo y estaba actuando en él. ¡Pero también tú y yo estábamos en Cristo, actuando en él!

Para poder entender correctamente el contenido de la carta a los Romanos, es necesario entenderlo en base de lo que aquí se ha dicho acerca de la persona de Cristo.

b. La relación personal entre el apóstol y los lectores 8-15

Este párrafo forma la introducción a la epístola misma. No vamos a decir mucho acerca de esta introducción, solamente mencionaremos dos realidades.

Lo primero, es que el apóstol necesitaba estar junto con los santos, es decir con los cristianos (v. 12). Él, que había recibido tantas revelaciones y que era tan consciente acerca de la importancia de su mensaje para los lectores (v. 11), también tenía, un fuerte deseo de ser fortalecido por la comunión con los santos de Roma.

Ésta es una fuerte prueba que nos muestra cómo todos los que conocen a Jesús, también tienen el deseo de encontrarse y reunirse con otros creyentes.

Es una cosa muy peligrosa, si uno que dice ser cristiano no tiene comunión con otros creyentes. Esto realmente muestra que no conoce a Cristo, y que falsamente dice ser cristiano. También puede significar que su vida cristiana no es sana o que su vida cristiana está muriendo.

Entre las fuentes poderosas de las cuales tomaron los primeros creyentes, estaba la comunidad de los creyentes (Hechos 2:42).

Vers. 12, también muestra cómo la comunión de los creyentes fortalece a un cristiano: Los creyentes, son fortalecidos por la fe que tienen en común. Al escuchar como otro cristiano da testimonio acerca de Cristo, somos fortalecidos en la fe.

Entonces, no es la buena comida o los festejos que deben reconfortar a los creyentes cuando se reúnen, sino la Palabra acerca de Jesucristo. No debemos hablar solamente acerca de nuestros propios pecados y miserias, sino hablar acerca de él que nos libró del pecado. Porque la comunión de los creyentes no puede ser mantenida por cualquier tipo de charla entre ellos, sino solamente por la Palabra acerca de Cristo.

El deseo que el apóstol expresa aquí, por fin se cumplió, aunque de manera extraña. Léase Hechos 28:15: Cuando Pablo llegó a Roma como prisionero, se dice acerca de él, que cuando vio a los hermanos creyentes, “dio gracias y cobró aliento”. El ánimo del apóstol era en ese momento débil, así que necesitaba “cobrar aliento” estando junto con otros creyentes.

Esto también nos dice a nosotros que la comunión de los santos es muy importante.

La otra realidad que mencionaremos es la que dice el vers. 14: “A los griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor”. Es decir: Pablo tenía una deuda hacia todos los hombres. Tenía una deuda tanto por causa de ser llamado apóstol, y más aún por causa de que la obra salvadora de Jesús era para todos los hombres. Es necesario pagar la deuda si no se quiere ser culpable. Por eso el apóstol tenía la obligación de predicar el Evangelio en todos los sitios donde Dios le dio la oportunidad de hacerlo.

En 2 Cor. 5:14-15 habla acerca de lo mismo bajo otro punto de vista, el cual nos muestra la fuerza motriz en la obra del apóstol. “El amor de Cristo nos constriñe...”

¿Cuál es la idea? Lo que sigue nos da la respuesta: “pensando esto: que, si *uno murió por todos*, luego todos murieron; Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”.

¿Pero cómo se entiende esto? ¡Es que la fuerza motriz en la obra misionera del apóstol, era el amor que Jesús mostró cuando murió en el Gólgota!

¡Esto también debe ser una enseñanza importante para nosotros!

Muchos creyentes honestos experimentan que les falta el poder para trabajar en el reino de Dios. Esto sucede, porque están mirando su propio amor, que es defectuoso, ellos saben que no aman a Cristo como debieran hacerlo.

Por eso dicen: *Mi* amor a Cristo me debería constreñir; pero mi amor es tan pequeño. O tal vez se miran a sí mismos, y experimentan que son débiles, que les falta interés por los que no son salvos.

Si la obra misionera dependiera de nuestro amor a Jesús y de nuestro amor al prójimo, rápidamente todo hubiera fracasado. Pero Dios no nos ha dado nuestro propio amor y misericordia como motivación para la obra misionera. En realidad, el Evangelio destruye lo que el hombre ama más que todas las otras cosas: La autoconfianza y el deseo de ser justo por sus propias obras.

Es el amor de *Cristo* que nos alienta. El amor que él mostró cuando murió por todos nuestros pecados en el Gólgota, nos hace dar ganas de trabajar para él.

¡Que Dios nos dé a contemplar este amor y ser constreñidos por él!

Este amor es lo que hace que también nosotros estemos en deuda con todos los gentiles. Porque la obra de salvación por la cual nosotros somos salvos también fue hecha por ellos.

Además, no debemos olvidar, que nuestro amor a Jesús, y nuestra preocupación por la salvación de las almas, no existirían sin el amor de Cristo hacia nosotros. El camino para crecer en el amor a Jesús y a los otros no consiste en mirarse a sí mismo y lo que nos falta en amor e interés, sino en contemplar el amor de Jesús.

Antes de pasar al *tema* de la epístola repasemos lo que hemos tocado hasta ahora.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cómo es posible ser siervo o esclavo de Jesús y al mismo tiempo ser libre?
2. ¿Por qué el apóstol Pablo y los otros apóstoles tienen una autoridad especial en la Iglesia?
3. ¿Qué es lo típico de la verdadera revelación de Dios y cómo podemos reconocer a los espíritus falsos?
4. Explica con tus propias palabras lo que dicen los vers. 3 y 4 acerca de la persona de Jesús.
5. ¿Por qué necesitamos la comunión de los santos?
6. ¿Por qué dice Pablo que tiene una deuda?

c. El tema principal de la epístola a los Romanos (v. 16-17)

El apóstol dice quién es él y de dónde ha recibido su mensaje (1-7), luego habla acerca de su relación personal con los lectores (8-15), y ahora pasa a explicar acerca de qué quiere escribirles (v. 16-17).

Estos dos versículos contienen -en resumen- todo el contenido de la epístola.

“Porque no me avergüenzo del Evangelio”. El apóstol no piensa en la vergüenza y la deshonra que viene como consecuencia de predicar el Evangelio. Indudablemente algunos acusaron al apóstol de tener vergüenza de predicar el Evangelio y que por esta razón no había ido aún a Roma para predicar.

Pablo sin duda quiere explicarles que no es por vergüenza que aún no había llegado a esa ciudad. Pero, esto no es lo único que quiere decir, ni lo más importante. Esto lo vemos por la verdadera razón que da luego: “Porque es poder de Dios para salvación..., etc.”

Pablo habla acerca del tropiezo que el hombre natural tiene frente al Evangelio. Es verdad que el Evangelio, es un mensaje acerca de la liberación del castigo por el pecado. Pero el evangelio también excluye la fuerza del hombre natural. No da lugar a lo que el hombre es en sí mismo ni a lo que él puede hacer para obtener su salvación. El Evangelio enseña que el hombre necesita ser salvo no solamente de sus pecados evidentes, sino también de sus “obras buenas”.

El hombre natural *sí* puede reconocer su impiedad y su debilidad. Puede también desear y orar por la ayuda de Dios y por el poder de Dios. También puede sentirse como un gran pecador y pedir por “la gracia”. Pero cuando pide por gracia o por ayuda, lo que en realidad quiere es que Dios infunda en su naturaleza su poder divino para transformarlo y ayudarlo a que pueda vivir según la voluntad de Dios por su propia fuerza.

Según el pensamiento del hombre natural, la “gracia” de Dios quiere decir que Dios perdona la pecaminosidad de la carne, es decir la naturaleza con la cual hemos nacido. Pero esto Dios no puede ni quiere.

Dios no puede salvarnos si queremos mejorar nuestra naturaleza. El Evangelio nos enseña que nuestra naturaleza *no puede* ser mejorada ni puede temer a Dios (Cap. 8:7). La naturaleza del hombre tuvo que ser rechazada y en vez de esto Dios cumplió con la justicia que necesitamos por medio de su propio Hijo, quien tomó nuestro lugar (Rom. 8:3).

Por eso, Dios tampoco puede perdonar nuestra mala naturaleza. Dios quiere y puede perdonarnos *a nosotros*; pero solamente si primero le dejamos juzgar y condenar a nuestra naturaleza pecaminosa, por esto, nosotros, no creamos más que Dios

puede transformarla y mejorarla. En vez de esto debemos entregar nuestra naturaleza pecaminosa a la muerte, y recibir la justicia que Dios nos ha preparado en Cristo.

Como el Evangelio contiene el mensaje acerca de cómo Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para la vida y el temor a él, así también contiene una condición especial: El que quiere recibir a Cristo tiene que dejar de confiar en sí mismo y en su propia justicia.

No es suficiente que se reconozca a sí mismo como un *gran* pecador, sino que, es necesario también que se considere a sí mismo como un pecador *condenado*, uno que no puede ser mejorado o ayudado, es decir uno que necesita una nueva justicia y una vida nueva. Esta justicia y vida Dios nos dio en Jesucristo, nuestro vicario.

Pero esto es un tropiezo para el hombre natural. Es contrario a nuestro razonamiento, deseos, voluntad y mente religiosa, realmente es contrario a nuestra naturaleza misma.

El hombre natural, más que todo, prefiere que Dios le ayude. También quiere que Dios lo ayude a mejorar y le perdone. Pero no quiere someterse al *juicio* del Señor, no quiere ser rechazado por Dios como inútil y condenado. El apóstol experimentó esto.

El encontrarse con Cristo y llegar a ser cristiano le había costado todo lo que él era en sí mismo. Si leemos Fil. 3:3-10, vemos que Pablo tuvo por mucho tiempo un punto de vista humano. Por años había luchado contra su pecado. Para superar su pecaminosidad, ayunaba y oraba con un celo que tal vez ningún otro hombre haya tenido. Pablo había experimentado que recibir a Cristo tenía como consecuencia negarse a sí mismo y considerar su propia piedad, muerta (Gál. 2:20).

Después de sentir que Dios lo condenó toda su vida, el Evangelio lo liberó; no solamente de sus pecados exteriores, sino también de su justicia. Entonces fue justificado por fe, no por obras.

Por esto él dijo: “No me avergüenzo del Evangelio” (v. 15).

Todos los que Dios llama al arrepentimiento se enfrentarán con este obstáculo. Tal vez no todos en el momento cuando los llame, pero después de poco tiempo, entenderán que en sí mismos están condenados. Sin embargo, toda persona que es llamada por Dios llegará a un punto en que tiene que morir bajo la ley y perder su “propio cristianismo” esto, para recibir la salvación solamente por gracia.

Entonces: Bienaventurado aquel que no tiene vergüenza del Evangelio. Y tú que recibiste a Cristo y su justicia, toma en cuenta que el camino es angosto.

¡Encontrarás oposición y objeciones de tu propio corazón! Tu razón protestará, tus sentidos protestarán, tu “piedad” protestará contra el hecho de vivir por la justicia de otra persona.

Pero no solamente esto, sino que enfrentarás la oposición de todos los religiosos que aún no han conocido el secreto del Evangelio. Esta verdad es peor cuando tú la encuentras entre los que son celosos de Dios y su reino, pero no se han declarado en quiebra en cuanto a su propia piedad.

¡Entonces, bienaventurado aquel que no tiene vergüenza del Evangelio! “Porque es poder de Dios”, quiere decir un poder por el cual el Señor mismo actúa para salvar.

“Salvación” es una de las palabras más importantes de la Biblia. Es el fruto y el resultado de la obra redentora de Jesús. Todos los creyentes deberían pensar lo que tienen en la salvación. *Reflexionar* sobre esto, puede ayudar mucho a superar el desaliento y el desánimo y también es un arma poderosa contra el Diablo. Muchos creyentes, se cansan fácilmente en la lucha, porque no toman en cuenta lo que tienen en la salvación de Cristo.

“Salvación” quiere decir: *liberación completa del pecado y de todas las consecuencias del mismo*. Podemos aprender mucho, observando cómo el apóstol usa esta palabra.

“Salvación” quiere decir, liberación completa de la ira de Dios en el día del juicio. Se trata de una liberación completa, del castigo del pecado, la muerte y la condenación eterna. Mira, por ejemplo, lo que dice 1 Tesalonicenses 1:10, Rom. 5:9; 13:11 y 1 Cor. 3:15; 5:5. En todos estos lugares “salvación” quiere decir que los creyentes serán perfectos, libres del pecado y del castigo del pecado en el día del juicio. Salvación también implica entrada al cielo para vivir con Dios, y tener parte en su gloria (Véase 8:17).

Es verdad que ningún creyente experimentará el cumplimiento completo de esta salvación antes del día último, o sea el día del juicio. Sin embargo, los creyentes ya tienen parte en la salvación mientras vivan aquí en este mundo, y experimentarán la salvación completa en el cielo si perseveran en la fe. Por eso el apóstol, muchas veces dice que los creyentes son salvos, porque tienen en Cristo esta salvación que será manifestada totalmente el día último, el día del juicio.

Para entender mejor esto, leamos Col. 1:21-23; Realmente somos extranjeros y enemigos de Dios por causa de nuestra mente pecaminosa, pero, por la muerte de Jesús en el Gólgota, seremos presentados frente a Dios como santos y justos, sin mancha y sin pecados.

¡Tomemos en cuenta esto!

Sabes que eres pecador. Pero ahora, la Palabra dice que por la muerte de Jesús puedes ser santo delante de Dios. ¡Esto es mucho más maravilloso de lo que uno puede expresar con palabras! También serás “sin mancha”, es decir que Dios no tendrá nada de qué acusarte. Además, serás irrepreensible, es decir que el Señor no hallará nada por lo cual te pueda castigar. Qué lindo saber que seremos presentados de esta forma delante de Dios en el día del juicio.

Breve resumen

Si vamos a resumir todo esto, diremos que el Evangelio es como un “territorio”, dentro del cual Dios mismo actúa en nosotros. El resultado, es que nosotros seremos presentados delante de él en día del juicio, como si no hubiéramos cometido ningún pecado. Así, somos librados de nuestros pecados y aceptados como hijos de Dios y herederos legítimos del cielo.

Entonces aquí, la Palabra responde a preguntas muy importantes, como por ejemplo: ¿Cómo es posible que Dios pueda actuar en mi corazón para salvarme? ¿Cómo puedo ser libre de mi pecado? ¿Cómo puedo permanecer frente a Dios?

La Biblia dice que todo eso se cumple en nosotros, cuando nos sometemos a la verdad del Evangelio. El que está bajo la influencia del evangelio, también está bajo la influencia de *Dios*.

Solamente hay una condición para todo esto: Es necesario recibir el Evangelio por fe y perseverar en esa *fe*. Esto es así porque el Evangelio, “es el poder de Dios para la salvación para todo aquel que cree”. El evangelio no pregunta cómo es la persona. Lo importante es que esta reciba el Evangelio, y quede bajo su influencia. (Véase Col. 1:23). “Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del Evangelio”.

Luego en el cap. 4, veremos cómo la Biblia habla más acerca de la fe. Aquí solamente diremos que la fe quiere decir que confiamos de corazón en el mensaje bíblico acerca de la obra salvadora de Jesús. Es entonces cuando Dios mismo realiza la salvación en nosotros.

Por eso, es inútil que un hombre suplique a Dios para que con su poder lo cambie o lo mejore. No, el hombre, a pesar de ser enemigo de Dios según su naturaleza, tiene que aferrarse a la Palabra. Solamente así entrará bajo el poder del Dios que salva. Porque Él mismo prometió salvar a todo aquel que recibe el Evangelio por fe.

Al judío primero, y también al griego

Esta promesa vale para todos los hombres. Así nos lo muestra la expresión “al judío, primeramente, y también al griego”. También nos dice que solamente existe un camino para la salvación, el que Dios ha abierto para todos, es decir la salvación por fe. Más adelante en los caps. 9-11 veremos qué quiere decir “al judío primeramente y también al griego”.

Nuestra relación con Dios es idéntica a nuestra relación con el evangelio

Entonces, entendemos que la relación entre un hombre y Dios es exactamente igual a la relación que tiene este hombre con el Evangelio. Esto nos puede ayudar a

distinguir entre los cristianos verdaderos y los falsos. Muchos son religiosos y piadosos, oran frecuentemente a Dios y luchan mucho contra su pecado. Pero no han recibido el mensaje acerca de la gracia, sino que se ponen en contra de este mensaje, pensando que es un camino muy “fácil” para salvarse.

Aquellos hombres tienen que saber que están actuando contra Dios mismo, aun siendo piadosos y religiosos. En realidad, se avergüenzan del Evangelio, y no conocen a Dios. Y si no se arrepienten y reciben el Evangelio, serán condenados.

El que piensa que puede tener una relación con Dios y otra con su Palabra, se equivoca bastante. Como es su relación con la obra salvadora de Cristo, así también será su relación con Dios.

Únicamente los que acepten a Jesucristo en su corazón – y *todos* ellos –, y creen el Evangelio de Cristo, llegarán a tener una relación correcta con Dios.

Vers. 17: “Porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por la fe y para la fe como está escrito. Mas el justo por la fe vivirá”.

Por el primer “porque”, vemos que este versículo nos explica *porque* el Evangelio es el poder de Dios para la salvación de todos los que creen.

Es porque, “el Evangelio revela la justicia de Dios”. La expresión “La justicia de Dios” no quiere decir que Dios es justo, sino se refiere, a *la justicia que debe poseer el hombre para no ser condenado en el juicio de Dios*.

La Escritura, enseña que ningún hombre puede ser absuelto de su pecado, sin tener una justicia que Dios pueda aceptar. Sin tener tal justicia, el hombre no puede ser santo y estar sin mancha delante de Dios. Pero tal justicia, ningún hombre puede alcanzar por sí mismo.

Por eso Dios mismo nos ha conseguido tal justicia. Aquí, no se dice de qué manera Dios lo hizo, eso lo veremos en el cap. 3:21.

Acá solamente se dice que esta justicia se revela en el Evangelio. “Revelar” quiere decir descubrir. Esto implica, que la justicia que necesitamos *existe fuera de nosotros*. Dios mismo la ha creado y es una justicia completa.

Cuando, por ejemplo, una estatua o una pintura es mostrada por primera vez, está bajo una tela, completamente cubierta. Así también la justicia que necesitamos frente a Dios, aunque está preparada y completa (por Dios mismo y por Cristo), está encubierta para el hombre para luego ser revelada en el Evangelio.

El que recibe el Evangelio en su corazón, también recibe la justicia de Dios y se la apropia. *Por* eso el Evangelio es el poder de Dios para salvación.

Cuando la Palabra aquí -y en otros lugares- habla acerca de la justicia de Dios por la fe (Véase 9:30-33 y 10:3-6), es para señalar que no se habla acerca de la justicia de Dios por causa de las obras. Sino que el hombre no puede ser justo frente a Dios en base a lo que tiene en sí mismo, sino solamente recibiendo la justicia que Dios nos da como un regalo inmerecido.

Esta justicia, no consiste en que Dios transforma al hombre, sino en que Dios lo absuelve del pecado y le da la justicia de Jesucristo (cap. 4:4-5). La justicia de la fe excluye completamente la justicia por las obras. Por eso, el que quiere ser justo frente a Dios por algo que tiene en sí mismo, *no puede* ser salvo.

En Romanos 9:30; y 10:6, se habla acerca de los judíos y los gentiles para explicar porque los gentiles llegaron a ser declarados justos por Dios, mientras que los judíos no. La causa era que los gentiles fueron justos por la fe, mientras que los judíos buscaron ser justos por sus propias obras. También Romanos 10:1-3; nos muestra que los judíos a pesar de ser muy devotos de Dios, no pudieron ser salvos. Esta es una realidad muy seria e instructiva.

Cuando la escritura afirma que los judíos no fueron salvados, no era por causa de su pecado ni porque no podían permanecer frente a Dios, sino porque trataban de ser justos frente a Él procurando cumplir sus mandamientos. Oraban y luchaban, y eran devotos de Dios, pero esa misma devoción los excluyó de su reino; porque les evitó recibir la justicia que es de Dios.

Así también es hoy en día. El que no quiere recibir la justicia en base a lo que Dios ha provisto, no puede ser salvo; porque su deseo de ser salvo por sus propias obras es un obstáculo para su salvación. Para éste, Cristo será una “piedra de tropiezo” en vez de la “roca de salvación”. Es decir, será condenado por Cristo; porque según la Escritura, “tropiezo” quiere decir algo que ocasiona la condenación del hombre.

La importancia del evangelio

Aquí vemos claramente cuán importante es el Evangelio. El Evangelio no es cualquier predicación acerca de la gracia de Dios. Muchos piensan que, si se habla en forma consoladora acerca de Dios y su gracia, también se predica el Evangelio; pero los que piensan así se equivocan, “ellos son un sinnúmero, los que han entrado a la condenación eterna a pesar de tener fe en la gracia de Dios” (Carl Olof Rosenius).

El Evangelio, tampoco es cualquier predicación acerca del amor de Dios hacia el pecador. Muchos hablan acerca del amor de Dios y de esta forma logran que el hombre no tome en serio que somos pecadores. Esta predicación se la presenta falsamente como el evangelio.

Pero es peligrosa, porque una predicación ligera que pasa por alto la seriedad del pecado lleva al hombre a la condenación.

Pero en realidad, el Evangelio es un mensaje acerca de los eventos que fueron cumplidos por Cristo para salvarnos del castigo por el pecado y darnos la justicia que nos hace puros y perfectos a los ojos de Dios. El Evangelio es en verdad el mensaje acerca del amor de Cristo, pero tiene el siguiente contenido:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Y como el Evangelio contiene un mensaje definitivo, también tiene una condición definida: La fe. Es decir, solamente el que ha perdido la fe en sí mismo, y ha dejado de creer que puede obtener la salvación por sus propias obras, -solamente éste- puede ser salvo. Esto es lo que la frase, “justicia de la fe”, quiere decir.

La fe viene por el oír

Sin embargo, dice la Palabra, que el Evangelio no solamente revela la justicia de Dios por fe, sino también que lo revela *para fe*. Aquí vemos otra vez un gran secreto. El Evangelio no solamente nos anuncia la justicia que Dios nos da por fe, sino también que nos *da* la misma fe.

La Palabra de Dios, nos enseña que ningún hombre puede creer por sí mismo, es decir, ningún hombre puede por sí mismo aceptar y recibir lo que el Evangelio enseña. Puede quizás en una manera, entender el evangelio con su razón. Pero esto no lo salvaría, porque si el evangelio no llega a ser más que algo teórico, y no forma parte de la persona misma, no lo libra de condenación, ni lo hace nacer de nuevo.

Es necesario, recibir la Palabra con el *corazón* para vivir conforme a ella. Pero el hombre no puede hacer esto por sí mismo (1 Cor. 2:14): “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”.

Aquí, el texto griego resalta que el hombre no *puede* percibir las cosas de Dios, que no tiene en sí mismo la capacidad, de conocer el Evangelio. Así es, porque la palabra “conocer” quiere decir tener una *experiencia personal* acerca de algo. Conocer es más que “saber” de algo. La vida eterna consiste en conocer a Cristo y su salvación (Véase Juan 17:3).

Para poder recibir el Evangelio, es necesario experimentar la obra que el Espíritu Santo hizo en tu corazón. Lo mismo dice el Catecismo Menor de Lutero: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a él”.

Esta obra del Espíritu Santo está estrechamente unida a la Palabra acerca de Cristo. “La fe viene por el oír” (la predicación) y la predicación viene por la Palabra de Cristo (10:17).

Esta, es una palabra oportuna para todos los que están trabajando y luchando, y experimentan que no pueden creer ni apropiarse de lo que anuncia el Evangelio. Por eso, tanto la habilidad de recibir el Evangelio como la de tomar lo que el Evangelio nos ofrece, viene por el oír la Palabra. Entonces el Evangelio no solamente predica la justicia por la fe, sino también logra que el hombre reciba la justicia con fe. Por eso, el que quiera experimentar la liberación en Cristo, tiene que suplicar mucho a Dios que el Espíritu Santo haga que la Palabra sea viva para él.

La fe no viene por las experiencias

La oración no es suficiente. Muchos comprenden que solamente es Dios quien puede crear la fe en sus corazones, y piden a Dios que lo haga, luego esperan ciertas experiencias en sus corazones. ¡Pero así no viene la fe! Para que el Espíritu Santo pueda hacer que nos apropiemos de la Palabra, tenemos que escuchar y recibir la Palabra, en la condición en la cual nos encontramos.

El gran secreto del Evangelio es que no solamente enseña acerca de Cristo, sino también que logra que el hombre se apropie de lo que está anunciando, y así el hombre tenga parte en Cristo y en su salvación. Dice en Isaías 55:3: “Inclinad vuestro oído, y venid a mí, oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David”. El mensaje del Evangelio entonces crea lo que menciona.

Si entonces, tú que lees esto estás en angustia por no poder recibir la Palabra, yo te exhorto a que no esperes que puedas creer por ti mismo. Que tampoco esperes algunas experiencias, sino que leas, escuches y reflexiones en el mensaje acerca de Cristo, tomando en cuenta que este mensaje es para ti. “Tienes que comenzar a creer antes que puedas creer” (Rosenius). Y no olvides que el derecho de recibir lo que el evangelio te ofrece, se basa en lo que Cristo hizo por nosotros.

Escuchando y leyendo la Palabra realmente te sometes al poder de Dios para salvación. “En todos los sitios donde se predica el Evangelio, donde es leída y contemplada la Palabra, también el Espíritu Santo la instala en los corazones de los hombres. Y si no se niega la Palabra por incredulidad, también salvará a los que la escuchen” (Sigurd Odland).

Entonces los vers. 16-17 nos dan un resumen de todo el contenido de la epístola.

Al final el apóstol concluye, refiriéndose a la escritura, “El justo por la fe vivirá”. Debemos tomar muy en cuenta esta frase, la encontramos cuatro veces en nuestra Biblia: Habacuc 2:4, Rom. 1:17, Gálatas 3:11 y Hebreos 10:38.

Esta es una afirmación muy importante. Nos predica que el justo, es decir el que recibió el Evangelio, va a vivir por la fe. Aquí la palabra “vivir” quiere decir, no ser condenado en el juicio de Dios. El que tiene a Jesús y su salvación es santo y justo frente a Dios, a pesar de ser pecaminoso y digno de condenación en sí mismo. Pero

por su fe -y solamente por ella-, puede vivir con Dios aquí en el mundo, y también será completamente libre de su pecado y de la ira del Señor en el día del juicio.

Entonces, la fe en el Evangelio es la única base y fuente de vida para la comunión con Dios.

Con esto el apóstol nos enseña que el único camino para la salvación es recibir el Evangelio de Cristo con fe.

A continuación, desde 1:18 al 15:13, Pablo desarrolla más el mismo tema.

Tenemos la parte de enseñanza general de las verdades Básicas del Evangelio del 1:18 al 8:39. Luego siguen tres capítulos (9-11) sobre la relación entre los judíos y los gentiles. El Evangelio es el único camino de salvación, tanto para judíos como para los gentiles, algo que está completamente de acuerdo con lo que enseña el A.T. y el desarrollo de la historia de Israel. Luego, desde el cap. 12:1 al 15:13, hay una sección con exhortaciones. Ellas se basan totalmente en la doctrina del Evangelio que se enseñó anteriormente.

PREGUNTAS DE REPASO

- 1 ¿Por qué el evangelio es un tropiezo para el hombre natural?

2. ¿Qué quiere decir la palabra “salvación” según el texto?

- 3 ¿Qué es lo típico de la fe que nos sitúa en una relación correcta con Dios?

4. ¡Explica con breves palabras el contenido del evangelio!

PRIMERA PARTE 1:18–11:36
LA PARTE DOGMÁTICA DE LA EPÍSTOLA

No es necesario haber leído mucho la Biblia, para entender que ella pone mucho énfasis en la doctrina y *la enseñanza* acerca de las verdades básicas del Evangelio. Todas las cartas contienen párrafos doctrinales, algunos largos otros cortos.

Ahora, en este tiempo, debemos tomar en cuenta esto. Porque hoy en día, muchos menosprecian la enseñanza. No solamente los enemigos del Evangelio, sino también entre los que se llaman cristianos hay personas que están socavando la importancia de la enseñanza. Existe un argumento en común que vuelve ignorantes a los creyentes en cuanto a la enseñanza. Este argumento dice: “Todo depende de la vida”.

Esto en realidad, es verdad. Realmente lo que es importante es la vida. El cristianismo no es una “religión”, sino *vida*. El cristianismo es recibir la vida de Dios por la comunión con él, y por medio de la comunión con Dios se desarrolla una nueva vida en el corazón y así también una nueva vida con relación a los hombres.

Pero es peligroso cuando se enfatiza demasiado la vida como un argumento en contra de la necesidad de la enseñanza. Realmente este pensamiento es una contradicción.

Ningún hombre ha tenido tanto temor por la enseñanza sin vida que Jesús y sus apóstoles. Acerca de Jesús -dice la Biblia- que él enseñaba mucho tiempo. Eso lo hizo por ejemplo en la sinagoga (Juan 6:59), en el templo (Juan 7:14), y en el monte (Mateo 5:2). En todos estos sitios, Jesús enseñaba. Cristo mismo dice: “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:16-17).

Cuando los apóstoles enseñaban, lo hacían enseñando la doctrina de su Maestro y Señor, dándonos el mismo testimonio que Jesús dio acerca de sí mismo (Juan 5:31-47). Es decir, el testimonio que Dios dio acerca de su Hijo (1 Juan 5:10-11). Este testimonio tiene como propósito, dar vida a nuestros corazones.

La fuente de vida

La fuente principal de poder de la primera Iglesia Cristiana era la enseñanza. Por eso tenemos mucho que aprender de esta Iglesia. Leyendo Hechos 2:42, lo primero que se menciona es la *enseñanza* de los apóstoles. En Romanos 6:17, el apóstol dice que los creyentes habían alcanzado la vida en Dios por haber sido obedientes de corazón a la enseñanza.

Todo esto nos muestra cuán importante es la enseñanza.

La vida en Dios y la salvación, es dada por medio de la enseñanza acerca de Cristo, justamente por eso es necesario que un hombre escuche este mensaje acerca de la salvación de Jesús. Un mensaje con un contenido especial y verdadero.

Está claro que la enseñanza sin vida puede existir, pero *es imposible que haya vida sin enseñanza*.

Por eso es necesario cuidarse de los que dicen enfáticamente que todo depende de la *vida*. Mejor sería decir que lo primero *siempre* es la enseñanza.

Nuestra relación con la Palabra

En cuanto a *nuestra relación personal con la enseñanza*, podemos hablar acerca de tres maneras de relacionarse con ella:

1. Los que consideran las experiencias personales como más importantes que la enseñanza.

A esto lo llamamos “*subjetivismo*”. Porque pone énfasis en lo que uno debe experimentar, sentir, hacer y ser. El *subjetivismo* hace que el hombre siempre esté buscando obtener experiencias, sentir algo especial o “*hacer algo*” que pueda hacerle sentir que está viviendo con Cristo.

Pero estas experiencias no son fruto del encuentro con Jesús en la Palabra. Lo que estas personas quieren “*hacer por Cristo*” no sale de un corazón que está agradecido por la salvación, sino que todo lo hace para obtener experiencias que le hagan sentir que es cristiano.

Lo típico para los que tienen esta relación con la Palabra de Dios, es que ellos no necesitan que el Espíritu Santo haga vivir la enseñanza acerca de Cristo en ellos, ni necesitan la Palabra para poder vivir bien con Dios y para tener poder espiritual. Usan la Biblia, pero no como alimento espiritual para la vida cristiana, sino que piensan que un creyente debe tener la Biblia simplemente como una lectura.

En realidad, su vida cristiana está basada en las experiencias subjetivas y se renuevan por medio de la toma de nuevas decisiones. Estas personas, pueden sentirse “*bendecidas*” cuando el predicador cuenta historias sentimentales, o se sienten movidas por una música sentimental, pensando que se han encontrado con Dios por medio de estas cosas.

Para las personas honestas y profundas, todo esto produce una esclavitud espiritual. Pronto se sentirán cansados. Para las personas superficiales y deshonestas, todo esto llega a ser hipocresía y un falso cristianismo.

2. Los que ponen énfasis en el entendimiento racional de la enseñanza de la Biblia.

A esto se llama “*objetivismo*”. El *objetivismo* pone mucho énfasis en que la gente tenga un concepto correcto acerca de Jesús y la salvación. Pero tener sabiduría no es lo mismo que tener conocimiento. La diferencia entre sabiduría y conocimiento es que

la sabiduría solamente *sabe* algo acerca de Jesús y la salvación. El conocimiento -en cambio- radica *en una experiencia personal con Jesús*.

Jesús dice que conocerlo a Él, es lo mismo que tener la vida eterna. No es suficiente solo saber algo acerca de Jesús. Lo característico del segundo grupo es que están bastante preocupados por la enseñanza correcta, aunque la enseñanza no entre en el corazón, ni tenga influencia en su vida.

Aquellos hombres también ponen mucho énfasis en la lectura de la Biblia, pero no usan la Biblia para vencer al pecado y vivir bien con Dios, sino para evitar sentirse acusados por no haber cumplido con lo que Dios les exige. Leen el evangelio buscando consuelo y no sentirse condenados, pero no la leen para conocer la verdad acerca de sí mismos, y así pierdan la esperanza en sus propias capacidades. Por eso Cristo, no puede hacer que nazcan de nuevo para que tengan vida en Dios.

Cuando escuchan la Palabra predicada, no tienen hambre por el mensaje de Dios, sino que su interés principal es evaluar y condenar al predicador, ven si predica bien y correctamente. Aquellos hombres se vuelven muy críticos y fácilmente juzgan a otros. Tienen bastante autoconfianza y tienen un espíritu frío. Así es, porque su relación con Dios es falsa. Los que comprenden el peligro que representan los hombres de esta corriente espiritual, fácilmente son tentados a pensar que no se debe predicar tanto acerca de Cristo y su obra completa. Pero pensar así es muy peligroso, porque tienta a muchos predicadores a callar el evangelio o alterarlo, lo cual puede destruir la vida espiritual tanto del predicador como de los que lo escuchan.

Aquí es necesario entender dónde está el peligro. No es que se *predique* el evangelio, sino que muchos entiendan el evangelio solamente con su razón, en vez de dejar que la Palabra hable a su conciencia y a su corazón. Por esto, los predicadores deben velar y pedir a Dios por lo necesario para poder predicar el evangelio, y así descubran esta relación errada con la Escritura. A la vez, deben predicar sencilla y claramente para mostrar el camino a las almas honestas.

Lo que hemos mencionado en el punto uno y dos, se refiere a los que tienen relaciones erróneas con la Biblia. Representan dos extravíos opuestos y fuera de Dios. Muchas veces los que se extraviaron por el primer camino, luego se extravían por el otro.

La razón por la que muchos se extravían así es que desean ser cristianos sin pasar alguna vez por penas y angustias por causa de sus pecados, o porque la palabra nunca ha “cerrado sus bocas”, o porque, aunque han estado de acuerdo con la verdad, no se sometieron a ella. Por todo esto, tampoco el evangelio puede hacer la obra de Dios en ellos. Por eso no se sienten perdidos y culpables frente a Dios. Nunca llegan a “perder su vida” por causa de Cristo.

3. Los que reciben y aceptan lo que enseña la Palabra.

Aquí, ni se trata de “subjetivismo” ni “objetivismo”, sino de una relación. Los que reciben y aceptan lo que enseña la Palabra tienen en una relación verdadera con la Escritura. Para ellos hay un vínculo natural entre la Escritura y la experiencia, entre la enseñanza y la vida.

Lo típico para éstos es que la *Palabra acerca de Cristo* será la fuente de sus experiencias y sus obras. La Palabra de Cristo determinará su vida. Así es, porque son obedientes de corazón al evangelio, no solamente con la razón (Rom. 6:17).

Son los que usan la Palabra para seguirla, para vivir según ella y para recibirla (Juan 7:17). Aquellos hombres llegan a tener hambre y sed por el pan de vida, el cual es Jesús mismo (Juan 6:35).

Solamente pueden ser renovados y recibir poder espiritual mirando a Cristo en la Palabra, porque son nacidos de Dios y tienen esta vida que solamente puede ser alimentada por Él.

VERDADES BÁSICAS PARA LA SALVACIÓN

1:18–8:39

Como ahora estudiaremos un poquito más la parte doctrinal de la epístola a los Romanos, pidamos por la gracia y la ayuda de Dios para que podamos estudiar la Palabra viva y todopoderosa de Dios en una manera adecuada. Así que leamos la Palabra para someternos a ella, recibirla, vivir *en* ella y *de* ella.

Como dijimos antes, podemos dividir la parte doctrinal de la epístola a los Romanos en dos partes principales:

- A. *Una exposición doctrinal de las verdades básicas para la salvación. Cap. 1:18-8:39.*
- B. *Una parte acerca de la historia de la salvación. Cap. 9:1-11:36.*

En esta parte del libro, estudiaremos la primera parte de los párrafos principales. Esta parte de la epístola a los Romanos la podemos dividir en tres:

1. El pecado, 1:18-3:20
2. La salvación (La justificación por fe), 3:21-5:21
3. El fruto de la salvación (La santificación), 6:1-8:39.

La revelación de la ley

1:18–3:20

1. El pecado

¿Por qué la Biblia tiene este párrafo acerca del pecado?

No preguntamos solo por un interés teórico, sino para tener luz sobre lo que la Palabra de Dios dice por medio de este párrafo. La epístola a los Romanos tiene como tema central el evangelio que es el poder de Dios para salvación (v.16-17). Por eso, la parte doctrinal comienza enseñando acerca del pecado. Y esto tiene un motivo.

La Biblia, nos muestra porque comienza así en el v.18, que empieza con la palabra “Porque”, lo cual indica una razón. Muestra que la enseñanza acerca del pecado tiene que ser entendida en base a lo escrito en vers. 16–17, el tema de la epístola. *Estos versos, hablan acerca del pecado, para mostrar que el evangelio es el único remedio para la salvación.*

En primer lugar, la enseñanza acerca del pecado nos muestra que el evangelio es absolutamente necesario para la salvación. Si Dios no hubiera preparado un camino por el cual podríamos ser salvos por la gracia libre e inmerecida, ningún hombre podría ser salvo. Por eso, el párrafo nos muestra como todos los hombres están sujetos al pecado y no pueden ser justificados frente a Dios por sí mismos. Describe a los hombres y sus pecados, para revelar que es *imposible* para cualquier hombre obtener aceptación por Dios por lo que es o hace. Así, los vers. 1:18-3:20 son una prueba *negativa* de cuán necesario es el camino de salvación que Dios nos ha dado en Cristo.

Pero con eso no se ha dicho todo acerca del propósito de esta porción de Romanos. Acá también se muestra *cómo la ira de Dios se revela contra todos los hombres que viven fuera de la salvación*. Nos aclara la misma verdad que Jesús señaló en sus enseñanzas al despedirse, cuando dijo que el Espíritu Santo convencerá al mundo *acerca del pecado, porque no creen en él* (Juan 16:9).

Nótese, Cristo no dice que el Espíritu los convencerá acerca del pecado porque ellos son pecadores, sino porque *no creen*. En esta porción, en realidad la Biblia dice lo mismo: Todos los que no están sujetos a la salvación, quedarán bajo la ira de Dios y el poder del pecado. No porque son *pecadores*, sino porque no creyeron.

En otras palabras, estos versículos quieren mostrar cómo Dios piensa y actúa con todos los hombres que no creen en Jesús. Así, arroja luz sobre dos realidades serias. Primero nos muestra *qué es realmente el pecado original, según su naturaleza*. Luego nos muestra *cómo el pecado domina al hombre* mientras éste no ha recibido la justicia que Dios nos ha preparado en Cristo.

Primero, estas realidades son presentadas por medio de lo que la Palabra dice acerca de los hombres que no conocen la revelación de la salvación; es decir, los que nunca escucharon la Palabra de Dios (los gentiles) 1:18-32. Luego, la Palabra continúa refiriéndose a los que tuvieron la revelación de la salvación de Dios en el Antiguo Pacto, los judíos (2:1-3.8). Nos muestra, que no ayuda al hombre tener la Palabra de Dios y conocerla, si no se somete a la Palabra y la recibe. Lo que se dice acerca de los judíos aquí, también concierne a todos los que en el nuevo pacto conocen la Palabra de Dios sin haber creído en Cristo por medio de la Palabra. Luego, esta porción acerca de los

judíos nos muestra que el antiguo pacto no era suficiente para la salvación, sino que se refería al futuro, a Jesús y a la justicia que Dios nos daría en él.

En el antiguo pacto, fueron salvados por creer en el que iba a venir, no por las obras de la ley (Hebr. 11:13 y 39-40).

En base a lo que se ha dicho aquí acerca de judíos y gentiles, la siguiente porción (3:9-18) nos enseña como es el hombre natural en sí mismo. Y luego, en el Cap. 3:19-20 nos habla acerca de la relación entre la ley y el hombre natural. Esta sección entonces está dividida en cuatro partes, las cuales estudiaremos más profundamente ahora.

- a. El pecado explicado en relación con los hombres que no tienen la revelación de la salvación.
- b. El pecado y los que conocen la revelación de Dios.
- c. Como es el hombre natural en sí mismo.
- d. La ley y el hombre natural.

1. El pecado en relación con los hombres que no conocen la revelación de la salvación de Dios, 1:18-32.

Vers.18: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”.

Este versículo es muy instructivo. Nos enseña sobre a quiénes se revela la ira de Dios y cuál es la naturaleza del pecado.

Según el vers. 18, la ira de Dios es como lo opuesto a la justicia de Dios que está en el vers.17. En la Biblia, la ira de Dios significa, *el odio santo de Dios contra el pecado y el pecador*. También se refiere al castigo que Dios envía sobre aquellos que no quieren arrepentirse por su pecado para ser salvos por Cristo. La ira de Dios en realidad, quiere decir que Dios no puede tolerar o estar unido al pecado y a la mentira. Dios no puede ser reconciliado con algo que está en contra de su propia naturaleza.

Esta enseñanza, no dice que la ira de Dios se revela sobre todos los *pecadores*. Es correcto decir que la ira de Dios está en contra de todo pecado; pero la Biblia no dice que se *revela* contra todos los que han cometido pecado. Ni que se revela contra todos los que *caen* en pecado.

El pecado ha sido juzgado y castigado por medio de la obra salvadora de Jesús. (Véase Juan 16:8,11). Por eso el hombre puede ser salvo de la ira de Dios (Rom. 1:16). Sabemos que todos los creyentes han cometido pecado contra Dios, pero no están bajo la ira de Dios, sino bajo la justicia de Dios. Si un cristiano cae en pecado y lo confiesa a

Dios, no se encuentra bajo su ira (1 Juan 1:9). La Biblia afirma que Dios es fiel y justo, por eso perdona a los creyentes que creen en él y le confiesan su pecado.

Muchos cristianos tienen temor creyendo que están bajo la ira de Dios, porque experimentan que el Espíritu Santo, los disciplina por causa de su pecado y desobediencia contra Dios. Especialmente un cristiano puede tener tales sentimientos cuando comete lo que de antemano sabía que era pecado. Igualmente, cuando siente su corazón frío y muerto; cuando sufre por sentir el deseo de hacer lo malo, y cuando Dios lo disciplina por tener este deseo. En aquellos momentos también el enemigo murmura al corazón del creyente que Dios lo ha dejado, que está bajo la ira de Dios, que merece ser rechazado por Dios, etc.

Pero, lo que un cristiano está experimentando en aquellos momentos, no se refiere a lo que la Palabra dice aquí acerca de la ira de Dios, sino lo que dice Dios en 1 Cor. 11:32 "Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo". Sientes en tu corazón el juicio de Dios sobre ti mismo y tu pecado, porque Dios te está reprendiendo. Eso lo hace Dios para que no seas condenado junto con el mundo, es decir, para que no caigas bajo su ira. Entonces, esta reprimenda es una manifestación del amor de Dios, porque Él quiere cuidar al creyente (Hebr. 12:5-8). Y cuando el creyente deja a Dios disciplinarlo por medio del Espíritu Santo y confiesa su pecado, quedará bajo la bendición de Dios.

Por eso es necesario tomar en cuenta que la ira de Dios, no se revela sobre todos los que cometieron pecado. Si fuera así ¿Quién podrá ser salvo? ¿Y si fuera salvo, quién podrá ser guardado como creyente por los pecados que cometemos en la vida cristiana? ¿Nuevamente estaríamos sometidos a la ira de Dios?

Pero la Palabra dice que la ira de Dios se revela, *contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.*

¿Qué es impiedad?

Para entender lo anterior, es necesario aclarar primero: ¿Qué es impiedad e injusticia? Impiedad quiere decir: vivir *sin Dios*. Cuando comúnmente hablamos acerca de "hombres impíos", pensamos normalmente en los que viven una vida incorrecta y que cometen pecados que saltan a la vista de todos. Pero la Escritura no dice esto.

La Palabra de Dios dice que una persona impía, es la que vive sin tener comunión con Dios, sea cual fuera su vida. Algunos hombres viven abiertamente en contra de la Palabra de Dios, son impíos, y todos pueden verlo. Otros conocen la Palabra de Dios, pero abiertamente la desprecian y se resisten. Y hay impíos, cuya su impiedad está encubierta. Viven de una manera muy religiosa, oran a Dios, tienen una moral muy alta y son honestos. Sin embargo, no tienen comunión con Dios. Normalmente se trata de gente que conoce la revelación de Dios por la Palabra, sin embargo, no tienen comunión con Dios por medio ella. En el Cap. 2 se habla acerca de ellos.

Pero si el hombre vive abiertamente en pecado, o vive bien y honestamente desde el punto de vista humano, o alaba a Dios confiesa su nombre y se gloria en su Palabra, y, sin embargo, no tiene comunión con Dios, aún es un impío según la Biblia.

“*Impiedad*” entonces, quiere decir que el hombre ha roto su relación con Dios y aún vive sin tener comunión con Él.

Injusticia

“*Injusticia*” quiere decir que el hombre actúa conscientemente en contra de la voluntad de Dios. Es decir, sabe cuál es la voluntad de Dios, pero deliberadamente ofende esta voluntad.

El pecado es quebrantar la ley (1 Juan 3:4). Por eso la injusticia, no quiere decir que uno sufre una derrota contra su propia voluntad, o que uno *no puede* vivir conforme a la ley de Dios. Sino que es la mente humana la que no se somete a Dios y *no quiere* conocer la verdad.

La relación entre la impiedad y la injusticia

Entre la impiedad y la injusticia existe una acción recíproca. El que vive sin comunión con Dios, tampoco se someterá a la Palabra ni la recibirá en su corazón. Cuando un cristiano es salvo y ha sido librado de la ira de Dios, no es porque él *en sí mismo* es mejor que otros, sino porque se ha sometido a *la Palabra*, y por medio de ella llegó a creer en Jesús, y así fue salvado. Pero el impío es muy diferente.

La impiedad siempre hace que el hombre actúe en contra de lo que es justo. El resultado de la impiedad es la injusticia.

Por otro lado, el que intencionadamente ofende lo que es justo, también rompe su relación con Dios y estará sin Él, hasta que se someta a su Palabra y la reciba en su corazón. Así, la injusticia tiene como resultado la impiedad.

La impiedad y la injusticia siempre llegan a ser la misma cosa. Implica que el hombre no quiere someterse a Dios. Ambas cosas tienen como origen, el hecho de que el hombre detenga la verdad con injusticia. El hombre, conoce la verdad y sabe que no se está sometiendo a ella. En vez de esto, la detiene, es decir la desvía y la suprime. En realidad, solamente hay dos posibilidades: Que el hombre se someta a lo que es la verdad, o ataque la verdad y la ofenda.

Qué es el pecado

El pecado en primer lugar no depende de lo que es el hombre en sí mismo, sino en la manera cómo el hombre se relaciona con Dios y su revelación, es decir, que el hombre considere a Dios como nada y pueda vivir sin tener comunión con él.

Este es el problema de toda la raza humana, que ha roto su relación con Dios, creyendo que puede vivir sin Él. Esta también, viene a ser la fuente de toda miseria y pecado. Vivir sin Dios menospreciándolo, es *el pecado mismo*, en lo cual radica todo lo que se llama pecado. En otras palabras, el pecado se ubica en el hombre mismo, en su mente egoísta. Donde actúa la mente del hombre, también actúa el pecado.

Entonces, la ira de Dios se revela desde el cielo sobre todos aquellos que viven sin Él. Esto no implica que Dios no ama a estos hombres. Dios los ama, por eso dio a su propio Hijo, para salvar a los impíos (Rom. 4:5 y 5:6), quiere salvar justamente a los que están en contra de él, a sus enemigos (5:10).

Pero Dios no puede *revelar* su amor a los que viven como impíos y están en contra de la verdad. No puede salvarlos. Sobre los impíos solamente se revela la ira y el justo castigo contra el pecado, porque viven fuera de Dios y no dejan que Él los salve. *Porque los impíos están bajo la ira de Dios.*

Pero tengamos en cuenta, que los impíos no están bajo la ira de Dios por haber pecado; sino *porque están sin Dios* y actúan en contra de Dios, es decir, porque no creen.

Aquí encontramos algo de lo más serio en toda la Biblia. A pesar de que Dios amó al mundo, pagando por todos sus pecados, y haber conseguido una justicia perfecta, aún (justamente por su amor), tiene que revelar su ira justa y el juicio contra todos los que no dejan que Él los salve.

Esta ira de Dios se revela del *cielo* dice el vers.18. Esto fue escrito en la Biblia para mostrarnos lo opuesto a lo que dice el vers. 17, es decir, que la justicia de Dios se revela en el *evangelio*. Solamente mediante el evangelio es posible encontrarse con Dios y ser salvo. El que quiere encontrarse con Dios aparte del evangelio tiene que saber que solamente encontrará la ira de Dios.

Entre los hombres que viven sin Dios, son muchos los religiosos, tanto entre los gentiles como entre los que viven en países cristianos. Ellos creen que están “buscando a Dios”. Su religiosidad se muestra de diferentes maneras, sacrificios, sensaciones o experiencias místicas, peregrinajes, etc. Existen tantas maneras de buscar a Dios, como pensamientos humanos acerca de él. Pero, lo que tienen en común todos ellos, es que buscan a Dios *fuera* del evangelio. Muchos porque no lo conocen, otros porque lo menosprecian. Por ejemplo, muchos dicen que buscan a Dios en la naturaleza o en cosas semejantes.

Desgraciadamente, también escuchamos a veces que los predicadores en las iglesias hablan acerca del “Amor de Dios” de una manera oscura, cubriendo la verdad. En realidad, su predicación apoya al pensamiento religioso y falso del hombre. Tienen una predicación, que les da a las personas la impresión de que Dios no toma en serio los pecados de los hombres. Se habla acerca del “Amor de Dios Padre” como si Dios desde el cielo quisiera abrazarnos a todos, o como si el amor de Dios nos sirviera para

cubrir la seriedad del pecado, conciliar todas las posiciones contrarias y minimizar todo lo que es malo.

En 1 Juan 4:9, leemos lo siguiente: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo, para que vivamos por él”. El amor de Dios se encuentra *en Cristo* y se revela *solamente* en el evangelio.

Dios quiere salvar a todos, pero en su amor no puede aceptar a todos los hombres. Solamente puede hacerlo con los que *se arrepienten y creen* en el evangelio. Mientras el hombre esté satisfecho sin Dios, o quiera encontrar a Dios fuera del evangelio -sin creer ni arrepentirse-, entonces, para ÉL, no es posible tomarlo en sus brazos.

Mientras el hombre viva fuera del evangelio, sin Cristo, por supuesto que la ira de Dios se revelará contra él desde el cielo.

No podemos buscar a Dios directamente en el cielo, pues si algunos lo encontrarían fuera de Cristo, experimentarían una horrenda sensación, que resulta de caer en manos del Dios vivo (Hebr. 10:31). No es porque ellos en sí mismos sean más pecaminosos que otros, sino porque menosprecian a Dios, ya que viven sin él y por lo tanto no están reconciliados.

Entonces, la Palabra nos dice con claridad, que todos los que no tiene comunión con Dios, son objeto de la ira de Dios frente al pecado, desgraciadamente esta verdad hoy en día se está olvidando. No obstante, la Biblia enseña con claridad, que todos los que no creen en Jesús serán tratados por Dios según sus pecados y siempre estarán bajo su ira. Esta ira, se revela contra todo hombre impío e injusto (Romanos 1:18). Los entregará a la inmundicia (1:24-27a), y así recibirán “en sí mismo la retribución debida a su extravío” (1:27a-28). El castigo, será completo en el día del juicio (Rom. 2:5). Así como la salvación ya se está efectuando en los creyentes aquí en el mundo y será cumplida en el día del juicio, de la misma manera la ira de Dios será cumplida el último día, el día del juicio.

Versículos 19-23

Porque la ira de Dios tiene que revelarse contra los impíos.
Cómo nace la impiedad y cómo ésta se desarrolla.

El verso 18 nos ha mostrado qué es el pecado, y como Dios se revela frente a los que viven en este estado. Los siguientes versículos (v. 19-23) nos enseñan *porque* Dios tiene que mostrarse de esta manera hacia el impío. A la vez, arroja luz sobre cómo nace la impiedad y cómo se desarrolla entre los hombres. Estos versículos y el resto del capítulo trata de los paganos y más que todo habla acerca de cómo nace el paganismo y el culto a los ídolos.

Pero es un malentendido creer que estos versículos fueron escritos solamente para arrojar luz sobre lo que es el paganismo. La descripción del paganismo realmente

sirve para hablar mejor sobre la impiedad y la injusticia del hombre, para mostrar cómo los hombres han llegado a serlo y porque la ira de Dios tiene que revelarse contra ello.

Tenemos que recordar lo que el verso 18 dice: "... la ira de Dios se revela desde el Cielo contra toda impiedad de los *hombres* que detienen con injusticia la verdad ..." No dice: "los gentiles que detienen con injusticia la verdad".

No es por nada que la Biblia se expresa así en este versículo, porque en todos los pasajes donde la Palabra habla acerca de los gentiles, se usa expresiones como "gentiles", "griegos", "paganos", etc. Aquí no se han usado estas expresiones, para mostrar de qué se está tratando de los hombres en general.

Lo que aquí se ha dicho acerca de los gentiles, arroja luz sobre la realidad que toca a todos los hombres, pues se trata de una ley de la vida o una relación general entre Dios y los hombres. Entonces, no es sin motivo que la Palabra arroja luz sobre el origen del paganismo y la impiedad. Ni es sin razón que nos muestra porque la ira de Dios tiene que revelarse sobre estas cosas.

El paganismo muestra de una manera bastante clara, qué es la impiedad del hombre y cuál es la consecuencia de esta impiedad. Al ver el paganismo vemos lo que realmente existe dentro de los hombres, lo que quizás se revela más claramente entre los paganos. Por esto, al ver el origen del paganismo también podemos ver qué es la impiedad y cómo la ira de Dios tiene que revelarse contra ella.

¿Por qué entonces tiene que revelarse la ira de Dios contra los impíos? ¿Y cómo nace y se extiende la impiedad?

Los versículos 19-23 nos dan una sola respuesta a estas dos preguntas: "*Porque el hombre no se ha sometido a Dios conforme a la revelación que Dios les ha dado*".

En los versos 19-20, está escrito que los hombres que nunca escucharon la Palabra de Dios también tienen una revelación: "Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa".

¿Qué revelación es ésta?

Según la Biblia se trata de una revelación que *todos los hombres* tienen. Aún si no tienen la Palabra o si la tienen. Por eso lo más adecuado es llamar a esta revelación, la *revelación general o natural*.

¿En qué consiste la revelación general?

Consiste en dos cosas:

En primer lugar, lo que la Palabra pone aquí de relieve, *el testimonio acerca del Creador, dado por medio de la creación.*

En segundo lugar, lo que dice Romanos 2:14-15 sobre *la conciencia del hombre.*

La creación da testimonio acerca del Creador. Esto lo entendemos porque una obra siempre testifica acerca del que la hizo, de igual manera que un cuadro nos muestra cómo es el artista que lo creó. Así también la creación muestra como es Dios, el creador. Por eso debemos tener en cuenta cuán a menudo la Escritura habla acerca de esto y qué expresiones usa. Se dice claramente que Dios se ha *revelado* por medio de la creación y también que Dios dio testimonio acerca de sí mismo al dar la lluvia del cielo y dejar a la tierra dar fruto (Hechos 14:17).

¿Qué revela Dios por medio de la creación?

No revela su Salvación, sino su *poder eterno*. Dios es *todopoderoso*. También vemos en la creación su *divinidad, perfección y misericordia*.

De las palabras de Jesús en Mateo 5:45 se puede ver con claridad que también los publicanos y los gentiles saben que Dios deja al sol subir y bajar sobre malos y buenos y también que hace llover sobre justos e injustos.

Esto quiere decir que cada uno que quiere tomar en cuenta lo que diariamente ve en la naturaleza, tiene que comprender que existe un Dios viviente y todopoderoso. *Todo* en la naturaleza da testimonio acerca de Dios: “La tierra, el cielo y todo lo que vive, sí, desde la paja más pequeña hasta el hombre creado a Imagen y Semejanza de Dios”. Véase aquí, lo que dice Job 12:7-9 y Salmo 19:1.

En segundo lugar, como se dijo antes: La revelación general de Dios *consiste en la conciencia del hombre y la habilidad de poder distinguir entre lo bueno y lo malo* (2:14-15). También los hombres que no tienen la revelación de la voluntad de Dios en su Palabra tienen en sí una ley; es decir: Tienen conocimiento acerca de lo justo y lo injusto, y su conciencia les da testimonio acerca de esto.

La Escritura entonces, muestra que todo hombre posee una revelación general de que existe un Dios Todopoderoso. Así también, no existe un hombre sin conciencia y sin la habilidad de distinguir entre lo malo y lo bueno.

La revelación general, no puede salvar a nadie. Solamente lo puede hacer la revelación de la salvación en Cristo la cual la encontramos en el evangelio. Entonces lo que aquí está escrito, de ninguna manera quiere decir que los hombres pueden ser salvos por medio de la revelación general de Dios.

Tampoco dice que el hombre natural puede tener un concepto correcto acerca de la voluntad de Dios, aunque según su naturaleza, puede distinguir entre lo bueno y lo malo.

El hombre, puede obtener un entendimiento verdadero de la voluntad de Dios solamente cuando “*es nacido de nuevo*” por la fe en Cristo; y recibe la luz de la Palabra en su corazón (Ezequiel 11:19-20).

Sin excusa

Esta enseñanza nos es dada para que conozcamos que aún los gentiles que no escucharon la Palabra de Dios están *sin posibilidad de excusarse* frente a la ira de Dios. Así es, porque no fueron consecuentes a la revelación general de Dios.

En Romanos 1:21 leemos: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido”.

Aún los hombres que no han escuchado la Palabra de Dios saben tanto acerca de Dios, que están obligados a honrarle y agradecerle como el que dirige y sustenta todas las cosas. (Véase Hechos 17:27-28). Entonces nosotros que conocemos su Palabra, estamos -más aún- en la obligación de honrarle.

Las consecuencias de la desobediencia a Dios

La Palabra aquí nos enseña que *Dios exige que nos sometamos a él conforme al grado de conocimiento que tenemos de él*. Los versículos 21-23 nos muestran cuál es el resultado de ser desobedientes a la revelación general.

En Rom. 1:22-23 leemos: “Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”.

¡Las consecuencias de no someterse a la Palabra, en verdad no son pequeñas! Uno llegará a ser malo en sus pensamientos; *esto implica que perderá la habilidad de pensar lo bueno y lo útil*.

“El corazón será *entenebrecido*”. Esto quiere decir algo más que tener un corazón oscuro; pues desde la caída de Adán el corazón del hombre ha sido así. Pero al no tomar en serio la revelación general de Dios, la obscuridad del hombre crece aún más. Uno llegará a ser insensato, a pesar de que cree acerca de sí mismo que es prudente.

Según el original griego se dice que el hombre pierde su poder y se vuelve corrupto. La gloria del Dios Eterno es cambiada con imágenes e imitaciones de la creación, es decir: “En vez de adorar a Dios como Creador, adoran las *imitaciones* de la creación; practicando la idolatría. Así es adorada la Creación en vez del creador (v.25)”.

Mira qué efectos terribles resulta por no tomar en serio la revelación general: “Uno pierde la habilidad de pensar de una manera buena y útil, se desarrollan las tinieblas espirituales y el hombre comienza a corromperse adorando a los ídolos”.

La desobediencia a la Palabra de Dios

Es muy peligroso ser desobediente a la revelación natural o general, pero aún más peligroso es ser desobediente a la Palabra de Dios.

Los judíos sabían mucho más acerca de Dios que los gentiles, por eso su responsabilidad fue mayor. Nosotros que vivimos en la época del nuevo pacto sabemos más aún acerca de Dios que los judíos, porque conocemos el evangelio. Por eso tenemos aún más responsabilidad que ellos. “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3).

¡Entonces, cuanto mayor es la luz que uno tiene, tanto más peligroso es no seguirla! Es peligroso de dos maneras:

En primer lugar, porque el hombre que no obedece a la luz que tiene, queda bajo la ira de Dios. Un hombre puede ser salvo a pesar de ser muy pecaminoso si solamente se somete a lo que Dios poco a poco le revela y si recibe el evangelio. Si uno es fiel a la luz que tiene, también se prepara para recibir aún más. Entonces cuando se encuentra con el evangelio, lo recibe para salvación.

Pero el que resiste a Dios, de ninguna manera puede ser salvo, porque quedará bajo su ira; no por ser más pecaminoso que otros, sino porque resiste y niega a Dios. Cuanto más grande es la luz que uno rechaza, tanto más será la ira del Señor. Esto vemos al leer lo que dice el cap. 2:27. Aquí, la Biblia dice que, en el día del juicio, los gentiles que fueron consecuentes a la luz que tenían, condenarán a los que tenían mucha más luz que ellos.

La ira de Dios será mayor contra los que conocieron la salvación en Cristo, y no la recibieron ni se arrepintieron.

De esta forma, los versículos 19-23 nos muestran porque la ira de Dios tiene que revelarse contra los impíos. No porque éstos sean peor que otros, sino porque resistieron y negaron a Dios aun cuando él se reveló a ellos.

En segundo lugar, es peligroso resistir a Dios porque uno se destruye a sí mismo y hace daño a su alma. Un hombre nunca puede ser el mismo después de haber recibido la luz de Dios, pues esta luz lo ilumina y lo lleva hacia Dios, y si resiste a la luz, entonces esta luz lo quemará y destruirá.

Como resumen, podemos decir que los versículos 19-23 nos muestran cómo nació la idolatría, la cual tiene su raíz en la caída del hombre en pecado. También vimos, que la idolatría se desarrolla en una mayor manera, cuando el hombre no sigue la luz que tiene.

Cómo la ira de Dios se revela en el mundo

Los versículos 24-32, nos enseñan *cómo la ira de Dios se revela aquí en el mundo; cómo el poder del pecado tiene como fundamento, al hombre que vive sin Dios.*

El vers. 18 nos ha mostrado contra *quién* Dios revela su ira. Los vers. 19-23 nos dicen *porque* se revela; ahora los versículos 24-32 nos explican *cómo* se revela aquí en el mundo.

Ya se ha mencionado que la salvación comienza aquí en el mundo y será completa en el día de juicio, así también vimos que la ira de Dios comienza aquí en este mundo y será completa en el día del juicio.

En esta porción entonces, veremos cómo la ira de Dios se revela aquí en el mundo. En el cap. 2:5ss y en otras partes de la Biblia veremos cómo la ira de Dios será revelada en el día del juicio.

La ira de Dios y el impío

¿Entonces, cómo se revela la ira de Dios contra los impíos aquí en este mundo? Dios trata al hombre de la misma manera que el hombre trata a Dios.

Tres veces en este párrafo está escrito: “por eso, Dios les entregó...” (vers. 24, 26 y 28).

¿Por qué Dios actúa de esta manera?

Porque los hombres no le dieron gracias ni le honraron a él cuando Dios se reveló a ellos. Cuando los hombres deshonran a Dios y lo ofenden, cuando no se someten a él a pesar de haberlo conocido, entonces Dios responde entregando al hombre a sus pecados, y por eso el hombre se deshonra a sí mismo y ofende la esencia misma de Dios.

Por eso Rom. 1: 24-26 nos dice lo siguiente: “Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador; el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza”.

Por tanto, la ira de Dios se revela aquí en el mundo, cuando Dios entrega al hombre al pecado conforme a la postura que el hombre ha tomado frente a Dios. Les da a aquellos hombres, una mente que no puede conocerlo a Él, y que no sirve para lo bueno.

Rom. 1:28 dice: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen...”

El salmo 18:26 nos muestra que: Cuando un hombre no quiere arrepentirse y por lo tanto no quiere vivir con Dios, Él responde entregándole a pecados que corresponden a la ignorancia que este hombre muestra frente a Dios.

Si el hombre quiere vivir en contra la voluntad de Dios, también Dios hace que los hombres peleen en contra de sí mismos.

En breves palabras diremos: “Si los hombres quieren vivir sin Dios, Dios los deja vivir sin él”.

El que quiere ver, vea como todo el mundo está lleno de testimonios acerca de esta realidad.

“Dios castiga el pecado con pecado”. Esto no quiere decir que Dios guía a alguien para que peque. En Santiago 1:13, dice: “Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie”.

El poder del pecado

En realidad, el poder de los deseos pecaminosos en el corazón del hombre (Santiago 1:14. Mateo 15:19) y el poder de Satanás y los demonios aquí en el mundo (Efesios 2:2), son muy grandes. Por eso, en el momento en que Dios deja al hombre vivir solo, él peca debido a estas fuerzas malvadas y así, pasa de lo malo a lo peor. Entonces nada puede ayudar al hombre, ningún esfuerzo, ninguna regla ni su propia prudencia; nada en el mundo lo puede ayudar contra el poder del pecado, al cual Dios lo ha entregado.

Cuando Dios le deja al hombre vivir sin él, el hombre se hace daño a sí mismo, se destruye. No puede hacer otra cosa, aunque trate de evitarlo.

Así la ira de Dios se revela desde el cielo aquí en el mundo, pero esta ira no se compara con la ira que será revelada en el día del justo juicio de Dios (2:5) es decir en el día del juicio. Por eso, es muy grave ser un hombre que vive sin Dios.

Por qué el pecado tiene tanto poder en el mundo

Estos versículos, también arrojan luz sobre otra realidad. Nos muestran *por qué el pecado tiene tanto poder en el mundo*. Y es porque los hombres viven sin Dios y no quieren someterse a él, aunque Dios se reveló a ellos.

En los versículos 29-32, vemos cómo es la vida del hombre bajo estas condiciones: “Estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad, llenos de

envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades...quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican”.

La realidad acerca de la raza humana que la Biblia aquí nos presenta, no es positiva. Habla acerca de pecados que destruyen a los hombres y hace mala y muy triste la vida aquí en este mundo.

Todos estos pecados radican en el hecho de que los hombres viven sin Dios, pues la base de la moral para ellos ya no existe más. Toda moral verdadera radica en la comunión con Dios, así que, el hombre se engaña a sí mismo cuando piensa que aún puede mantener una buena moral entre los hombres sin necesidad de la fe en Dios.

Un mensaje para nuestro tiempo

Es necesario tener en cuenta de que éste es un mensaje especial para nosotros y para nuestro tiempo. Sabemos muy bien que nuestra época está llena de dificultades, pues hay guerras, revoluciones, injusticia y opresión en todo el mundo. Y vemos que el mundo está lleno de las malas consecuencias de todas estas cosas.

En nuestros días muchos sufren a causa de lo anteriormente mencionado. Los políticos tratan de mejorar la situación, se dedican a dar conferencias, sofocar revoluciones, etc., y por lo tanto no se puede negar que usan mucha energía y potencial humano para tratar de refrenar lo malo. ¿Pero cuál es el resultado?

La situación del mundo empeora cada día; muchas veces vemos que al intentar arreglar las dificultades se crean nuevos problemas. ¿Por qué pasa esto? La Biblia dice: Es porque el hombre vive sin Dios y se ha resistido a la revelación. Dios ha entregado al mundo a sí mismo. ¡Por eso el pecado reina sobre los hombres!

Además, el hombre está equivocado si pretende evitar lo malo por medio de obras sociales o ética humana. Pues para poder hacer algo contra todo el mal, solamente es posible hacerlo si somos fieles a nuestro Salvador, sirviéndole proclamando el evangelio, el cual puede salvar a los impíos. Esto es en primer lugar, un llamado a nosotros que creemos en Jesús.

Por eso, Pablo dice acerca de sí mismo en Romanos 1:9: “Dios, a quien *sirvo* en mi espíritu en el evangelio de su Hijo”. Como parte de la obra del evangelio hemos recibido también este mensaje muy serio acerca de la miseria del hombre. Pero toda esta miseria existe porque *la importancia del evangelio* está -hoy en día- muy debilitada entre los hombres.

¿Cómo puede cambiar esta situación, si el hombre no quiere someterse a lo que Dios le ha revelado?

No faltan las actividades cristianas, obras sociales y ceremonias religiosas. ¡Pero, nos falta conocer la verdad acerca de nosotros mismos! ¡Y también falta *la necesidad* del evangelio!

No es por nada, de que todos estos versículos (1:18-32) nos enseñen que solamente el evangelio es *el poder de Dios* para Salvación.

Más que todo, nosotros como cristianos necesitamos ser animados por el mismo Espíritu que tenía el profeta Daniel cuando clamó a Dios diciendo: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus pensamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra” (Daniel 9:5-6).

Esta oración expresa lo contrario a detener con injusticia la verdad. En otras palabras, expresa lo contrario de la impiedad. Expresa en realidad, el verdadero temor de Dios. Donde existe y actúa esta piedad y temor de Dios, allí también se puede ver el avivamiento de una nación.

Preguntas de repaso

1. ¿Qué quiere decir subjetivismo y objetivismo según lo que leímos en este capítulo?
2. ¿Qué quiere decir impiedad e injusticia según la Escritura?
3. ¿Por qué se usa la palabra, “hombres” y no, “paganos” en el versículo 18?
4. ¿Cómo reacciona Dios cuando el hombre no se somete a su voluntad a pesar de haberlo conocido?

2. Cómo se ve el pecado entre los hombres que conocen la revelación de la salvación de Dios.

Romanos 2:1-3:8

Los versos 18-32 del primer capítulo, nos muestran palabras muy serias acerca del pecado, esto refiriéndose a los hombres que no conocen la revelación de Dios. Así, esta porción nos da a entender qué es realmente el pecado: *Es el vivir sin Dios y resistirse a él*. Y también nos muestra como “la ira de Dios tiene que revelarse contra estos hombres aquí en este mundo”.

Ahora la Palabra continúa, mostrando *qué* es el pecado y usando como ejemplo a los hombres que tienen la revelación de Dios en su Palabra.

2:1: “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo”.

Como el capítulo 1:18, nos dio el punto de partida para entender los anteriores versículos (1:18-32), así también, estas palabras del versículo 1 son como un punto de partida para entender la porción siguiente. A la vez, también arroja más luz sobre lo que es en realidad el pecado.

Comienza con las palabras “*por lo cual*”, esto nos recuerda lo que nos dice el cap.1:18.

Como la ira de Dios se revela contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen la verdad en injusticia; es que, todos los que juzgan están sin excusa frente al juicio de Dios.

¿Qué implica esto?

Esto lo entenderemos al estudiar qué quiere decir en este contexto la palabra “juzgar”.

“*Juzgar*” no quiere decir lo mismo que decir la verdad acerca de una determinada cosa. Muchos lectores de la Biblia se ven en dificultades por causa de esta palabra, porque la malentienden. Creen que Dios nos prohíbe decir la verdad acerca de una persona. Por ejemplo, decir acerca de un hombre muy religioso, que no es cristiano, porque en realidad no se ha arrepentido.

Al pensar y decir tales cosas acerca de otros, muchos se preocupan por haber juzgado a su prójimo y así haber actuado en contra de la Palabra de Dios.

Con razón se ha dicho acerca de lo que enseñó Jesús en Mateo 7:1-6, (donde la palabra juzgar tiene el mismo sentido que aquí), de que esta palabra preocupa a los creyentes y da consuelo a los incrédulos. El mundo, especialmente los hombres piadosos y religiosos, usan este versículo (Rom. 2:1) para criticar y cerrar la boca de

los cristianos conservadores. No es correcto ni bíblico, “juzgar” a otros, dicen. Desean borrar la diferencia entre salvos y no salvos.

Ellos quieren creer que es injusto y malo afirmar que algunos son salvos y otros no. Por eso muchos creyentes sienten que la palabra “juzgar” es muy difícil de entender. Pero si leemos bien, vemos que la Palabra dice con claridad que el juzgar, en realidad no es lo mismo que declarar un juicio sobre otros. Esto lo vemos muy claramente en el libro de Isaías (5:20) por ejemplo: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”.

El peligro de no diferenciar entre salvos y no salvos

Algo peligroso que puede hacer un cristiano, es tratar de construir un puente entre el valle que separa a los salvos de los no salvos, entre lo genuino y lo falso. El que lo hace confunde la revelación de la verdad de Dios, evitando que las personas que no son salvos tengan una verdadera comunión con Dios. ¡Ay de los que lo hacen, dice Dios!

Si un cristiano no quiere pecar así, tiene que decir la verdad y lo justo acerca de otros hombres.

¡Por eso, no debemos malentender la palabra “juzgar”!

La llave para entender de una manera correcta que quiere decir esta palabra, la encontramos en el contexto de este versículo: “¡Porque tú que juzgas haces lo mismo!” Así también dice el versículo 3: “Tú que juzgas a los que tal hacen y haces lo mismo”.

Entonces, juzgar quiere decir: Usar la Palabra de Dios como medida para la vida de otros hombres, sin que tú mismo, -por medio de la Palabra-, tengas una buena relación con Dios.

La misma idea encontramos en Mateo 7:1-6, donde se habla acerca de sacar la paja del ojo de tu hermano, sin haber visto primero la viga que está en tu propio ojo. Cuando hayas sacado la viga de tu propio ojo, también puedes sacar la paja del ojo de tu prójimo. Es decir, ayudarle a que tenga una buena relación con Dios.

Porque es evidente que ninguno puede ayudar a otros en su relación con Dios, sin primero tener en orden su propia relación con él.

Los que juzgan conocen la voluntad de Dios

El que juzga a otros, según 2:1, es el que dice la verdad acerca de ellos, pero sin que él mismo haya llegado a obtener una buena relación con Dios por medio de su Palabra.

Los que lo hacen muestran dos cosas:

En primer lugar, que *conocen* la voluntad de Dios, porque si no la conocieran, no podrían usar la voluntad de Dios como medida o regla para otros.

En segundo lugar, muestran *que no se han sometido a la verdad que conocen*. En otras palabras: El que juzga aquí, muestra que vive sin Dios y que desprecia la voluntad revelada de Dios.

Pero eso es justamente lo mismo que está escrito en 1:18 acerca de la impiedad e injusticia. El que vive sin Dios, practica la injusticia e insulta la voluntad de Dios. Ambas (vivir sin Dios y conscientemente insultar la voluntad de Dios), se basan en el hecho de que el hombre detiene con injusticia la verdad. Contra todos aquellos se revela la ira de Dios.

Por eso todos los hombres que juzgan, están sin excusa frente al juicio de Dios, porque conocen la voluntad de Dios, pero no se han sometido a ella.

La acusación: “Oh hombre, *quienquiera* que seas tú que juzgas” muestra que aquí no se habla solamente acerca de judíos, sino acerca de todos los que conocen la Palabra de Dios, aún sin haber recibido la vida espiritual por medio de ella.

En esta porción, se ha usado a los judíos como ejemplo para arrojar luz sobre lo que es realmente el pecado, es decir: *Vivir sin Dios por no haber dejado que la Palabra les dé comunión con Él*.

Mezclar lo que uno sabe y lo que uno es

Esto nos ayuda a entender lo que es más peligroso para los que conocen la Palabra de Dios y su voluntad. Es decir, lo más peligroso, es que ellos tomen lo que se *sabe* por lo que realmente *es*. Creyendo acerca de sí mismos que *son*, cuando en realidad solamente *saben*. Pero es necesario distinguir entre el *conocer* la voluntad de Dios y el *hacerla*. Así también, hay diferencia entre el *saber* qué es el arrepentimiento y *estar* arrepentido. Por eso también es necesario distinguir entre el *saber* acerca de Cristo y *conocer a Cristo*. (Véase Juan 17:3; la vida eterna consiste en *conocer* a Dios y a Cristo).

La impiedad y la injusticia de los que conocen la voluntad de Dios se muestra en que no pueden distinguir entre lo que *saben* y lo que *son*.

Vers. 2:

“Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad”.

Dios no hace diferencia entre personas. No juzga al hombre según a lo que éste sabe, sino según la relación que tiene este hombre con él.

Tener sabiduría acerca de la voluntad de Dios no ayuda al hombre frente un falso cristianismo. Por eso se pregunta seriamente en el verso 3: “¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios?”.

Vemos claramente aquí dos realidades. La sabiduría no nos ayuda frente al juicio de Dios. Tener sabiduría no es lo mismo que tener a Dios. Todo depende de nuestra relación personal con él. Entonces la pregunta es: ¿Lo que sabemos acerca de la Palabra, logra la comunión entre Dios y nosotros?

El texto profundiza más en esto, en los versículos siguientes.

Porque muchos serán condenados

V. 4, 5 y 6:

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras...”

Entonces, entendemos que nuestra relación real con Dios decidirá nuestro destino en el día del juicio. En realidad, ningún hombre será condenado por causa de su pecado ni tampoco podrá el hombre ser salvado por sus obras. Sino que será condenado por haber menospreciado las riquezas de la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios, por no haber dejado que la Palabra lo lleve al arrepentimiento.

Por eso es necesario leer cuidadosamente lo que dice el vers. 4. Dios es rico en misericordia y paciencia. Por su paciencia puede tolerar el pecado por un tiempo sin castigarlo. También es rico en longanimidad, es decir puede ser paciente por largo tiempo.

Toda esta riqueza en misericordia es la que menosprecia el hombre que no se somete a la Palabra de Dios. Por eso, no es por causa de su pecado que el hombre atesora para sí mismo ira para el día del juicio, sino porque *no quiere* arrepentirse.

Como el hombre que vive con Jesús atesora para sí mismo “tesoros en el cielo” (Mateo 6:20) viviendo según su Palabra, así todos los que viven sin Dios atesoran para sí mismos ira para el día del juicio.

¡Pero una vez más diremos que eso es en primer lugar porque *no quieren* arrepentirse!

Todos se presentarán en el día del juicio

Según el versículo 6, Dios en el día del juicio, pagará a cada uno según sus obras. Muchos dicen que estas palabras reflejan el pensamiento judío. Y piensan que solamente

los que están bajo la ley serán llevados a juicio, mientras que los creyentes, no. Para fundamentar su opinión, normalmente citan a Juan 5:24 que dice: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

Aseguran, que la Biblia aquí dice claramente *que los creyentes no vendrán a condenación*. Pero han malentendido la Palabra. Esta expresión realmente no quiere decir que los creyentes no serán llevados a juicio, sino lo quiere decir, es que serán *salvos* en el juicio. Serán aprobados como hijos de Dios, porque que en realidad lo son.

Muchas partes en la Biblia nos dicen que los creyentes también estarán presentes en el juicio de Dios. Por ejemplo: 2 Cor. 5:10; Gál. 6:7-9.

Los versículos mencionados arriba, fueron escritos en primer lugar para los creyentes. También se puede ver claramente en Mateo 25:32-46 que tanto los creyentes como los incrédulos serán juzgados según la manera en que vivieron.

La justificación por fe y las buenas obras

Entonces, Romanos 2:5-6 y los versículos siguientes, no nos enseñan acerca de un juicio que será solamente para los judíos y para aquellos que viven bajo la ley, sino que este juicio será para todos los hombres. Por eso existen muchas preguntas, por ejemplo: ¿Cómo podemos armonizar esto con lo que enseña la Palabra de Dios, acerca de la salvación por fe, sin obras? ¿Cómo Dios pagará a todos según sus *obras*? ¿Si así fuera, no sería invalidada la enseñanza acerca de la justificación por fe? ¿No implicaría que algunos serán salvos por sus obras, mientras que otros serán condenados por sus pecados?

¡No, éste *no* es el sentido de estos versículos! Otra vez tenemos que leer muy bien lo que dice la Biblia aquí. *No* dice, en ninguna manera, que algunos serán salvos en base a una vida perfecta ni dice que algunos serán condenados por sus pecados. Sino, dice que Dios pagará a todos conforme a cómo vivieron.

Las buenas obras como testigos

Siempre que hay un proceso jurídico, tienen que presentarse algunos testigos. El juicio no puede ser justo sin conocer la verdad; así también será en el día del juicio. También Dios nos juzgará conforme a la verdad. Por eso, se presentarán testigos.

Estos testigos son *nuestra vida y nuestras obras*.

Nuestra vida y nuestras obras pueden testificar solamente dos cosas en el día del juicio, uno: Que nos hemos arrepentido y recibido la gracia de Dios para salvación, es decir que hemos vivido con Jesús y en comunión con Dios. Si así fue, seremos salvos,

no por nuestras obras, sino por el testimonio que dan las obras; que tenemos vida en Dios y le pertenecemos a él.

Segundo: Por otro lado, las obras pueden testificar que hemos resistido a la Palabra de Dios, no queriendo someternos a ella. Entonces no seremos salvos, porque hemos vivido sin Dios. Seremos condenados, no por haber cometido pecado, sino por habernos resistido a la Palabra de Dios, no queriendo arrepentirnos para ser salvos.

El árbol y sus frutos

Entonces el sentido de estos versículos es muy simple. El árbol es conocido por su fruto. Por eso nuestra relación con Dios será juzgada por nuestras obras. Porque como es nuestra relación con Dios, así también será nuestra vida y nuestras obras.

Conforme a esto también tenemos que entender los **vers. 7-16**:

“... el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios.

Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.

Porque cuando los gentiles que no tiene ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, estos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”.

El razonamiento de estos versículos termina en el verso 16. Por eso, antes de estudiarlo, es necesario explicar algo acerca de la construcción gramatical del texto: Los versículos 14-15 son como un paréntesis, así que el vers. 13, continúa en el vers. 16.

“...por que no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados... en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”.

Primero tomemos en cuenta, que la salvación que tiene un hombre debido al *evangelio* de Jesucristo es lo que decide su destino eterno. Entonces, lo que decide si este hombre será condenado o salvado es cómo en su corazón vivió con Jesucristo.

Por eso, es necesario recordar que el hombre no puede ser justificado frente a Dios según la ley, (luego veremos esto más profundamente). Sin embargo, ningún hombre puede ser justificado frente a Dios en el día del juicio, si no tiene una justicia que esté conforme a la ley de Dios.

En realidad, estos versículos, ya nos han explicado que solamente se puede ser salvo por medio del evangelio. Pero aquí no lo explica más profundamente, porque el énfasis es enseñar otra cosa, es decir: *Que Dios juzga a todos los hombres bajo el mismo fundamento.*

Cómo será el juicio

En el día del juicio no importará lo que uno sabe o no sabe acerca de la Palabra de Dios. Porque todos serán juzgados solamente por la relación que tuvieron cada uno con Él.

Esto realmente implica que todos los hombres que no dejaron a Dios salvarlos por el evangelio, serán condenados y quedarán bajo el juicio y la ira de Dios.

“Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados...” Rom. 2:12.

Es evidente que ésta es la situación de los que tienen la Palabra de Dios, y han “cometido pecado bajo la ley”. Ellos serán juzgados por la ley. Porque son conscientes de lo que hicieron.

Al contrario, parece difícil entender que los que cometieron pecado sin tener la ley, también serán condenados aún *sin la ley*. Porque según el contexto vemos claramente que ellos serán juzgados por la misma razón que los que serán condenados por la ley. Para tener luz sobre esto veamos la interpelación de los vers. 14-15.

“Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos...”

El concepto de lo malo y lo bueno

También los hombres que no conocen la Palabra de Dios tienen una norma para su vida: Saben la diferencia entre lo justo y lo injusto, la verdad y la mentira, lo bueno y lo malo. A esto se llama, el *concepto natural*.

Ahora no estudiaremos este asunto muy profundamente, solamente diremos que esto se escribió para mostrar que nadie *tendrá excusa* frente a Dios en el día del juicio (Véase el cap. 1:20).

Es una realidad decir que todos los hombres tienen un concepto natural de lo que es justo. Para probarlo, podemos tomar como ejemplo a un ladrón. Normalmente ignora si es malo o bueno robar. No obstante, de pronto entiende el concepto de lo moral *en el momento que alguien le roba algo a él*.

La vida diaria muestra que el vers. 15 dice la verdad: Los hombres se acusan o defienden de acuerdo con sus razonamientos. Si así no fuera, los hombres no tendrían un concepto natural de la moral. A la vez también tienen un concepto de la existencia de un Dios eterno y todopoderoso.

Entonces, pensando en todas estas cosas, entendemos que todos los hombres, también los que no conocen la Palabra de Dios, tienen una clara conciencia interna que les dice que un día darán cuenta por su vida.

La obra de la ley escrita en el corazón del hombre

En este contexto, también es necesario ver en el versículo 15, algo muy importante: Los gentiles no conocen la ley, pero son para sí mismos, ley (v.14). Esto nos lo explica el vers. 15 diciendo *“mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones”*.

Esto no quiere decir que la *ley misma* está escrita en sus corazones, porque esto ocurre como una consecuencia de la salvación. Los profetas, escribieron acerca de ello, por ejemplo, Jeremías 31:33, hablando acerca de la promesa del nuevo pacto, dice que Dios *escribiría su ley en la mente y en el corazón de los creyentes*. Lo cual realmente se refiere a la *regeneración espiritual*, y también a que los salvos tendrán al Espíritu Santo en su corazón.

En ninguna manera podemos equivocarnos acerca de lo que dice en Romanos 2:15, porque este versículo dice que *la obra de la ley* está escrita en los corazones de los gentiles.

Entonces la pregunta es: ¿Cuál es la diferencia entre *la ley* y *la obra de la ley*? Todavía no responderemos esta pregunta. La responderemos al interpretar el cap. 3:19-20. En este contexto, solamente afirmaremos que el cap. 2:14-15, habla únicamente del concepto natural, o sea acerca de la diferencia entre lo bueno y lo malo, es decir de la conciencia.

Con esto tenemos que terminar el estudio del cap. 2:1-16. Como dijimos, Dios juzga al mundo y a todos los hombres bajo el mismo fundamento. Esto a la vez, nos muestra que todos los hombres serán condenados en el día del juicio si *no* han recibido la salvación por medio del Evangelio de Jesucristo.

Ahora estudiaremos los versículos

2:17- 3:8

En esta porción, se señala lo que dice el cap. 2:1-16 para mostrar la situación de Israel.

El privilegio de los judíos, por ser la nación escogida de Dios, no puede ayudarles frente al juicio, si no viven en comunión con Él.

V. 17-24: La *ley* no puede ayudarlos.

V. 25-29: Ni les ayuda la *circuncisión*.

Los versículos 3:1-8, nos muestran que a los judíos no les ayuda que tengan las *promesas de Dios*, si es que por medio de estas promesas no obtienen comunión con él.

Es seguro que se escribió todo esto acerca de los judíos. Pero como dijimos cuando estudiamos el comienzo del cap. 2, todo esto es como un mensaje para todos los hombres que no conocen la Palabra de Dios.

Los judíos son como un modelo o prototipo; lo que les concierne a ellos también les concierne a todos los que conocen la revelación de la salvación de Dios.

Por eso señalaremos algunas cosas en los versículos 2:17-3:8. Por ejemplo, los versos 17-24, realmente nos muestran *que conocer la ley no puede salvar a ningún hombre*.

“He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienen en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”.

¿Qué es la ley? Como dijimos responderemos más profundamente luego. Ahora solamente diremos que la ley, es la revelación completa de la voluntad de Dios acerca de que cómo debe ser el hombre y qué tiene que hacer para cumplir con lo que Dios le exige.

En la ley tiene el hombre la forma de la ciencia y de la verdad (v.20).

La ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno. (7:12).

¿Entonces, la ley no ayuda al hombre a vivir verdaderamente bien frente a Dios?

¿No tendría el hombre razón si confía en la ley?

Aquí el hombre se desvía, los judíos son presentados como ejemplo de esto, ¡justamente porque confiaban en la ley cayeron! Es verdad que la ley *“muestra la forma de la ciencia y de la verdad”*, de modo que el hombre sabe lo que dice la ley (ver. 20).

Es cierto también que la ley puede hacer del hombre un guía moralista para los que no conocen la ley. También el conocer la ley puede dar a un hombre una idea de lo moral, etc. *Pero la ley no puede ayudar a ningún hombre a obtener paz con Dios.*

Realmente, la ley no puede ayudar a un hombre a vivir de una manera correcta según la ley. Por eso es peligroso apoyarse en la ley y gloriarse en Dios en base a la ley (v.17). A pesar de tener una vida correcta y tener sabiduría acerca de la voluntad de Dios, el hombre quebrantaría la ley y sería un hipócrita, si se gloriaría en Dios por sus propias obras, (v.17).

En pocas palabras: La ley no puede ayudar al hombre frente al juicio de Dios.

Vers. 25-29:

Tampoco la circuncisión puede ayudar al hombre en su relación con Dios. La circuncisión fue instituida por Dios. Fue dada en el antiguo pacto como una señal de que uno pertenecía al pueblo escogido de Dios. Así, la circuncisión es como un prototipo del Bautismo, el cual es la señal de nuevo pacto.

Ahora, dice la Palabra, mientras el hombre no viva con Dios y no cumpla con lo que la ley exige, la circuncisión no le ayuda en nada. Así como el Bautismo no ayuda, si el hombre no vive en comunión con Dios.

“Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Sí, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne, sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios”.

¿Qué quiere decir: “que es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley? Es necesario saberlo porque dice aquí que este hombre avergüenza al que quebranta la ley aun siendo circuncidado. ¿Existe el hombre incircunciso, es decir uno que no es judío, que cumple con los mandamientos de la ley? La respuesta, la encontramos en el vers. 29: “La circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra”.

El Espíritu y la letra

Para entender mejor esta expresión, necesitamos compararla con otra expresión del apóstol Pablo, que está en 2 Cor. 3:6: “porque la letra mata, mas el espíritu vivifica”. La letra significa la ley, la cual no puede hacer que el hombre viva. Al contrario, la ley, tiene un “ministerio de condenación” y un “ministerio de muerte” (2 Cor. 3:7).

Pero, Jesús da vida. Él hace nacer al hombre nuevamente, y de esta forma, el hombre tiene comunión con Dios, y vida espiritual. Esta vida espiritual corresponde a lo que exige la ley. Veamos Gál. 5:22, donde se habla acerca de la mente de la persona que ha nacido de nuevo. “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, *contra tales cosas no hay ley*”.

Entonces la expresión en el vers. 2:29 de los Romanos: “la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra” nos muestra que ningún hombre puede cumplir la ley con sus propios esfuerzos humanos. Solamente el que tiene vida, por tener a Jesucristo, puede llevar fruto para Dios. Como dice 2 Cor 3:5: “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios”.

Entonces, la expresión del vers. 26: “El incircunciso que guarda perfectamente la ley,” se refiere a un no judío que es cristiano por el nuevo nacimiento. Por eso, si uno no tiene comunión con Dios, la circuncisión no le ayuda. Ni el bautismo ayuda, si no tenemos comunión con Dios.

Entonces, preguntamos: ¿No existe acaso ninguna ventaja de tener la revelación de Dios? Eso es precisamente lo que 3:1-8 nos explica: Tener la Palabra revelada de Dios es la ventaja más grande que pertenece a un hombre salvado, porque por medio de esta revelación ha entrado en comunión con Dios. Pero las promesas de Dios no pueden ayudar a un hombre frente al juicio de Dios si el hombre por medio de estas promesas no ha entrado en comunión con Él.

Cap. 3:1-8

“¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios. ¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios? De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: “Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado. Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo? (hablo como hombre). En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo? Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? ¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): hagamos males para que vengan bienes?”

Justamente es una gran ventaja tener la revelación de Dios. Pero *tenerla* es una cosa, y ser *salvo* por medio de las promesas es otra cosa, totalmente diferente.

Con esto hemos regresado a lo que dice el cap. 2:1, como introducción a esta enseñanza: El que tiene la revelación de la salvación de Dios, pero continúa viviendo

sin tener comunión con Él, no está en una mejor situación que el que no tiene dicha revelación.

Ahora llegamos a una porción totalmente nueva, que trae la conclusión de todo lo que se ha dicho desde el cap. 1:18-3:8.

Pero antes de estudiar estos versículos, primero resumiremos brevemente qué nos muestra el cap. 1:18-32 y luego 2:1-3:8 acerca de la caída relatada en Gén. 3.

La caída en pecado

La historia de la caída en el pecado habla acerca de dos realidades básicas. *Cómo* el hombre fue tentado y cayó, y luego: *El motivo de la tentación*. Primero veremos cuál fue el motivo de la tentación del diablo: Nada menos que “ser como Dios” (Gén. 3:5).

El diablo tentó al hombre, para que él creyera que *por sus propias fuerzas podía ser lo que solamente Dios podía darle a ser*. Cuando el hombre no resistió la tentación y cayó, este veneno diabólico fue inyectado en la naturaleza del hombre. El hombre *mismo* quería ser como Dios y vivir por sí mismo. La vida con Dios fue reemplazada por este deseo. Por esto el pecado se ve en el egoísmo, en que el hombre vive para sí mismo.

El pecado es la vida egoísta. Donde domina esta vida, también domina el pecado. Rebelarse contra Dios es lo mismo que *impiedad*, engrandecerse a sí mismo frente a otros hombres es *egoísmo*. El que vive solamente para sí mismo, vive en pecado. Puede ser que este pecado se muestre en diferentes maneras, pero siempre es el mismo pecado: egoísmo.

No debemos juzgar al pecado solamente según la vida externa que podemos ver en un hombre. Muchos, cuando escuchan la palabra “pecado” piensan en, fiestas, alcohol, adulterio, robo, guerras, etc., cosas que van en contra la Palabra de Dios. Todo eso es pecado. No obstante, si solamente vemos esto, no hemos comprendido bien qué es el pecado. Si no tenemos un concepto más profundo del pecado, en realidad nuestro concepto de él es falso. Nunca podremos luchar eficazmente contra nuestro propio pecado o lo malo de este mundo.

En realidad, el pecado consiste en que el hombre vive su propia vida frente a Dios; es decir según sus propios deseos y codicia. Adulterio, robos, guerras, etc., vienen como una consecuencia de esta manera de vivir. Los pecados particulares son *efectos* del pecado del corazón. Porque el *pecado mismo* está ahí, por eso el hombre vive sin Dios, vive sólo para sí mismo.

Si entendemos esto, también veremos que no solamente los pecados visibles son pecados. *Todo* lo que no viene de Dios, es decir, todo lo que radica en el hombre mismo, es pecaminoso. Por eso la Biblia dice que todo lo que no proviene de fe, es pecado (Rom. 14:23).

El falso arrepentimiento

Muchos hombres se “arrepienten”, cambiando su vida interna, creen que así están arrepentidos ante Dios. Antes, el propósito de su vida eran las fiestas, el alcohol, etc. Ahora para ellos, el propósito de su vida es vivir en santidad y según la moral. Pero de esta forma, están buscando santidad en sí mismos. Quieren convencerse a sí mismos que son buenos y que hacen el bien al prójimo. Realmente este arrepentimiento no es más que querer mejorar y transformar al viejo hombre, o querer mejorar su propia justicia. Trabajan seriamente, pero en vano; a pesar de que toda su fuerza, sus pensamientos, y su voluntad están involucrados para cumplir estos propósitos.

En realidad, éstos creen no necesitar a Cristo y su justicia. Nunca entendieron su situación verdadera, es decir que viven sin Dios. No saben qué es sentirse condenados y necesitar la *salvación*. Por eso no son nacidos por la fe en la Palabra. No tienen paz con Dios. Tales hombres están sin Dios a pesar de que traten de mejorar sus vidas y ser salvos de su vida pecaminosa.

Como *contraste* a esta falsa “santificación”, dice el apóstol mismo (Gál. 2:19-21): *“Porque debido a la ley yo he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo he sido crucificado, es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí. No quiero rechazar la bondad de Dios: pues si uno pudiera quedar libre de culpa por obedecer a la ley, Cristo habría muerto inútilmente”*.

¿Entonces, cómo fue tentado el hombre? O, en otras palabras: ¿cómo comenzó a vivir el hombre según sus propias fuerzas? Gén. 3:1 dice que el hombre fue tentado cuando el diablo le hizo *desobedecer a lo que Dios le había revelado por medio de su Palabra*, diciendo: “¿conque Dios ha dicho...?” Esto es exactamente lo mismo que dice Rom. 1:18 “Detienen con injusticia la verdad”.

Mientras el hombre esté viviendo en la Palabra de Dios, está en Dios mismo. Si rompe con la Palabra por su desobediencia, también rompe con Dios. Así vemos como el pecado radica y tiene su origen en la desobediencia a la Palabra de Dios.

Por otro lado, no debemos olvidar que la Epístola a los Romanos habla mucho acerca del pecado para arrojar luz sobre el Evangelio, y para que entendamos que solamente el Evangelio es el poder de Dios para la salvación. El hombre tiene que reconocer su pecado para ser salvo. No es suficiente ver y conocer mucho de lo que es pecaminoso y malo en su vida. Esto solamente hará que el hombre trate de mejorar su naturaleza pecaminosa, y no que llegue a tener comunión con Dios.

Es necesario que veamos la *situación* en la cual vivimos, sin Dios; y que comprendamos qué significa *esta* situación. Únicamente de esta manera el hombre puede recibir el evangelio, porque entonces comprenderá que necesita la salvación.

¿Entonces, cómo es la situación en la cual vive el hombre sin Dios? Esto es lo que nos muestran los siguientes versículos.

3. ¿Cómo es el hombre natural en sí mismo? Rom. 3:9-18

Aquí el apóstol, da un resumen de lo que escribió antes acerca del pecado (1:18-3:8), posteriormente profundizará un poco más en el tema.

En realidad, esta porción no contiene *una definición* de cómo es el hombre natural, (lo cual se ve por ejemplo en el cap. 8:7, y en muchos otros lugares). Sino, que hay algunas palabras que nos muestran cómo viven los hombres sin Dios en este mundo.

Cuando 3:19 dice que estos versículos fueron escritos para los que están *bajo la ley*, no implica solamente a los judíos. Es obvio, según la Biblia, que *todos* los hombres están sometidos a la voluntad de Dios. Desde el punto de vista de él, todos los hombres están bajo su ley, no solamente los judíos, aunque el tema del apóstol aquí en este contexto es el de los judíos y la ley (Rom. 8:1). El mismo versículo (3:19) afirma con palabras muy claras que, *“toda boca se cierre, y que todo el mundo quede bajo la justicia de Dios”*.

Entonces, cada hombre está por naturaleza bajo la justicia de Dios.

Cap. 3:9-18: *“¿Qué, pues? ¿Somos nosotros, los judíos, mejores que los demás? ¡Claro que no! Porque ya hemos demostrado que, tanto los judíos como los que no lo son, están bajo el poder del pecado, pues las Escrituras dicen: ¡No hay quien haga lo bueno! ¡No hay ni siquiera uno! No hay quien tenga entendimiento; no hay quien busque a Dios. Todos se han ido por mal camino; todos por igual se han pervertido.*

¡No hay quien haga lo bueno! ¡No hay ni siquiera uno! Su garganta es un sepulcro abierto, su lengua es mentirosa, sus labios esconden veneno de víbora y su boca está llena de maldición y amargura. Sus pies corren ágiles a derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos, y no conocen el camino de la paz. Jamás tienen presente que hay que temer a Dios”.

Entonces repetimos la pregunta: ¿qué nos muestran estos versículos acerca de la naturaleza del hombre en sí mismo? El versículo 9 nos da la respuesta: Todos los hombres están bajo pecado. Los versículos siguientes (10-18) también afirman lo mismo; que el hombre que vive sin Dios, tiene que estar bajo pecado por su naturaleza. Para hacer una breve exposición, podemos señalar dos realidades acerca del hombre natural:

1. El hombre es absolutamente *culpable* frente al juicio de Dios.

El pecado siempre resulta en culpa. En nuestro tiempo es muy importante tomar en cuenta que ésa es la realidad. Uno de los peligros más grandes de nuestra época es que casi se ha olvidado *qué quiere decir* la palabra culpa. La Psicología moderna está en realidad, tratando de quitar de la conciencia del hombre el sentirse culpable. Es posible sentirse culpable sin sentirse que se es *culpable frente a Dios*. Esta falta de sentirse culpable frente a Dios realmente pertenece a la naturaleza pecaminosa del hombre.

Por no sentirse culpable ante Dios, muchos hombres ahora se sienten “liberados” por su propia y sola confesión, sin realmente haber experimentado la salvación en Cristo. Pero Dios dice en su Palabra que los pecados de los hombres les han hecho culpables frente a él. Cuán *grande* es la culpa, no depende si cometimos un pecado “grande” o “pequeño”, sino depende de *quién fue ofendido por nuestro pecado*.

No importa, si hablamos acerca de pecados “grandes” o “pequeños”, igual estamos en contra la Palabra de Dios. Nosotros juzgamos el pecado según su *apariencia* y sus *consecuencias*. Los pecados que nos saltan a la vista, o los pecados que llevan consigo consecuencias serias, por ejemplo: adulterio, robos, violencia o cosas semejantes, a éstos, los llamamos pecados graves. Al contrario, si se trata de pecados escondidos, que no llevan consigo consecuencias visibles, por ejemplo: insultos, envidia, egoísmo, deseos de ser honrado por hombres, etc., nos inclinamos a contarlos como pecados “pequeños”.

Dios no piensa así acerca del pecado.

Él juzga el pecado según la obediencia de nuestro corazón a su Palabra. El insultar a otra persona nos hace igual de culpables frente a Dios como el asesinar, tener pensamientos impuros como el cometer adulterio.

La culpa entonces no depende de cómo se presenta el pecado o qué consecuencias tiene, sino qué ocurre cuando el corazón se desvía de la voluntad de Dios.

De la vida diaria, sabemos que un mandato tiene su importancia debido a que lo dio. Si yo quisiera dar una ley para la vida en el estado, esta ley no tendría ningún efecto o autoridad. Pero si el gobierno da una nueva ley, sería necesario obedecerla. Y el que cometiera infracción de esta ley sería culpable frente al estado.

Así también se desarrolla nuestra vida espiritual. La ley tiene importancia debido a que la dio. Lutero dijo: “Si Dios me ordena alzar una paja del suelo, esto sería más importante que tratar de convertir a todo el mundo, si Dios no me lo habría ordenado”.

Ahora sabemos que la ley de Dios es perfecta, como Dios mismo es perfecto. Esto también tienen que admitir todos los que estudian el contenido de la ley.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:39-40). Es decir, por estos mandamientos se ha expresado cuál es el propósito de Dios con nosotros los hombres.

El que se desvía o no obedece estos mandamientos ofende la santa y perfecta voluntad de Dios. ¡Por eso su culpa es completa!

Deut.10:12, nos muestra que Dios *exige a cada uno* de los hombres, que cumplan con estos mandamientos. No solamente es algo que Dios desea, y que no toma tan en serio. Sino es algo que *exige*. Todos los hombres tendrán que dar cuentas frente a él. Esto muestra Romanos 3:10, versículo, que es en realidad una cita del salmo 14:2ss: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios”.

Es decir, Dios observa a cada hombre para ver si cumple o no con lo que él exige. El que no cumple perfectamente con sus exigencias resulta totalmente culpable frente a Dios. Así *Dios* mira la responsabilidad por el pecado.

Incluso, a pesar de que el hombre lo sepa o no, o se sienta culpable o no, ningún hombre puede escapar de esta realidad.

Pero ahora, la Escritura dice que *todos los hombres están bajo pecado*, cosa que todos los que son de la verdad lo experimentan. Dios ve que tenemos pecados, que fuimos desobedientes, que no hemos cumplido con lo que Dios exige de nosotros. No tenemos lo que necesitamos para ser aceptados por él.

¡Ningún hombre tiene en su naturaleza humana lo que necesita tener, para ser libre del castigo de Dios por el pecado!

¡Por eso, ningún hombre tiene en sí mismo y en su propia justicia una defensa contra el juicio de Dios! Este realmente es el contenido del vers. 9.

“¿Somos nosotros mejores que ellos?” Según el texto griego, el sentido en realidad es el siguiente: ¿tenemos algo con lo cual podemos excusarnos? (frente a la ira de Dios).

“De ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado”.

Entonces, lo primero que encontramos de la situación en la cual vive el hombre natural, es que ningún hombre tiene lo que necesita para excusarse frente a Dios el día del juicio, por eso por causa de su culpa, tiene que ser condenado.

El hombre natural está en sí mismo condenado

Esto nos muestra, que era necesario que Dios abriera un camino de salvación para los hombres.

2. Que todos los hombres están bajo el pecado, también nos muestra otra realidad.

El hombre natural está *muerto* frente a Dios, no puede hacer lo bueno. Cuando el hombre cayó, se cumplió la sentencia descrita en Gén. 2:17. “El día que de él comieres ciertamente morirás”.

En Efesios (2:1) y otros pasajes, se dice que los hombres están muertos debido a sus delitos y pecados. Jesús mismo dijo un día a uno de sus discípulos: “deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mateo 8:22). Con esto, quería decir que todos los que no son salvos, están espiritualmente muertos. La caída y la separación de Dios tuvo como consecuencia que el corazón del hombre fuera dañado. Por medio del pecado el hombre perdió no solamente su justicia, su fe y su piedad frente a Dios; sino también perdió la capacidad de ser justo. Perdió la capacidad de creer en Dios y servirle.

Esto nos muestran claramente los presentes versículos (3:11-12): “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”. Nótese lo que dice el vers. 12: que todos los hombres se hicieron inútiles, lo cual implica que el hombre, según su propia naturaleza, *no puede servir a Dios, ni puede hacer lo que es bueno desde el punto de vista de Dios.*

En otras palabras, espiritualmente hablando, no podemos esperar más del hombre natural, de lo que podemos esperar de un hombre muerto corporalmente. Un cadáver no puede ver, sentir, o hacer algo. Exactamente así es también el hombre natural en relación con Dios y su voluntad revelada en la ley.

- El hombre por sí mismo no puede conocer a Dios.
- Ni tiene libre albedrío.

“Libre albedrío” no quiere decir que el hombre no puede elegir lo que quiere hacer en su vida diaria. Puede, por ejemplo, ir a donde quiere y hacer lo que quiera en su cotidiano vivir. Puede ir a una reunión o no ir. Puede elegir leer la Biblia o no hacerlo.

Pero cuando se pregunta si el hombre puede querer la voluntad de Dios, o si el hombre realmente por su libre deseo o un deseo interno suyo quiere hacer lo bueno, la Biblia nos enseña que a éste le falta incluso la capacidad de *querer* la buena voluntad de Dios.

Por esto, la predicación más peligrosa es aquella que dice al hombre que vive sin Cristo: “Tienes libre albedrío, puedes hacer lo que quieras, puedes elegir a Dios si quieres”, o “puedes seguir a Cristo si solamente quieres”.

¡No, eso es exactamente lo que *no puede* el hombre!

Lutero dice: “La voluntad del hombre está en medio de Satanás y Dios, el hombre es conducido y guiado como si fuera un caballo u otro animal. Si Dios le posee y mantiene su poder sobre él, también va donde Dios quiere. Si Satanás le posee y mantiene su poder sobre él, va andar y querer lo que quiere Satanás. La voluntad del hombre no es libre, no puede el hombre por sí mismo decidir servir a Dios o al Diablo, sino éstas dos personas fuertes, el Diablo y Dios están luchando para poder dominar al hombre”.

Lo peor es, como dice Lutero en otro lugar, que el hombre natural no experimenta el poder de Satanás sobre sí, como una fuerte esclavitud. Sino que el hombre hace lo malo con gran gusto y se siente libre cuando es conducido por Satanás. Al contrario, experimenta a Dios como un enemigo y su voluntad como algo extraño e intolerable.

Esto está expresado claramente en Romanos 8:7: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden...”

Entonces, el hombre natural no *puede* obedecer a Dios. La muerte espiritual quiere decir que no puede ir a Dios (Jn. 6:44) ni recibir y entender lo que pertenece a su Espíritu (1 Cor. 2:14), de todas las formas, el hombre natural está inhabilitado, espiritualmente hablando.

Si ahora resumimos lo que enseña la epístola de los Romanos acerca de la situación del hombre cuando está sin Dios, encontramos que está perdido en un doble sentido:

Es culpable, no tiene lo que debe tener para poder salvarse en el juicio de Dios.

Es impío, le falta la capacidad de poder vivir con Dios y por Dios.

Viendo todo esto, ahora entendemos, qué clase de salvación necesita el hombre: Una salvación que corresponda a la situación en la cual vive, es decir: sin Dios.

En vez de culpa, el hombre necesita una *reconciliación* y una justicia que Dios pueda aceptar. Tal salvación se predica en Romanos 3:21-5:21.

Debido a que al hombre le falta la capacidad de temer a Dios, es que necesitamos nacer de nuevo, es decir recibir al Espíritu de Dios y la mente de Dios en nuestro corazón. Romanos 6:1-8:39 habla acerca de este aspecto de la salvación.

Pero antes que la carta a los Romanos pase a hablar acerca de esto, nos presenta una porción, que es como una conclusión de esta parte que ya hemos estudiado, y que abarca desde el cap. 1:18.

4. La relación de la ley respecto al hombre natural Cap. 3:19-20

Como dijimos antes, todos los versículos, desde el cap. 1:18, es decir todo lo que se dijo acerca del pecado y el hombre natural, nos enseña el por qué *solamente el Evangelio* es el poder de Dios para salvación.

Por tanto, no hay salvación por la ley. Esta es la clara conclusión de los siguientes versículos: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las

obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él, porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. Romanos 3:19-20.

Entonces, la conclusión de todo lo que se dijo acerca del pecado y el hombre natural es la siguiente: Es cierto que el hombre puede hacer las obras de la ley, pero no puede ser justificado frente a Dios por medio de aquellas obras. La ley no puede ayudar al hombre a obtener verdadera paz con Dios. Pero la ley, puede mostrarle lo que en realidad es el pecado y como es la relación que tiene el hombre con Dios. “Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”.

Para entender esto, es necesario hacer algunas preguntas básicas en cuanto a la ley y a nuestra relación con la ley. Por eso, hasta cierto grado anticiparemos algunas preguntas que la carta a los Romanos tratará después. Pero ahora, es necesario tratar estas cosas para facilitar la comprensión de lo presente.

Preguntas importantes que se mencionan aquí son las siguientes: ¿Qué es la ley? ¿Por qué nos es dada la ley? ¿Cuál es la diferencia entre cumplir la ley y hacer las obras de la ley? ¿Qué hace la ley en los diferentes hombres?

Estas preguntas las estudiaremos ahora. Porque como dijo Lutero, en su prefacio a la epístola a los Romanos: “Si queremos entender el mensaje de esta epístola, es necesario entender su idioma”.

¿QUÉ ES LA LEY?

La respuesta más breve y completa que la Biblia da a esta pregunta es la siguiente:

¡La ley es la revelación de la santidad de Dios!

La Biblia dice: “Santos seréis porque Santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lev. 19:2). Todo lo que exige santidad de nosotros, y todo lo que muestra que Dios no puede reconciliarse con el pecado, son palabras de la ley.

En la Biblia se expresa esto de diferentes maneras, lo cual indicaremos aquí.

En primer lugar, la ley se expresa claramente por medio de todos los mandamientos y prohibiciones.

Así los diez mandamientos expresan claramente la ley. Por ellos, Dios dice qué es el pecado y cuáles son las buenas obras.

Estos mandamientos, fueron resumidos en *dos mandamientos* en los cuales, según Jesús, está fundada toda la ley:

Mateo 22:37-39: “Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y gran mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”.

Aquí vemos que la ley nos exige que seamos *perfectos*. Compárese con Mateo 5:48: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”.

En otras palabras, la ley nos da la imagen del hombre perfecto, el que está sin pecado. El hombre que, en su mente y su esencia, en su vida y sus obras es perfecto y santo como Dios mismo. ¡Eso es lo que Dios nos exige con la ley!

Entonces, la ley nos enseña que Dios no puede aceptar lo que no está conforme con su santidad. Dios de ninguna manera puede aceptar el pecado y la mentira. ¿Cómo sería el perfecto reino del Señor si esto no fuera así?

De esto aprendemos otra verdad que no debe olvidar el hombre. *¡Dios no puede perdonar al hombre ni un solo pecado, mientras el hombre deba algo a la ley!*

Aquí muchos opinarían: “Entonces, ¿qué del cristiano? ¿No debe algo a la ley? ¡También el creyente comete pecado!”.

Sí, es verdad que también un cristiano ha cometido pecados. ¡Pero, aun así, no debe nada a la ley!

Esto lo veremos cuando estudiemos el cap. 3:21-31.

Lo que hace a un hombre ser cristiano, es que Dios le da una salvación por medio de la cual no llega a deber nada a la ley.

En la Palabra de Dios y según la ley, el que debe algo a ella no puede tener comunión con Dios o recibir el perdón de pecados. Esta verdad nunca cambiará, aunque que muchos hombres no la crean. La ley exige una santidad perfecta ante Dios, lo cual también vimos por medio de los mandamientos.

Por eso, es claro que Dios castigue al que quebranta su ley. El hecho que Dios castigue es el segundo aspecto que menciona la Biblia acerca de la ley. Todo lo que en la Palabra de Dios habla acerca de ser castigado por el pecado, pertenece a la ley.

A esto, la Biblia lo llama *maldición*.

Según Deut. 28, Dios maldecirá a aquel que quebranta las leyes y mandamientos que él dio al hombre.

Compárese también Gál. 3:10: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”.

Pero también se ha dicho, que Dios promete *bendición y vida eterna* para el que guarda la ley y cumple con los mandamientos. Esto es lo tercero que dice la Biblia acerca de la ley.

Según Deut. 28, Dios bendice al que guarda sus mandamientos y leyes.

La ley viene con una *promesa condicionada*; es decir, Dios nos da lo que promete la ley si cumplimos con las condiciones que él ha dado.

Es necesario tomar en cuenta esto para poder entender lo que luego dice la Palabra acerca de la salvación. La promesa condicionada no es el Evangelio, sino la ley.

Entonces la ley, es cualquier *exigencia de santidad*, sea cual sea.

Cualquier mandamiento, todas las leyes, todas las obligaciones, cualquier versículo de la Biblia que nos exige santidad, es la ley. Es la palabra de la ley, que a veces llamamos “exigencia de santidad”, “entregarse de corazón”, “buenas obras”, “andar en la verdad”, “vivir piadosamente”, etc... Ya sea si se trata de exigencias dirigidas hacia los cristianos o si se llama exhortar a santificación, siempre es la palabra de la ley.

¡Esta palabra de la ley siempre tiene que ser predicada en todos los sitios donde se anuncie la Palabra de Dios! Según la Biblia, siempre es necesario predicar la ley junto con la proclamación del evangelio. La epístola a los Romanos es el mejor ejemplo de esto.

Pero la ley, nunca puede ser evangelio ni puede el evangelio ser ley. La ley y el evangelio siempre tienen que estar juntos y ambos tienen un efecto en el corazón del hombre. Nunca deben estar separados ni mezclados.

La primera vez que encontramos ley y Evangelio en la Escritura, es en el primer sermón que fue predicado a los pecadores. Es el sermón que Dios mismo dio a Adán y Eva, en el día que nuestros antepasados cayeron en pecado (Gén.3).

En este sermón la Ley habló de la siguiente manera: “Adán, ¿Dónde estás tú? y a Eva, ¿Qué es lo que has hecho?” Gén. 3; 9,13.

Pero el Evangelio se expresó de la siguiente manera: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gén. 3:15).

Luego, en toda predicación verdadera siempre se predica la ley y el Evangelio, y la ley y el Evangelio siempre trabajan juntos en el corazón del hombre para salvarlo. También en todas las fases o etapas de la vida cristiana es necesario escuchar la ley y el Evangelio.

Entonces, la ley exige del hombre santidad completa. Exige *al hombre integralmente*: su corazón, su conciencia, su mente, su pensamiento, sus deseos, su voluntad, y su vida. La ley es espiritual (Rom. 7:14). No se puede cumplir la ley solamente haciendo obras y actividades.

Lutero dice lo mismo en su prefacio a la epístola a los Romanos: “La palabra *ley* no debe entenderse en sentido humano, es decir como una enseñanza de las obras que hay que hacer y las que hay que evitar, lo que es propio de las leyes humanas, que se cumplen con obras, aunque el corazón no participe”.

Con esto hemos llegado a otra pregunta básica: ¿Cuál es la diferencia entre cumplir la ley y hacer las obras de la ley?

La Biblia afirma que el hombre puede hacer las obras de la ley. Pero también aclara que Dios no acepta estas obras de la ley como cumplimiento de los mandamientos. Esto, está claro por las palabras que tenemos aquí: “*Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado*”.

Como ya señalamos en el cap. 2:15, hay diferencia entre el hacer las obras de la ley y el cumplir con los mandamientos. Vamos a ilustrarlo con un ejemplo: Tal vez toda tu vida trataste de no robar, quizás también pudiste vivir toda tu vida sin haber robado: Entonces, ¿cumpliste el séptimo mandamiento el cual dice: *no robarás*?

Muchos dirían que sí, pero Dios dice otra cosa; él te preguntaría, ¿con qué propósito no robaste? ¿Es porque amas a Dios con todo tu corazón? o ¿por qué amas a tu prójimo como a ti mismo? En otras palabras: ¿no robaste porque tienes un corazón impecable y perfecto? No, por supuesto que no, sino *porque quieres ser justo y bueno*.

Entonces Dios dice: Bueno, hiciste la obra que exige el séptimo mandamiento, pero no cumpliste con aquel mandamiento, porque no tienes la mente y el corazón que son necesarios para poder cumplir los mandamientos.

Por eso, una cosa es hacer las obras de la ley, y otra cosa totalmente diferente es guardar verdaderamente la ley y cumplir con los mandamientos.

También, es necesario decir aquí, que las “obras de la ley” no son lo mismo a lo que la Biblia llama en Mateo 5:16: “buenas obras”. Las buenas obras son el fruto del Espíritu Santo en el corazón del creyente.

Las obras de la ley, por el contrario, son hechas cuando el hombre natural somete su vida a la ley de Dios. Pero, como dijimos: Dios no acepta las obras de la ley como el cumplimiento de la ley.

¿POR QUÉ NOS ES DADA LA LEY ENTONCES?

“Naturalmente como una ayuda, de forma que podamos vivir según la voluntad de Dios” -así pensamos nosotros según nuestro razonamiento humano.

El hombre siempre piensa que, si queremos vivir según la voluntad de Dios, podemos hacerlo, especialmente, si Dios nos da su poder y nos ayuda.

Es típico para el hombre común pensar, así como enseñaron los fariseos en el tiempo de Jesús. Ellos decían que el hombre no puede cumplir la ley con sus propias fuerzas, a menos que Dios le diera el poder; pues si Dios le daba el poder, también podría cumplir la ley.

¡Pero eso no es verdad!

Como veremos más adelante en la epístola a los Romanos, es imposible para la ley hacernos justos frente a Dios (Rom. 8:3).

Decir que Dios nos dio la ley para que seamos justos frente a él por medio de ella, es lo mismo que menospreciar toda la salvación en Jesucristo. Dice en Gál. 2:21: No desecho la gracia de Dios, pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.

La ley no nos es dada para que seamos por ella, justos frente a Dios. Pero entonces, ¿por qué nos fue dada?

Estudiaremos algunas de las respuestas básicas que da la epístola a los Romanos a esta pregunta.

En Romanos 3:19 dice que Dios nos dio la ley *“para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”*.

La ley es dada para crear conocimiento y conciencia del pecado en nosotros “porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3:20). “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase”. (Rom. 5:20). *La ley es dada por Dios para que los hombres conozcan y comprendan su situación, es decir, que están sin Dios.*

Ningún hombre recibe la salvación antes de que Dios le haya convencido de que está perdido y condenado. Como antes mencionamos, para el hombre no es suficiente ver que es pecador y que hace lo malo. Pues, muchos comprenden que son grandes pecadores, y también pueden sentirse asustados por sus pecados; y, sin embargo, aun

así, piensan que no necesitan salvación. Tratan de mejorar, piden a Dios ayuda y poder para cambiar su vida; piensan que, si Dios les da *poder*, podrán cambiar su vida para ser como Dios les exige.

Pueden ver seguramente sus pecados en sus obras, pensamientos, y motivos. Pero no ven su condición y situación. No ven que son *culpables* frente a DIOS, ni ven que en ellos no hay algo que pueda hacerles cristianos.

No comprenden que es imposible, aun para Dios, hacerlos justos. Mientras el hombre no entienda esto, no puede ser salvo. Esta situación y condición el hombre no puede verlo por sí mismo.

Como es imposible para el hombre, por sí mismo, comenzar a creer; así también es imposible para él ver su pecado y su situación como perdido y condenado.

Es necesario que la Biblia nos haga ver esto, por medio de la ley. Así también se entiende, por ejemplo, en 2 Cor. 3:7-9, donde se dice que la ley tiene un ministerio de muerte y de condenación.

Dios nos ha dado la ley para desenmascarnos, condenarnos y matarnos. Eso lo hace para que nosotros seamos justificados por el evangelio.

Leamos Gálatas 3:21-22: “¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes”.

¡No se puede explicar más claramente por qué Dios nos ha dado la ley!

¡La ley nunca fue un camino para la salvación del hombre! Cuando alguien predica que la ley fue el camino de salvación en el antiguo pacto mientras que la fe es el camino de salvación en el nuevo pacto, no predica conforme a lo que dice la Palabra de Dios. Desde Adán el hombre fue salvo por medio de la promesa de Dios, así todos los que fueron salvos, solo por medio de la promesa de Dios lo fueron.

El propósito de la ley fue desde el comienzo, convencer al hombre acerca de su culpa y su debilidad espiritual (Rom. 5:20).

Con esto, hemos llegado a la última pregunta que responderemos aquí:

¿QUÉ ES LO QUE HACE LA LEY EN LOS DIFERENTES HOMBRES?

La Biblia no oculta que la ley de ninguna manera está en condiciones de producir buen fruto en los hombres, más bien fue dada para refrenar la maldad y “cerrar la boca” del hombre.

Muchos escuchan la ley -aún con bastante seriedad- sin llegar a estar convencidos acerca de su culpa y su situación real por causa del pecado.

Los fariseos son un buen ejemplo de esto: Practicaban la ley con gran esmero. También la carta a los Romanos nos dice que eran muy devotos de Dios (Rom. 10:2).

No obstante, no llegaron a conocerse a sí mismos de una manera verdadera, así ocurre con muchos hombres hoy en día.

No es porque la ley obra de diferentes maneras en diferentes hombres. Su obra y efecto siempre es igual en todos. El problema es que los diferentes hombres que escuchan la ley no lo hacen de la misma manera.

En breves palabras podemos decir que el hombre recibe la Palabra de tres formas diferentes, que son:

1. Algunos escuchan, pero no permiten que la Palabra empiece a vivir en ellos.

Pablo dice acerca de sí mismo -refiriéndose al tiempo antes de que se encontrara con Cristo-. “Yo sin la ley vivía en un tiempo”, Rom. 7:9. Esto implica que Pablo no conocía la profundidad de la ley. Porque en aquel tiempo él era un fariseo que desde el punto de vista humano era intachable según ella. Sin embargo, Pablo, usaba la ley solamente para su *vida externa*; como todos los fariseos, veía en la ley nada más que mandamientos y prohibiciones. Por lo tanto, no veía más que las obras de la ley.

Después, cuando Pablo llegó a ser creyente, dijo que esto era lo mismo que vivir *sin la ley*.

Así también viven muchos hoy en día, conocen la voluntad de Dios en la ley como mandatos y prohibiciones. Solamente usan la ley para saber lo que deben hacer y no hacer. Se inclinan hacia las obras de la ley.

En estos hombres, la ley produce contentamiento en sí mismos. Su consuelo, es que viven aparentemente según la voluntad de Dios.

Acerca de ellos Jesús dice: aquellos hombres no entienden que confían en el que les acusa frente a Dios (Juan 5:45).

Estos hombres sin darse cuenta están flexibilizando la ley de Dios, es decir acomodándola y acortándola como ellos quieren.

En lugar de dejar que la ley les hable a su corazón, para que la vean de una manera espiritual: ajustan los mandamientos a sus propias ideas.

Como dijimos, no están desvirtuando la ley conscientemente y tampoco Pablo lo hizo. Pero si Dios se encuentra con tales hombres y pone sus mandamientos en sus corazones; ellos también podrían llegar a conocer la verdad sobre sí mismos.

Pero si llegan a conocer su fatal situación ante Dios, sin someterse a la verdad, llegarán a ser tan hipócritas como los fariseos.

Entonces entenderán que Dios exige que lo amemos con todo nuestro corazón, y que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Pero en vez de aceptar y recibir estos mandamientos dicen: “No debemos entender este mandato al pie de la letra”. Haremos lo mejor posible, Dios no puede exigirnos más, si Dios es justo, no nos exigirá más de lo que podemos hacer. Si no podemos cumplir todo, Dios por su misericordia perdonará lo que nos falta.

¡Ningún hombre está tan lejos de tener comunión con Dios como aquellos hombres!

Para ellos es muy difícil ser salvos, porque rechazan la palabra que les serviría para ver que necesitan salvación. Con eso, muestran el peor desprecio que puede mostrar el hombre hacia Dios, pues acomodan su Palabra para que esté conforme a su propio pensamiento. Acerca de estos hombres Jesús tuvo que decir -seguramente con lágrimas-: “déjenlos salir”.

Entonces, con estos hombres la ley no puede hacer nada de lo que Dios quiere, al contrario, ellos usan la ley para -en realidad- perderse.

Muchas veces, aquellos hombres piensan que están tratando de someter su vida a las exhortaciones que la Palabra tiene para los creyentes. No entienden, que las exhortaciones solamente hablan a los *nacidos de nuevo*. De esta forma, están tratando de vivir una vida que realmente no tienen y reaccionan fuertemente contra los que tratan de convencerlos de esto.

Sabemos que la exhortación en realidad es la revelación de Dios, acerca de cómo él quiere que vivamos la vida cristiana. Por eso, es necesario poseer esta nueva vida para poder vivirla.

La verdad es que mientras ellos piensan que están sometiendo su vida a la voluntad de Dios, realmente están viviendo *sin ley*.

2. Gracias a Dios, muchos hombres son heridos por la ley en su corazón y en su conciencia.

Pablo dice: “Pero venido el mandamiento” (Rom. 7:9). Esto, realmente quiere decir que el apóstol se sintió amenazado por el mandamiento. ¿Qué pasa cuando el hombre se siente amenazado por el mandamiento? Todos los que son de la verdad y dejan que

la ley los hiera, experimentan lo mismo que dice Pablo en Rom. 7:9 “El pecado revivió y yo morí”.

Aquellos hombres no reaccionan solamente por mandamientos y prohibiciones, sino que reaccionan por lo que les dice su *conciencia* acerca de la manera que ellos cumplen con estos mandamientos y prohibiciones.

Al principio, el hombre trata de luchar contra sus acciones pecaminosas. Pero, al luchar, experimenta algo nunca visto, que tiene deseo de pecar, que anhela lo que sabe muy bien que es pecado. Al comenzar, lucha contra el pecado, pero experimenta que no puede vencerlo. Por el contrario, el pecado comienza a vivir de nuevo con más fuerza. Este hombre, experimenta que los deseos pecaminosos despiertan debido a la ley (Rom. 7:5). Sin comprenderlo cabalmente, experimenta que el poder del pecado es la ley (1 Cor. 15:56).

El conocimiento del pecado también crece cuando la Palabra nos dice que tenemos que ser humildes, pero nos damos cuenta de que somos orgullosos. Cuando dice que debemos amar a Dios y al prójimo, y experimentamos que no podemos ni queremos amar a Dios y al prójimo, sino que uno se ama a sí mismo y se quiere a sí mismo. Cuando la Palabra dice que tenemos que ser puros, vemos que somos totalmente impuros. Así es, en cuanto a todas las cosas.

Como dijo el obispo danés, Erik Pontoppidan (1698-1764): la ley es como un espejo. Y en este espejo, vemos que somos -en todas las cosas- lo contrario de lo que Dios quiere que seamos.

Peor aún, es que no solamente crece el conocimiento del pecado, sino que, como dice la Palabra, el pecado realmente tiene más y más poder en la vida de uno.

Entonces, uno comienza a experimentar una miseria indescriptible. Uno ve tanta maldad en sí mismo, se ve como un hipócrita, como un pecador, y tiene que acusarse a sí mismo de ser un pecador hipócrita. Así, la ley comenzó a hacer su obra en el corazón.

A pesar de ello, aún no experimentan la salvación. La ley les mostró su pecado. Escucharon quizás acerca de la gracia inmerecida en Jesucristo. También vieron la necesidad de tener esta gracia, pero no quieren recibirla en forma gratuita. Por eso no llegan a nacer de nuevo por el evangelio. ¿Por qué? Porque piensan que deben cambiar su vida primero o deben prepararse para poder recibir la gracia.

Sin embargo, la ley aún no les dio su decisiva y última palabra. Porque vieron lo que *son*, pero todavía no entienden que no pueden ser otra cosa. En otras palabras, aún no entendieron que están *muertos*; y que no pueden hacer lo bueno.

Eso se demuestra en el hecho, de que siempre están pidiendo a Dios que les ayude a cambiar, porque quieren ser transformados antes de creer que el evangelio es para ellos justamente en su actual condición.

Cuando llega la noche, ellos piensan así: “Hoy día, no pude hacer lo que debía hacer, tengo que trabajar más para poder cambiar, no estuve lo suficientemente atento, no invoqué a Dios como debía hacerlo, realmente no tomé en serio lo bueno que debía hacer. Mañana tengo que hacerlo mejor. Entonces claman al Señor pidiendo: “Querido Jesús, ayúdame para poder estar más alerta, para hacer tu voluntad, para que pueda mejorar”, etc.”. Así, llega la siguiente noche y ellos continúan con el mismo clamor; porque no fue mejor este día, sino peor.

Experimentan día tras día que son más y más fríos, duros, e indiferentes. No obstante, siguen pensando; ¡tengo que ser mejor! E incluso tienen una esperanza secreta, pues dicen: “más adelante seré mejor con la ayuda y la gracia de Dios”.

Carl Olof Rosenius dice: “Estas pobres almas, no pueden entender de que exactamente esto no está en sus manos. No pueden ser lo suficientemente serios, honestos y temerosos del pecado, no pueden estar alertas, ni orar y luchar, tampoco tienen en su poder el dominio de sus propios pensamientos, no pueden pensar lo bueno, no pueden entender que somos pecadores totalmente perdidos, no entienden que Cristo tiene que hacerlo *todo*, que Cristo tiene que salvar a los que están perdidos y condenados”.

Rosenius también dice: “Muchos se preguntan por qué Martín Lutero luchaba tanto contra la enseñanza acerca del libre albedrío, pues tenía sus razones. Si Cristo muriera por nosotros cien veces, y si se predicara el evangelio de una manera maravillosa, todo esto de nada serviría solamente por una sola frase acerca de nuestra propia voluntad, por ejemplo: Si se dice que nosotros mismos tendríamos que tener poder para hacer el bien que queremos; si el alma no comprende la enseñanza correcta acerca de este asunto, toda predicación de Cristo sería en vano”.

3. Entonces, ¿cuál es la última y decisiva labor, de la ley? Es convencernos acerca de nuestra situación y condición como hombres.

Si dejamos que la Palabra cumpla con esta obra, al final el hombre tendrá que perder sus esperanzas y decir que ya no tiene ningunas. Entonces resultará como dice Pablo: “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte” Rom. 7:10. Y también: “Porque yo por la ley soy muerto” Gál. 2:19.

Esto no significa que la ley logra que estemos muertos espiritualmente, sino que la ley nos muestra lo que siempre fuimos, y lo que antes no aprendimos: que nunca podremos estar frente a Dios, pues no hay nada en nosotros para poder ser cristianos.

En breves palabras: la ley cumple su fin, cuando nosotros perdemos la autoconfianza, es decir cuando dejamos de creer que podemos mejorarnos.

Perder la autoconfianza, incluye dejar de creer que Dios por su poder, puede hacer algo con nosotros por medio de nuestras capacidades naturales.

Cuando el hombre deja de pensar que puede ser mejor, cuando deja de pedir a Dios que lo transforme; y cuando entienda que es un pecador incorregible, Dios entonces le puede mostrar la salvación en Cristo. Así se recibe la salvación solo por gracia. Cuando Cristo entra en nuestro corazón -con su propia justicia-, recibimos la salvación y somos convertidos por Dios, entrando en comunión con él.

Así, estos versículos del Capítulo 1:18-3:20, nos muestran el pecado y al hombre natural, y también muestran que no existe esperanza para el hombre que está bajo la ley. Esta porción explica el porqué el evangelio es el poder de Dios para salvación (1:16).

Entonces, naturalmente nos preguntamos: ¿Cuál es el contenido de este evangelio? La carta a los Romanos lo describirá en los siguientes capítulos.

Primero estudiaremos la justificación por la fe en los Caps. 3:21-5:21. Luego, escucharemos acerca de lo que la justificación por la fe hace en la vida de un cristiano (6:1-8:39).

Es decir, estudiaremos primero la justificación, y luego la santificación.

2. La salvación (La justificación por fe)

Cap. 3:21-5:21.

Cristo por nosotros

Esta parte de la epístola a los Romanos podemos dividirla a su vez en cuatro partes:

1. La base de la justificación, 3:21-31.

La característica de esta porción es que se trata de ser justificados por fe, poniendo énfasis en explicar qué quiere decir ser justificado.

2. ¿Qué es la fe y qué produce la fe? 4:1-25.

Estos versículos podemos caracterizarlos de la siguiente manera: La justificación por fe, con énfasis en la fe.

3. ¿Qué implica ser justificado por la fe? 5:1-11.

Esta porción, también trata de ser justificado por fe, poniendo énfasis en la *fe*, así como en la *justificación*.

4. Acerca de la base de la justificación y el propósito de la justificación. Cap. 5:12-21.

Estos versículos nos muestran mejor que lo que cualquier hombre pudiera expresar con palabras, que Dios nos ha dado a su hijo Jesucristo. Si tratamos de poner un título a estos versículos, tendríamos que decir: *Jesucristo es nuestro vicario*.

1. La base de la justificación

Cap. 3:21-31

¿Qué es realmente la justificación?

Romanos 3:21 nos da la respuesta: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”.

La frase: “Pero ahora” cuenta con un acento fuerte en el texto griego. No tiene, en primer lugar, un sentido cronológico, como si se hablara acerca de lo que era antes y lo que es ahora. Más bien, tiene un sentido *objetivo*. Expresa el contraste entre la ira de Dios que ya hemos estudiado en los capítulos anteriores, y *la revelación de la justicia de Dios*, lo cual vamos a estudiar en los siguientes capítulos. Las palabras “pero ahora” se escribieron para que veamos, que Dios se revela al hombre de dos maneras, se revela de una manera a través de la ley, y de otra manera a través del evangelio. Para expresar lo mismo en palabras bíblicas, diremos que Dios tiene dos maneras de tratar al hombre, puede tratarlo según la ley, o tratarlo según el evangelio.

Decir que esto es una contradicción, es inadecuado, porque ambos, la ley y el evangelio expresan la esencia perfecta y santa de Dios.

Ley y evangelio terminan en una unidad más elevada, en Dios mismo. Entonces, cuando decimos que la expresión “pero ahora” significa el contraste entre lo que se enseñó hasta ahora y lo que se enseñará posteriormente, solamente es para mostrar la diferencia objetiva entre la manera que Dios se revela por medio de la ley y la manera como se revela por medio del evangelio.

Así también, tenemos que tratar de explicar la diferencia entre lo que efectúa Dios mediante la revelación de la ley y mediante la revelación el evangelio.

Este contraste lo encontramos expresado en la Biblia misma. Mencionaremos un ejemplo de esto en Juan 1:17: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”.

La ley no puede dar al hombre una verdadera relación con Dios. Solamente lo puede hacer la revelación de la salvación en Jesucristo. Entonces, con la frase introductoria: “pero ahora”, el apóstol quiere que levantemos nuestros ojos para ver el contraste entre la ley y el evangelio en el reino de Dios.

Sin embargo, debe quedar claro que la ley en ninguna época de la historia humana ha sido un camino de salvación.

Comparemos con lo que dice Gál. 3:17: “Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa”.

Por el camino de la ley el hombre nunca pudo ser salvo. La ley produce ira (Rom. 4:15), no salvación. Además, la ley no fue dada como camino de salvación, sino para hacer que el hombre reconozca su pecado, como ya vimos anteriormente.

Con esto, no estamos afirmando que nadie se salvó en el Antiguo Pacto. Ya que en aquel tiempo también fueron salvados por la *fe*.

El Antiguo Pacto, preparó y dio testimonio acerca de la justicia de Dios, que sería revelada en el Nuevo Pacto. Los creyentes de aquella época esperaban esta justicia de Dios con gozo, pero no pudieron verla realizada (Hebreos 11:39-40): “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros”.

“Pero ahora”, es decir en tiempos del evangelio, esta justicia de Dios es una realidad. Para tener más luz sobre esta palabra “ahora” podemos ver Isaías: 43:18-19 y cap. 61:2; Gálatas 4:1- 4 y 2 Cor. 6:2.

“*La justicia de Dios*” quiere decir lo mismo, que en el cap. 1:17; una justicia que viene de Dios, una justicia que Dios da. No como lo que dice en el cap. 3 verso 25 y 26, que Dios es justo en sí mismo.

En Fil. 3:9 se menciona: “la justicia de Dios” como una justicia que Dios nos ha conseguido.

Los siguientes versículos (22-25), nos dicen cómo Dios nos consiguió esta justicia, y también en qué consiste. Pero primero, en este versículo se dice dos cosas acerca de esta:

Primero, es la justicia de la cual la ley y los profetas dieron testimonio, y segundo que fue revelada independientemente de la ley. Estas dos cosas, nos dicen algo muy esencial acerca de la justicia de Dios, por eso estudiaremos un poco más estas expresiones.

“Testificada por la ley y por los profetas”

Esta es una afirmación maravillosa si vemos lo que realmente quiere decir. Pero antes de averiguar este asunto, es necesario aclarar una cosa que tiene que ver con la

gramática. En la expresión “Testificada por la ley y los profetas”, la palabra ley está con un artículo determinado, esto significa, que se distingue de la expresión “los profetas”. Entonces, “la ley” se refiere al Pentateuco. En la otra expresión se dice que la justicia de Dios fue manifestada aparte de la ley. En el texto griego la palabra “ley” está sin artículo, y cuando no está determinado, se refiere a la naturaleza de la ley, es decir a *las exigencias* de la ley. Con la expresión anterior no se piensa solamente en la ley como dada por medio del Pentateuco, sino en *todo* lo que son las exigencias de la Palabra de Dios.

Entonces, ¿qué quiere decir la expresión, “testificada por la ley y por los profetas”?

En primer lugar, nos dice que Dios en el Antiguo pacto nos prometió la justicia que él nos daría en Cristo. Es una justicia que Dios planificó dar al hombre desde el principio. Esto, no es como una “salida de emergencia”, porque la ley no nos puede salvar. Por el contrario, la ley fue dada para *preparar* la revelación de la justicia de Dios (Gál. 3:11-24).

Con esta expresión, está claro que quiere decir la justicia de Dios *por nosotros*. Esto lo vemos al poner atención a lo que testifica el Antiguo Testamento acerca de esta justicia. Pero primero veamos algo acerca de lo que testifica el Pentateuco.

Ya en el mismo día de la caída en pecado, encontramos la primera promesa acerca de la salvación, Gén. 3:15. Se dice que la salvación vendría por medio de la descendencia de la mujer, es decir por medio de uno que Dios levantaría de la raza humana. En la promesa que Dios dio a Abraham, Isaac y Jacob se ve más claramente, que la salvación que iba a venir, sería de la descendencia de Abraham, por medio de alguien de entre los judíos (Gén. 12:3). En Gén. 49:10, Dios revela esto aún más claramente. La salvación vendrá por medio de la tribu de Judá, y el salvador será llamado “príncipe de paz”, lo cual dice algo acerca del carácter de su reino.

Así vemos que el Pentateuco nos da una promesa específica acerca de la salvación. Aquella promesa era más y más clara, mientras tanto, Dios preparaba su salvación. Sin embargo, en aquel tiempo al predicar de la salvación, todavía no se hablaba directamente acerca de *la justicia* de Dios.

Pero no es solamente el testimonio directo acerca de la salvación que tiene importancia en el Pentateuco. También contiene testimonios *indirectos*, es decir mediante *la ley*. Y este testimonio indirecto tiene la misma importancia que la profecía directa respecto a la salvación.

¿Entonces: acerca de qué testifica la ley?

La ley, nos enseña cómo tiene que ser la justicia que Dios acepta; si la ley no hubiese revelado esto, sería imposible para el hombre saber que justicia necesita para estar frente a Dios.

¿Entonces, por qué la ley da tantos mandamientos sobre ceremonias? ¿Por qué era necesario llevar a cabo los sacrificios de la manera que Dios mandó? ¿Por qué era necesario purificar y consagrar, en forma especial, según lo pre-escrito, todas las cosas que fueron usadas en el santuario?

Esto, no es porque Dios tiene interés en las ceremonias (eso era lo que desgraciadamente creyeron los fariseos).

Todo era, porque Dios por medio de las ceremonias quería revelar y enseñar a su pueblo algo importante. Las ceremonias con sus sacrificios, purificaciones, etc., y también las exigencias morales de Dios eran como una enseñanza visible para ellos.

¿Acerca de qué?

De que Dios no puede aceptar el pecado. Los sacrificios enseñaban que para que el hombre tenga entrada a Dios y pueda ser perdonado de su pecado, *toda su culpa debe ser expiada*.

Las ceremonias de purificación enseñaban que todo lo que estaba cerca de Dios y los que lo servían a él tenían que estar completamente purificados.

Las exigencias morales, las encontramos primeramente en los dos mandamientos concernientes al amor hacia Dios y a nuestro prójimo y también en los diez mandamientos. Estos nos enseñan que Dios exige al hombre una justicia perfecta para poder aceptarlo. Recordemos pues lo que antes se dijo, de que la ley exige que el hombre sea perfecto.

Así vemos, que la ley testifica que el hombre tiene que tener una expiación completa por sus pecados, para así poder obtener perdón y escapar del castigo de Dios.

También vemos, que debemos tener *una justicia perfecta y una pureza perfecta para poder vivir en comunión con él* y ser utilizados por él en su obra.

De esta forma, el Pentateuco da un testimonio claro acerca de la salvación que vendría después, y también, de una manera indirecta, muestra que tipo de salvación necesita el hombre.

Ahora, diremos algo del testimonio de *los Profetas*. Por medio de ellos, Dios aclara el testimonio del Pentateuco. Los libros de los profetas explicaron mejor lo que enseñaba el Pentateuco con respecto a la salvación que vendría, también explicaron lo que dice el Pentateuco acerca de lo que el hombre necesita para alcanzar esta salvación.

Los profetas predicaron que necesitamos *expiación por un sacrificio vicario* por medio del Mesías, también enseñaban, que Dios mismo por medio del Mesías obtendría la justicia que necesitaban los hombres para ser aceptados por Dios y poder vivir en comunión con él.

Sólo después de que la ley fuera revelada y comenzara a hacer su obra, fue posible para el hombre entender esta profecía acerca de la salvación. Antes de la revelación de la ley, era imposible.

Aquí estudiaremos algo de lo más importante del testimonio de los profetas (Isaías 53:5): “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.

Isaías 53:6: “Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Aquí se predica claramente acerca de la salvación de la culpa del pecado por medio de un sacrificio vicario.

En Isaías 56:1, Dios dice: “Porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para venir, y mi justicia para manifestarse”.

Esta expresión, la compararemos con lo que dice Jeremías 23:6: “Y éste será su nombre con el cual le llamarán; Jehová, *justicia nuestra*” (Mesías).

¡Mira! En Isaías 56:1 se habla de la justicia de Dios; y aquí en Jeremías 23:6, dice: *nuestra* justicia.

También comparemos esto con Isaías 45:24-25: “Y se dirá de mí; ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza (acerca del Mesías) ...en Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel...”

Estas palabras nos muestran con claridad, cómo la justicia de Dios será nuestra justicia por medio de Cristo.

Recibimos lo que necesitamos para estar frente a Dios por medio de él, en Jesucristo.

Se dice correctamente que *nuestra justicia frente a Dios es una persona*. Es una persona que toma nuestro lugar, para hacer lo que teníamos que hacer nosotros, lo que era imposible para nosotros. Él fue lo que teníamos que ser nosotros, que por cierto no podemos ser. Según esto debemos entender por ejemplo Malaquías 4:2: “Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltareis como becerros de la manada”.

Si resumimos el testimonio de la ley y los profetas acerca de la justicia de Dios, vemos como se habla sobre lo que nosotros necesitamos para ser salvos de nuestra culpa, también vemos lo que *nosotros* tenemos que poseer para mantenernos de pie frente a Dios. El prometió conseguirnos todo esto

La Palabra en Romanos 3:21, dice: “de que esta justicia está revelada”. Lo cual implica que Dios mismo la obtuvo, y que está preparada para nosotros, como una obra completa.

¡No olvides esta enseñanza! ¡Tómala en cuenta!

Lo que Dios mismo enseña sobre la justicia que necesitamos para permanecer frente a él, es que Dios mismo nos la consiguió. La prometió en su palabra, y ya está preparada para nosotros por medio de la obra completa de Jesucristo.

“Aparte de la ley”

A continuación (3:21), está escrito que la justicia de Dios no solamente es revelada, sino que fue manifestada “aparte de la ley”, que significa *sin ley*.

Como dijimos, la palabra “ley” está escrita con artículo indefinido. Lo cual quiere decir que la justicia de Dios fue preparada independiente de todas las exigencias que nosotros debíamos cumplir. Esta justicia, no depende de que seamos algo o debamos hacer ciertas cosas, sino que es algo que Dios preparó “fuera” de nosotros.

A pesar de que somos injustos y culpables en nosotros mismos, y por lo tanto dignos de condenación eterna; Dios nos preparó lo que él mismo nos exige, que es lo que un Dios justo tiene que exigir de nosotros para que seamos salvos de la culpa y poder vivir con él; esto está preparado en Cristo. Dios no exigió nada de nosotros al preparar esta justicia –y lo hizo para todos los que creen en él.

La siguiente parte (3:22-25), habla más acerca de cómo fue *revelada esta justicia divina y cómo podemos tener parte en ella*: “La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”.

El versículo 22 muestra en resumen la respuesta acerca de, en qué consiste la justicia de Dios y cómo la recibimos nosotros.

La recibimos *por la fe en Jesucristo*. Aquí tenemos que tomar en cuenta, que no solamente dice Cristo, sino Jesucristo. Es decir: todo lo que Dios prometió, fue realizado por una persona histórica. Aquel Jesús que vivió aquí en el mundo hace más o menos dos mil años, hizo lo que debíamos hacer, lo que no podemos hacer, él fue lo que tendríamos que ser y lo que realmente no somos.

En breves palabras: Él es, -en su persona y por su obra-: la justicia de Dios, la cual necesitamos para ser salvos y vivir con Dios.

Es necesario aquí, explicar algunas de las palabras del texto bíblico.

Jesús es nombre propio del hijo de Dios. Cristo es en realidad, un título: “*el ungido*”. Los fariseos también creían que Cristo (el ungido) vendría, pero no querían aceptar a *Jesús* como el Cristo. Mesías, es hebreo, Cristo es griego, ambas palabras significan “el ungido”.

“*Por fe*” significa lo contrario de obras. No obtenemos la justicia de Cristo trabajando con nosotros mismos, tratando de ser mejores con nuestras propias fuerzas. Ni la obtenemos pidiendo a Dios que él nos ayude para ser justos en nosotros mismos. Obtenemos la justicia de Dios confiando en Cristo y cuando nos refugiamos en lo que él hizo.

La fe en realidad excluye las obras, lo cual veremos también en el cap. 4.

“*Para todos*” quiere decir que Cristo fue dado por Dios para todos los hombres. Tenemos que comparar esta idea con Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que *todo aquel que en él cree*, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

También en 2 Cor. 5:14 se dice: “Si uno murió por todos, luego todos murieron”.

Pero con esto no afirmamos que todos los hombres serán salvos. No todos recibirán parte en la justicia de Dios en Cristo. Dios la dio a todos, pero esto no implica que todos posean esta justicia.

“*Para todos los que creen*”, muestra que solamente los que llegaron a la fe -es decir, en el sentido que describe la Escritura-, solo ellos, reciben la justicia de Dios.

Es necesario distinguir entre el hecho de que Dios *da* a todos los hombres una justicia perfecta y que quiere decir *poseer* esta justicia.

El castigo de todos los pecadores del mundo lo recibió Jesús, por eso todo el mundo está reconciliado con Dios en Cristo. Pero la justicia de Cristo solamente es dada a los que creen, solamente los creyentes son justificados y sus pecados perdonados.

Cuando a veces se predica que todo el mundo está justificado con la justicia de Dios, no se predica la verdad. Tampoco cuando se predica de que los perdidos están en el infierno con sus pecados perdonados. Esta enseñanza se llama: “Enseñanza de la justificación mundial”.

Esta es la enseñanza de algunos teólogos luteranos de los Estados Unidos. Es una predicación muy peligrosa y radica en la mezcla de dos enseñanzas básicas de la Biblia.

Mezclan lo que dice la Palabra acerca del derecho que tienen todos los hombres de recibir una justificación perfecta y tener sus pecados perdonados (por que Cristo pagó por todos los pecados del mundo), y lo que dice la Palabra acerca de *recibir* esta justicia.

Compárese aquí con lo que dice Rom. 5:10-11, donde se distingue entre el ser reconciliado con Dios, (vers. 10) y el haber *recibido esta reconciliación* (vers.11), ésta la recibimos por la fe. Dios ha dado su justicia para todos, ha preparado el perdón de los pecados para todos, pero solamente los que quieren creer reciben la justicia de Cristo, son *justificados* y con esto, perdonados.

El hombre solamente puede ser salvo de una manera. No por condiciones que deben ser cumplidas por él, no se trata de algo que debemos hacer o ser *nosotros* mismos. Sino que, es necesario que *recibamos* la salvación por la fe en Jesús. Solamente el que tiene a Jesús y su justicia puede ser librado de sus pecados y recibir la salvación.

Muchas veces en nuestro contexto, se dice que la confesión de pecados es una condición con la cual debemos cumplir para ser salvos. Ésta no es una enseñanza bíblica. Es verdad que el que no quiere confesar sus pecados a Dios, no puede ser salvo, porque está resistiéndose a la Palabra de Dios y no quiere someterse al Espíritu Santo. Pero esto no es lo mismo que decir, que la confesión de pecados es una *condición* para la salvación. Todo depende del carácter de mi confesión, o sea que, sinceramente confiese mi situación y que por esta razón necesite refugiarme en Cristo. En otras palabras, depende de, si mi confesión radica en la fe en Jesús.

Si no es así, mi confesión no me salva ni me da el perdón de mis pecados. Muchos confiesan solamente acerca de lo que su conciencia les acusa, por esto, en realidad nunca aprendieron la verdad acerca de sí mismos y a su situación; nunca entendieron que necesitan salvación. Por eso no están arrepentidos ni han recibido personalmente a Jesús.

En otras palabras, confiesan sus pecados frente a Dios, y frente a los hombres, pero no llegan a tener fe en Jesucristo, por eso aquellos hombres no son salvos ni tienen el perdón de sus pecados, ya que solamente los que posean *la justicia de Dios*, por la fe en Jesús, pueden ser justificados y perdonados.

“Por cuanto todos pecaron” (3:23)

Esta expresión, nos muestra el motivo por el cual el hombre no puede ser salvo, sino por la fe en Jesús y por medio de él recibir la justicia que Dios ha dado en él.

En este contexto, el verso 22b dice: “Porque no hay diferencia”. Desde el punto de vista del ser humano hay una gran diferencia entre la justicia de un hombre y de otro. Esta justicia, también tiene mucha importancia en la *vida humana*. Pero con relación a Dios es diferente. El pecado más pequeño es suficiente para hacer al hombre completamente culpable, de tal manera que pierde toda su gloria frente a él, esto ya lo

vimos anteriormente. Es como se dice en Gálatas 3:10: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está, Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”.

Por eso, todos los hombres necesitan igualmente la salvación, sea cual sea su justicia humana.

“Gloria” y “justicia” van juntas. El que tiene justicia, el que es como debe ser según la voluntad de Dios expresada en la ley; éste también tendría porqué jactarse frente a Dios. Pero, el que no tiene justicia, es decir, el que *no* es como tiene que ser, según la voluntad de Dios (expresada en la ley), no tiene porqué jactarse frente a Dios. Y todos los hombres carecen de esta gloria.

Por eso Dios, tiene que conseguirles la “jactancia” de otra manera; por medio de la justicia de Cristo.

La Biblia nos advierte acerca del gloriarnos por lo que somos. Según la Palabra de Dios, tenemos solamente una cosa por la cual podemos gloriarnos: por Cristo.

Jeremías 9:23-24 dice: “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar; en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová”.

Así también dice el apóstol Pablo en 1 Cor. 1:30-31: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que como está escrito: El que se glorie, gloríese en el Señor.

En Rom. 5:11, aún se dice: “Y no solo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro, Jesucristo”. Y si leemos 2 Cor. 12:1-10, vemos que Pablo mismo predicaba esto.

La afirmación: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”, muestra como dice Lutero con mucha razón: “Todo lo que no puede ser expiado por la sangre de Cristo y justificado por la fe, es pecado”. Dios juzga aquí toda justicia humana. Necesitamos salvación no solamente de lo que podemos ver que es obviamente pecado, sino también de nuestra justicia y nuestras pretenciosas “buenas” obras. Aquí, se echa por tierra cualquier provecho y honor de toda obra humana. Nada, sino la gracia de Dios y su gloria quedan.

Muchos hombres no entienden, por qué es tan peligroso tratar de mejorarse a sí mismos. No ven, que es igual que darse a sí mismo un honor y una gloria que realmente no tienen.

“Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? (Rom. 2:23).

Luchar para mejorarse a sí mismo, evita que un hombre llegue a tener parte en la gloria que es de Dios. Por eso, es más peligroso estar contento por el tratar de mejorar, que vivir abiertamente en pecado. Los publicanos y las ramerías van delante de ellos al reino de Dios, dijo Jesús en Mateo 21:31.

Como trasfondo de lo que vimos, y como algo que nos muestra el contraste, podemos referirnos a la enseñanza de Jesús para sus discípulos en Luc. 17:10.

Un cristiano no puede hacer algo bueno, sin que Dios lo haga por medio de él.

Cuando un cristiano ha realizado una obra para el Señor, no debe gloriarse de ninguna manera, sino decir: “Siervos inútiles somos, pues lo que deberíamos hacer, hicimos”.

Rom. 3:24 dice: “*Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*”.

Lo glorioso es que Dios salva a los que no tienen ninguna gloria frente a él, los salva por gracia inmerecida, dándoles un honor que no merecen.

Este honor se recibe por ser *justificados*. El que es justificado por Dios, también tiene gloria frente a Dios, y puede “jactarse” en el juicio.

¿Qué quiere decir justificar?

No quiere decir algo que Dios hace *en el hombre*. Siempre tenemos que recordar esto.

Durante la historia, muchas veces se enseñó que la justificación, era que la justicia de Cristo se infundía en nosotros. Y que somos justificados por esa justicia infusa. Esta enseñanza hizo mucho daño. Ésta es, por ejemplo, la enseñanza de la Iglesia Católica acerca de la salvación. También hoy en día, muchos predicán que somos hijos de Dios y verdaderos cristianos porque Cristo está en nosotros.

Este tipo de predicación siempre es peligrosa, porque evita que los hombres sean justificados, y también evita la obra de Dios en el corazón del hombre.

Es verdad que Cristo quiere vivir en nosotros por la fe (Efesios 3:17). También que existe una justicia efectuada *por Dios* en todos los verdaderos cristianos. Para probarlo solamente necesitamos referirnos a las palabras de Jesús acerca de sus discípulos en el sermón del Monte (Mateo 5:20-6:18, especialmente 5:43-48).

Pero la escritura enseña, que *primero* tenemos que ser justificados frente a Dios; antes de poder experimentarla. Cristo puede vivir y actuar solamente en los que *son* justificados. En ningún otro.

Entonces, no es correcto enseñar que Cristo tiene que vivir en nosotros para que podamos ser justificados. Al contrario, es necesario ser justificado para que Cristo pueda vivir en nosotros.

La justificación, es una “Imputabilidad”, (4:4-6) es decir, Dios *nos da* la justicia. Esto es algo que Dios da al impío, al que todavía no ha experimentado algo de la justicia de Dios en su corazón. Rom. 8:33, nos muestra en qué consiste lo que Dios nos da, es decir, el que está justificado no puede ser acusado frente a Dios.

La misma expresión, “justificar” tiene su origen en el lenguaje de un tribunal. Aquel que, en la corte, es juzgado y sale libre de la acusación, también es justificado.

El significado que da el Nuevo Testamento es que Dios declara a un hombre “libre de todo lo que es y lo que ha cometido” y le da “todo lo que *Cristo es* y todo lo que *Cristo ha hecho*”.

Entonces, la justificación tiene dos lados, uno negativo y otro positivo: por un lado, Dios no toma en cuenta todo lo que somos y hemos cometido; por otro lado, Dios nos da lo que *Cristo es* y lo que él, ha hecho.

Por eso, la justificación es algo que se lleva a cabo donde Dios está, es algo *en* Dios y *por* nosotros. Con razón Lutero, dijo que la justificación es un acto en Dios. Él da al impío la justicia de *Cristo*, y lo considera como si fuera inocente, como Cristo mismo.

La justificación ocurre por la fe, no antes de que creamos, ni después de que creamos; sino, en el mismo momento cuando creemos. El hombre está justificado desde el momento en que cree, y lo estará toda su vida mientras crea en Jesús como su salvador.

La justificación significa que Dios nos juzga como si fuésemos Cristo; así, como Dios también juzgó a Cristo “a su debido tiempo” (en la cruz), como si fuéramos nosotros.

El que es justificado, está frente a Dios; como Cristo está frente a Dios. Y Dios lo considera como si fuera Cristo. Con razón dijo Melancton: El justificado está frente a Dios, como si nunca hubiera pecado.

Por eso el creyente no puede ser acusado más por la ley, porque toda su vida está cubierta en Cristo.

Vamos a comparar todo esto con Col. 1:21-23: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro”.

Aquí vemos claramente, que el creyente es perfecto frente a Dios por causa de la salvación en Jesús: es santo, es decir, pertenece legítimamente a Dios. El cristiano está sin mancha, lo cual quiere decir, que Dios no halla ninguna falta en él. También es irreprochable, lo cual implica que Dios no lo castigará. Pero no olvides que todo esto es, no en sí mismo; sino en Cristo.

¿Cómo es que Dios da al hombre esta justicia?

La siguiente expresión nos responde: “Gratuitamente por su gracia” (Rom. 3:24).

Dios nos da su justicia gratis. Nótese la expresión: “don de la justicia” (Rom. 5:17). También podemos ver, que se usa la palabra “don” varias veces en el cap. 5:15-17.

Compárese también 2 Cor. 9:15, ¡Gracias a Dios por su don inefable!

Entonces, el no tomar en cuenta nuestro pecado y el vestirnos con la justicia de Jesús es algo que Dios nos da como un regalo, sin que nosotros lo merezcamos. Es gracia inmerecida. Lo cual implica que Dios no exige una recompensa.

Entonces, la justificación es el don de Dios, para el impío que no tiene justicia. Pero para tener esta justicia es necesario *recibirla*.

No es nuestro pecado que evita que Dios nos salve, ni todo lo que nos falta cumplir, sino es la auto confianza y la autojusticia. ¡Es tan difícil que el hombre reciba a Cristo! Pero todo aquel que se arrepiente y se vuelve a Jesús para recibirle, también será justificado. Será perdonado de todos sus pecados y se mantendrá firme frente a Dios con la justicia de Jesús. No por una justicia que tenemos en nosotros mismos, sino por la justicia que los profetas anunciaron; la justicia “del Cordero de Dios”.

La justificación excluye toda justicia propia del hombre. Por eso: Cristo tiene que llegar a ser un tropiezo para los que buscan ser justos frente a Dios por algo que pueden ser o hacer ellos mismos (Rom. 9:31-33).

Pero, Cristo es el camino abierto para todos los que se arrepienten. Para todos los que admiten la verdad acerca de sí mismos y entienden que son pecadores perdidos, que no son lo que deberían ser y les falta lo que deberían tener ante Dios, son salvados gratuitamente solo por gracia mediante la fe en Jesucristo. Esas personas no se esconden ante Dios, sino que se presentan ante Dios tal como son, sin fingir ni actuar como en un teatro.

El que no busca su propia justicia, sino, que cree en Jesús, realmente será salvo (Rom. 9:30).

Carl Olof Rosenius dijo: “Todo lo que es bueno te falta, y no tienes nada de lo que deberías tener, ningún pensar, ninguna acción perfecta, ninguna preocupación por

mejorarte, tampoco una voluntad seria. Y aún en esta tu miseria tienes autoconfianza. Pero también te sientes duro y tu corazón está lleno de maldad. Entonces, ¿cómo puede Dios darte gracia? Es imposible. Pero Dios no te da gracia porque lo mereces, sino, por Cristo, que ha recibido el castigo que tú merecías”.

Por él serás justificado, por el don de justicia que Dios te da sin que lo hayas merecido. Y sin que él te exija alguna recompensa.

Es por gracia

“Gracia” quiere decir, que Dios nos ama a cambio de nada; nos ama a pesar de que no lo merecemos.

Pero, aunque, recibimos este don por nada; no fue conseguido por nada, ya que Jesús tuvo que pagar más de lo que podemos imaginarnos.

“Si, recibes la gracia por nada, no significa que no costó nada. Otro tuvo que pagar mucho por ti. Por eso, ahora no es necesario que des algo a Dios; sino que serás justificado “sin dinero” sin pagar, entonces, nunca olvides de que Jesús ha pagado tanto por ti para que lo ames a él” (Rosenius).

El precio de nuestra justificación, y la base de la justificación, lo vemos en el verso 24 y verso 25a:

“Mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre”.

Redención quiere decir pagar rescate para liberar a una persona. Según la terminología griega, la palabra quiere decir, el pago que se hacía para liberar a los esclavos y a los prisioneros de guerra.

Se pagó un *rescate* por nosotros, como Jesús dijo en Mateo 20:28: “Como el hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”.

Dios no podía justificarnos y librarnos de nuestro pecado sin satisfacer a su vez su justicia. Eso implicaría, que Dios no toma en serio el pecado y que podría estar de acuerdo con la mentira. Pero eso estaría en contra de la naturaleza santa de Dios. Debido a esto era necesario expiar nuestra culpa y pagar nuestra deuda; así como también era necesario que Jesús obtuviera la justicia que necesitamos frente a Dios.

Aquí la Palabra, nos muestra cómo fue pagada nuestra deuda y expiado nuestro pecado. Nos muestra como Dios puso el fundamento para no tomar en cuenta nuestros pecados.

En el cap. 5:12-18, se muestra el fundamento por el cual podemos ser aceptados debido a una justicia que no tenemos. Por la obediencia vicaria de Jesucristo. Pero, no podemos separar estas dos partes de la obra salvadora de Jesús, su redención y su obediencia; sino que debemos considerarlos como una sola obra. La primera tiene su fundamento en la última y es cumplida con su muerte en el Gólgota y es manifestada por Dios, en la resurrección. Aquí estudiaremos un poco más la enseñanza acerca de su redención.

La mejor manera de estudiar esta doctrina, es compararla con otras enseñanzas de la Biblia que hablan acerca de lo mismo. Ahora, veremos tres citas bíblicas que tratan del tema, todas ellas fueron dadas por medio del apóstol Pablo.

Primero veamos Gálatas 3:13: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”.

Romanos capítulos 2 y 3 nos aclara esto, de forma resumida diremos que: La maldición de la ley consiste en que no cumplimos con las condiciones que la ley nos exige, de modo que podamos ser aceptados por Dios, y recibamos la bendición que nos promete. En vez de esto, somos sometidos a *la maldición* que predica la ley contra los que no han cumplido con sus exigencias.

Jesucristo pagó el precio para librarnos de esta maldición, así como se paga para librar al esclavo de su amo; de tal manera que éste no tiene más derecho sobre él, así también se pagó por nosotros, Cristo nos compró para hacernos libres de las exigencias de la ley y, sobre todo, del juicio de la ley.

La segunda cita que veremos; nos da más luz acerca de este asunto. Veamos Col. 2:14: “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros...” Así es realmente la ley, porque exige de nosotros que seamos perfectos en nuestra relación con Dios y en nuestra relación con los hombres (Mateo 22:37-40). Frente a tales exigencias siempre resultamos culpables.

Esta acta ahora está cancelada. Está anulada. Ahora ya no existe. ¿Cómo? Bueno, solamente se puede cancelar una deuda de una manera, es necesario pagar. Nosotros sabemos qué es una deuda, y sabemos que una deuda se anula pagándola. Una deuda que no está pagada puede ser perjudicial. Pero nadie puede exigirnos nada si la deuda está cancelada.

Así también, Cristo anuló la deuda que teníamos con Dios, *Cristo pagó la deuda*. Jesús tomó toda la responsabilidad por nuestros pecados, él arregló todo.

Cuando creemos en Jesús, Dios no cuenta nuestros pecados; porque nuestros pecados fueron *puestos en Cristo*.

Jesús cumplió lo que la ley nos exige. Entonces, si la deuda está pagada, Dios no exigirá que la paguemos nuevamente. Por eso, Dios puede ser justo y hacer justo al que cree en Jesús (Rom. 3:26).

La tercera y última cita que veremos dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Cor. 5:21).

Él fue hecho pecado, ¿qué quiere decir esto?

Realmente, que Dios hizo a Cristo como nosotros. Nosotros somos pecadores, porque cometimos pecado. Un hombre siempre será lo que hace. Que Jesús fue hecho pecado, implica que él era puro y perfecto en sí mismo, pero fue hecho como somos nosotros, y también fue tratado como si fuéramos nosotros. Así, Dios lo castigó, para que, a su vez, sea posible tratarnos como si fuéramos Cristo.

Aquí se nos muestra otra verdad que vemos en todo este pasaje, desde 2 Cor. 5:15. Lo que uno hizo, lo hicimos todos, porque él lo hizo en nuestro lugar.

Lutero dice acerca de esto (explicando Gál. 2:20): Yo soy Cristo. Cristo soy yo. Porque lo que soy yo, fue él, para que yo sea lo que es él.

Esto arroja una gran luz sobre lo que tenemos en la redención de Cristo Jesús.

Ahora, la Palabra nos dirá cómo Cristo nos redimió: “A quien Dios puso como propiciación, por medio de la fe en su sangre” (Rom. 3:25). Las palabras “Su sangre” están puestas en relieve. La sangre de Jesús es el pago por el cual somos libres.

1 Pedro 1:18-19 dice: “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como un cordero sin mancha y sin contaminación”.

Leamos también Hebreos 7:26-27; 9:12-14.

La sangre de Jesús no quiere decir que la crucifixión fue una muerte sangrienta. En realidad, la muerte en la cruz es una muerte casi sin sangre. No obstante, en la Biblia la sangre siempre expresa **expiación**.

La sangre de Jesús, quiere decir que Jesús mismo es la expiación por nuestra culpa. Esto lo vemos también al estudiar el verso 25. Cristo fue puesto como propiciación, lo cual significa que fue dado como sacrificio.

Entonces, somos redimidos por *Dios mismo*, él pagó el rescate por nosotros según su plan; la voluntad de Dios fue poner a Cristo como propiciación por nosotros. El sacrificio de Jesús fue entonces, la propiciación; es decir el remedio para reconciliarnos con Dios.

En el Antiguo Pacto, una vez al año, la sangre de un cordero era derramada en la tapa del arca, este era el día de la reconciliación. Bajo aquella tapa, en el arca, estaban las dos tablas con los diez mandamientos.

Esto expresa simbólicamente el significado del sacrificio de Jesús, así como la fiesta de la reconciliación; el sacrificio de reconciliación era un prototipo. Hebreos 10:4 dice: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”.

Aquel sacrificio del antiguo pacto tenía como propósito enseñarnos qué quiere decir el *sacrificio de Jesús* o lo que significa el sacrificio de Jesús, o sea un verdadero sacrificio por el pecado. Hebreos 10:10 “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”.

El hecho de derramar la sangre del sacrificio (del cordero) sobre la tapa del arca, es decir, sobre las tablas de la ley, es como una ilustración, de que, *el sacrificio de Jesús cubre el pecado*. Las exigencias de la ley son cubiertas y tapadas por el sacrificio de Jesús. Por eso, la palabra propiciación nos recuerda lo que quiere decir el sacrificio vicario de Jesucristo.

Otra cosa que también debemos tomar en cuenta acerca de la afirmación: “a quien Dios puso como propiciación”, es que Dios ve solamente a Jesús, solamente lo toma en cuenta a él. No cuenta con el hombre (en cuanto a la salvación).

Es muy triste que todos los incrédulos no entiendan que Dios toma en cuenta solamente a Jesús.

Este versículo significa que sólo Dios ve lo que nos hace cristianos. Nosotros no podemos verlo, y tampoco, otros hombres pueden. Pero Dios lo ve; porque Jesús está ahí presente, está frente a Dios. Véase también Col. 1:22

Solamente el Padre ve lo que vale el Hijo.

Para nosotros se trata de una cosa “invisible”, algo que no vemos con nuestros ojos, pero, a pesar de ello, tenemos por la fe todo lo que Jesucristo *es y ha hecho*. También el Espíritu Santo nos deja ver esto en la Palabra. Nótese lo que dice en 1 Cor. 1:9-10, acerca de lo que el ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón del hombre. “Dios nos las reveló a nosotros por el espíritu”. Compárese también con 2 Cor. 3:18, donde está escrito que miramos “a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor”.

Muchos creyentes no pueden creer con certeza que son salvos; esto ocurre, porque no toman en cuenta que Dios ve solo lo que nos hace cristianos, pero piensan que esto no es suficiente para ellos.

Las palabras “por medio de la fe” subrayan, otra vez, que no tenemos parte en la obra expiatoria de Cristo con nuestras obras o méritos, sino únicamente por un corazón contrito que se inclina y confía en las promesas de Dios.

Breve resumen

Los versículos 3:22-25a nos presentan dos realidades básicas acerca de nuestra relación con Dios:

- 1.- Cómo se reveló la justicia de Dios.
- 2.- Cómo podemos poseer esta justicia.

En cuanto a la primera realidad, esta porción arroja una gran luz sobre un secreto que nunca podremos conocer lo suficiente.

La muerte vicaria de Jesús, o sea el castigo que él recibió para reconciliarnos con Dios, tiene como fundamento el hecho de que, como vicario, Jesús *cumplió la ley*.

En Heb. 10:5-12, se habla mucho acerca de esto. Cuando Jesús entró al mundo dijo: “Sacrificio y ofrenda no quisiste; *mas me preparaste cuerpo*” (v. 5). Esto implica que Dios, hizo a Jesús vicario, uno que iba a venir en carne y sangre humana para hacer *nuestra obra*.

El v. 7 dice: “Entonces, dije: He aquí que vengo, oh Dios, para *hacer tu voluntad*. Como en el rollo del libro (la ley y los profetas) está escrito de mí” (Heb. 10:7).

Entonces Jesús dice, que *él* vendrá para cumplir con todas las exigencias de la ley.

Exactamente, lo mismo dice en el Sermón del monte. Él vino para cumplir con la ley y los profetas (Mateo 5:17).

Según el contexto de la epístola a los hebreos, vemos con claridad, que él vino para hacer esto porque era imposible para nosotros hacerlo. Además, la Palabra en Heb. 10:10 dice: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”.

También, veamos el verso 14 de hebreos cap. 10, que dice: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”.

Las palabras “somos santificados” de Heb. 10:10, quiere decir que somos purificados completamente de nuestros pecados, de esta forma, *pertenecemos a Dios con razón*. Así, fue revelada la justicia de Dios en Jesucristo. Pero ¿cómo podemos llegar a poseer esta justicia?

En estos versículos, dos veces se dice que es por fe y no por obras. Esto simplemente quiere decir que la justicia de Jesús se da a cualquiera que abre su mano para recibirla. Así, se puede estar frente a Dios siempre, como si nunca hubiéramos cometido pecado.

El significado de la justicia de Dios revelada en Jesús y su muerte reconciliadora

Ahora estudiaremos 3:25b-31: “para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión. ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”.

El significado para Dios mismo, v. 25b-26:

“Para manifestar su justicia a causa de haber pasado por alto en su paciencia, los pecados pasados”.

El primer significado, es que Dios ha sido justo al haber pasado por alto los pecados pasados. Su justicia significa aquí la cualidad de Dios: él es justo en sí mismo y no puede tener un trato con ninguna forma de mentira o injusticia. Esto también implica que no puede aceptar ningún pecado.

Si Dios, antes que viniera Cristo, habría revelado esta justicia y castigado el pecado según lo que se merece, toda la raza humana hubiese estado condenada y perdida. Nadie se habría salvado.

Por eso, Dios en toda la época antes de que viniera Cristo, pasó por alto el pecado. No intervino en contra de lo malo. Es cierto que mostró su ira sobre la maldad en ese tiempo, como hemos visto por ejemplo en el capítulo 1:18. Pero no castigó al hombre según lo que merecía, o sea: el hombre no fue condenado a muerte.

El castigo cayó sobre su propio Hijo. La consecuencia del pecado se efectuó en Cristo. Así, Dios conservaba su justicia y se cumplían sus exigencias a su debido tiempo, aunque pasó por alto los pecados de los hombres en el tiempo antes que Cristo viniera.

Esto nos muestra, que la exigencia de Dios en cuanto a su justo castigo sobre el pecado fue satisfecha por la muerte de Jesús. Esto también arroja luz, sobre la muerte de Jesús como una condena vicaria por nosotros.

Con esto tenemos la respuesta a una pregunta siempre actual. Esta pregunta, mayormente viene de los hombres que son objeto de la maldad de otros hombres, los que sufren por el mal que otros les hacen.

Éstos se preguntan: ¿Por qué, no evita Dios el mal? ¿Cómo es posible que lo malo se extienda en el mundo sin que Dios intervenga para frenarlo? ¿Es posible que Dios sea justo cuando deja que el mal se extienda así?

Dios es todopoderoso, pero su poder no se revela en el hecho que detenga el mal. La cruz de Jesús es el mejor ejemplo de esto. Sin embargo, la omnipotencia de Dios se muestra en el hecho, de que cuando lo malo está extendiéndose, siempre acabará derrotado. Esto también, vemos con claridad respecto a la muerte de Jesús. Cuando Dios permitió que el mal llegara a Cristo, Cristo venció el mal. Esto es lo mismo a lo que el apóstol Pablo llama: “Locura de Dios” y “la debilidad de Dios”. También dice: “Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor. 1:25).

Dios no es injusto actuando así, pues recibió el pago cuando su Hijo intervino y se sometió a la ira y el castigo de Dios en nuestro lugar.

Por eso, no es injusto cuando aún no interviene para sacar el mal del mundo, si lo hubiera hecho, también tendría que intervenir contra todo el pecado y la maldad. Pero, Dios ha postergado esto hasta el día del juicio, cuando él venga de nuevo. Esto lo hizo, para que tantos hombres como sea posible tengan la oportunidad de ser salvos.

En 2 Pedro 3:9 dice: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tiene por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”.

“Pero el día del Señor vendrá” (2 Pedro 3:10). Entonces, cesará la época del mal, y vendrá el juicio sobre todos los que no dejaron a Dios salvarlos cuando fue tiempo. Mientras tanto, Dios por la muerte reconciliatoria de Jesús conserva su justicia, a pesar de pasar por alto los pecados de los hombres.

El segundo significado de la muerte vicaria de Jesús para Dios, lo vemos en Rom. 3:26: “Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Dios nos da la justicia y nos reconoce como justos frente a sí mismo, porque hemos recibido a Cristo. Cristo ha logrado *nuestra* justicia. Tenemos el derecho de ser llamados justos, porque Dios, por medio de Jesús quitó *nuestra culpa*.

Por eso, la Palabra de Dios dice, que Él es fiel y justo cuando perdona a los creyentes todos sus pecados y los limpia de toda maldad (1 Juan 1:9).

Dios tendría que negar su propia naturaleza y su justicia, si no justificara al que cree en Jesús. Ésta es una afirmación fuerte, que nos revela cuán perfecta es la justicia que él nos ha dado en Cristo.

Los versos 27-31 nos muestran *qué quiere decir la muerte vicaria de Jesús para los hombres*.

El contenido de estos versículos consiste en tres realidades:

Primero:

Toda nuestra jactancia y gloria está excluida, porque seremos justificados por fe, no por obras. (V. 27-28).

El hecho de que nuestra jactancia está excluida, quiere decir que nunca podremos ser justos frente a Dios por nosotros mismos.

Gloriarse a sí mismo o jactarse, es lo mismo que decir: “Soy como debo ser, soy justo frente a Dios, he cumplido perfectamente la santa ley de Dios, por eso tengo vida eterna, etc.” Pero pensar así, es lo mismo que escarnecer a Dios.

La única manera de que el hombre se gloríe es gloriarse por lo que Dios nos dio en Cristo, y que nosotros podamos conocerlo a él y poseer su justicia por la fe. (Compárese con lo que dijimos en conexión con el verso 24).

No debemos entender mal la expresión “la ley de la fe” (v. 27). Esta frase, no quiere decir que la fe es una nueva “ley” que reemplaza a “la ley de las obras”. En este contexto, la palabra “ley” quiere decir “legalidad” o “legitimidad”. Se habla aquí de una nueva relación con Dios mediante “la fe” en Jesucristo.

Dios, no realizó nuestra salvación de una manera arbitraria, sino bajo ciertas condiciones. Pero, estas condiciones, esta “ley”, no es la ley de las obras. Dios no nos exige ser algo o que tenemos que hacer algo para justificarnos a nosotros mismos. Es decir, el hombre recibe la justicia de Dios, como nos es dada en Cristo, la recibimos por medio de la Palabra y la promesa de Dios.

Cuando el apóstol -en este contexto- usa la expresión, “la ley de la fe”, es para dar énfasis, en el hecho de que cualquiera que quiera ser salvo, tiene que recibir la salvación como Dios ha ordenado que sea.

Una buena ilustración de esto, la encontramos en Rom. 10:1-3. Los judíos eran muy devotos de Dios. Lo cual implica que realmente hicieron mucho para poder vivir en una buena relación con Él. No obstante, era imposible para ellos, porque ignoraron la justicia de Dios.

A pesar de ser muy devotos, no tenían el conocimiento que da la Palabra de Dios a un hombre. Por eso, no buscaban comunión con Dios según la manera en que deberían. En vez de “sujetarse a la justicia de Dios”, procuraban establecer su propia justicia. En otras palabras, se inclinaban a “la ley de las obras” en vez de inclinarse a “la ley de la fe”.

“Concluimos, pues”; dice Pablo “que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”. En base a lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, tenemos que concluir que el hombre será salvado por fe, no por obras.

Segundo:

La segunda realidad para los hombres, la tenemos en los versos 29-30: Era necesario realizar la salvación así, para que sea para todos los hombres.

Dios, no es Dios solamente de los judíos, sino igualmente para los que no son judíos.

Dios es uno. Es un solo Dios.

Por eso preparó la salvación de tal manera, que *todos* los hombres pueden ser justificados bajo la misma condición.

Si la salvación se hubiera preparado en base a la ley, solamente se habría tomado en cuenta a los judíos, los cuales tenían la ley. Pero esto al final habría dado como resultado que *ningún hombre* podría ser salvo. Porque frente a Dios todos son iguales, en cuanto a su pecado e injusticia, sean judíos o gentiles (Compárese con Rom. 9:19-20:23).

Tercero:

Entonces, llegamos a los versículos 3:27-31.

Verso 31: El que cree confirma la ley.

Cuando decimos que las obras de la ley están excluidas para ser justo frente a Dios, ¿no sería lo mismo que anular la ley debido a la fe?

Esta pregunta es típica del hombre natural y su pensamiento religioso. Siempre dice, que el hombre tiene que hacer algo para ser salvo. ¿En cuánto a la salvación, lo que somos o hacemos no tiene ningún valor? ¿De esta forma, no estamos anulando la ley?

Algunos le hicieron la misma pregunta a Jesucristo. Lo acusaron de anular la ley (Mateo 5:17).

Para combatir este pensamiento, el apóstol como punto de partida pregunta: ¿No invalidamos la ley? Y la respuesta es clara: “En ninguna manera”.

El que cree, confirma la ley, y la confirma de muchas maneras. Primeramente, confirma el juicio de la ley sobre el pecado y el hombre natural, ya que admite la verdad acerca de sí mismo y su situación real. En realidad, es imposible creer en el evangelio sin confirmar la ley. Solamente los que confiesan sus pecados, pueden confiar en el evangelio.

Si alguien trata de “creer” en el evangelio, sin confesar que es un pecador, no tiene una fe verdadera, sino, solamente sabiduría humana.

Santiago, advierte contra esta clase de “fe” en el capítulo 2 del libro. Esta “fe”, no puede salvar a ningún hombre, porque solamente es una fe del intelecto, lo cual no es lo mismo que confiar en Cristo de corazón.

En segundo lugar, el que cree, confirma la ley admitiendo que Dios exige que su ley sea cumplida. Es así, porque el creyente no puede vivir sin tener la justicia de Jesús, la cual es el cumplimiento perfecto de la ley.

Por último, confirma la ley; porque ella está inscrita en su corazón, como hemos visto ya en 2:15.

2. Qué es la fe, y lo que efectúa 4:1- 25.

En estos versículos, Pablo continúa la exposición que comenzó en el capítulo 3:21, acerca de cómo ser justificado por la fe.

Pero, mientras el capítulo 3.21-31, da un resumen acerca del fundamento de la fe, esta porción continúa arrojando luz acerca de *lo que realmente es la fe, cómo debemos creer y lo que la fe efectúa.*

Esto lo hace, mostrándonos como ejemplos a dos personas del Antiguo Pacto: David y Abraham. Abraham es mencionado porque es ancestro de mucha gente. Pero en cuanto a este asunto no debemos equivocarnos pensando que se habla acerca de Abraham como progenitor según la carne. Abraham aquí no está presentado como esta clase de progenitor. En realidad, todo el Nuevo Testamento nos advierte contra el pensar en una manera equivocada acerca de la descendencia de Abraham. Uno puede llegar a pensar que la salvación depende del ser descendiente de Abraham según la carne, pero Juan el Bautista dijo que ningún judío será salvo por tener a Abraham como su antepasado (Mateo 8:39-44).

Cuando se habla acerca de Abraham como progenitor según la carne y su descendencia según la carne, siempre se trata de una persona, y esta persona es *Jesucristo.*

Gálatas 3:16 dice: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a *su simiente*. No dice: “las simientes”, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo”.

Con esto también la Palabra dice que solamente los que pertenecen a Cristo, pertenecen a la descendencia de Abraham.

Entonces, Abraham tiene importancia para nosotros solamente como padre o progenitor *espiritual*.

Según la Escritura, Abraham sería padre de todo aquel que cree en Jesús, sea judío o no, nótese capítulo 4:11-12, y también el versículo 16 del mismo capítulo.

Pero cuando se habla acerca de Abraham como progenitor no debemos pensar que él fue el primero en creer las promesas de Dios. Por ejemplo, vemos que Adán y Eva, después de la caída, creyeron en la promesa acerca de la descendencia de la mujer, que ésta, heriría a la serpiente en su cabeza.

Podemos leer acerca de la fe de Eva en Génesis 4:1. Según el texto hebreo, Eva en realidad dijo después de haber dado luz a Caín: “He adquirido varón, es decir el Señor”, al principio creía que este niño era el salvador que Dios había prometido.

Según Hebreos 11:4, vemos que también Abel creía, seguramente porque sus padres le enseñaron acerca de la promesa. También Enoc y Noé eran creyentes, dice Hebreos 11:5-7.

En Romanos 4, dice que Abraham fue escogido como ejemplo por una causa muy especial. Abraham fue el primero que fue circuncidado, y su ejemplo puede arrojar luz sobre la relación entre la fe y la circuncisión, y así también muestra la relación entre la fe y las obras.

Abraham también es tomado como ejemplo, porque Dios hizo con él un pacto especial. Un pacto que sería heredado de generación a generación hasta que viniera Cristo mismo a cumplirlo.

Es evidente, que lo que concierne a Abraham como progenitor también tiene valor para su descendencia.

Como era la fe del progenitor, así también tendría que ser la fe de su descendencia.

Todo lo que dice la escritura, acerca de Abraham y su fe, concierne a todos los creyentes en todos los tiempos. Por eso, Abraham, nos es presentado como un ejemplo para dar luz acerca de cómo es realmente la fe que salva, y cómo tenemos que creer.

David también es presentado, porque es mencionado en el antiguo testamento de una manera muy especial respecto de la venida de Cristo. Y recibió, como Abraham, una promesa especial acerca de la venida del Mesías (2 Samuel 7:12 y sgts.).

Pero, más que todo es presentado aquí, porque escribió acerca de las experiencias de la fe en sus Salmos. Lo que dice David en sus Salmos, muestran con claridad cómo Dios salva al hombre.

Así, Romanos 4, nos da una nueva luz sobre la fe, no argumentando según el pensamiento del hombre, sino con ejemplos de la Biblia, es decir, con *la misma Palabra de Dios*.

Esto nos muestra que la fe en Jesús siempre fue la condición para la salvación. Realmente la fe, es parte del plan de la salvación de *Dios* desde el comienzo.

Dividamos los versículos 4:1-25 en tres partes:

Versos 1-12: Ser salvo por la fe, es lo contrario a ser salvo por las obras.

Versos 13-17: La fe, no las obras, fue dada como el camino para salvación, y así, excluir lo que es o puede hacer el hombre para salvarse a sí mismo. Podemos caracterizar esta porción de la siguiente manera: *La diferencia entre pacto de gracia y pacto de la ley*.

Versos 18-25: Abraham es prototipo para todos los creyentes. Todos los que creen tienen que creer como él.

4:1-12: Ser justificado por la fe, es lo contrario de ser justificado por las obras.

Versos 1-3: *¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.*

El verso 1 es una pregunta: ¿Qué hubiera obtenido Abraham, según lo que era en sí mismo, y según su propia justicia y obras?

El verso 2 nos da la respuesta, no directa, sino indirectamente, Abraham no tendría ninguna gloria frente a Dios según lo que era en sí mismo.

La Biblia, no menciona algo por lo cual Abraham podría gloriarse frente a los hombres o frente a Dios. Seguramente el apóstol admitiría que Abraham tendría de qué gloriarse frente a los hombres. Pero, eso no le ayudaría de ninguna manera frente a Dios. Frente a él estaba sin gloria, y sin justicia. No tenía nada por lo cual podría ser aceptado por Dios.

Esto dice también la escritura en Génesis 15:6, su fe le fue contada por justicia (Verso 3). ¿Qué creyó Abraham o mejor dicho en qué creía Abraham? ¿En qué confió? En que iba a ser padre, de una nación tan grande que sería imposible contarla dice Génesis 15:5, y Génesis 17:4-6. (Compárese con Apocalipsis 7:9).

Si lo comparamos con Génesis 12:3: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra”, podremos comprender mejor esta promesa.

Abraham creyó que Dios hizo la promesa de salvar a la raza humana por medio de la descendencia que saldría de él. De su descendencia vendría “la simiente de la mujer”.

Entonces, *su fe estaba en el salvador que vendría, el Mesías.*

Porque debe tomarse en cuenta, que no solamente creía que sería progenitor de tal descendencia, sino también que creía en esto de forma personal, es decir, para su propia salvación. (Compárese con lo que dice en Romanos 4:18). Abraham creía y confiaba en la promesa, y se refugió en ella para alcanzar la salvación.

Entonces, la escritura testifica que Abraham fue justificado, por confiar en la promesa de Dios acerca del Mesías. La Biblia dice que esto es creer en Dios.

Confiar en la promesa de la salvación de Dios, es lo mismo que confiar en Dios mismo.

Esto le fue contado por justicia. Lo cual, no implica, que la fe en sí misma le fue contada por justicia, sino la cosa en la cual creía; es decir el contenido de la promesa le fue contada por justicia.

Los versos 4-5 nos explican más esto: *“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia sino como deuda; mas el que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”.*

Génesis 15:6 dice que Abraham fue considerado como justo por la fe, esto excluiría a sus propias obras como fundamento para la justificación. Porque al que tiene obras, Dios no lo justifica. Al que Dios viste con la justicia de Cristo, ese es justo.

Según la palabra de Dios, éste (el justificado), tiene derecho a vivir. Levítico 18:5: “Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, las cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová”.

Comparando con Romanos 2:13, vemos que los hombres que cumplen la ley serán justificados en el día del juicio por lo que son y lo que han hecho. Comparemos esto con las palabras de Jesús en Lucas 10:28, “Haz esto y vivirás”.

Ahora, el apóstol no dice que existen tales hombres, por el contrario, en realidad dice que no existen ni pueden existir (Romanos 3:9-18). Pero dice hipotéticamente: si hubiera un hombre con buenas obras, la escritura no podría hablar de una justicia que le fue contada, porque Dios mismo dice que aquel hombre sería justificado frente a él por sus obras. Este hombre, tendría el derecho de vivir. Entonces sería necesario hablar acerca de un sueldo. Un sueldo que se debiera dar a aquel hombre como algo que merece, para que Dios no rompa su palabra acerca de que, el que cumpla con la ley, será justo y tendrá el derecho de vivir.

Por el contrario, cuando un hombre no tiene obras ni justicia frente a Dios, y es impío; es necesario que Dios le dé a aquel hombre su justicia, para que éste no se pierda.

Así recibió Abraham la justicia, porque creía en la salvación, que vendría en su descendencia.

Según el testimonio de la Biblia en Génesis 15:6, Abraham fue impío, no tuvo ninguna justicia frente a Dios. Pero, Dios le dio la justicia solamente por su fe en la promesa.

De esto aprendemos, que el creer, o tener, fe, es lo contrario a luchar y a trabajar consigo mismo.

El texto griego nos lo explica con bastante claridad. La palabra obrar quiere decir practicar, estar en actividad. Entonces, nadie debe entender mal lo que dice el verso 5: *“Su fe le es contada por justicia”*, pensando que la fe en sí misma es una nueva obra o una *habilidad en nosotros*, por la cual Dios nos da la justicia. Aquí, la fe significa lo contrario a nuestras propias obras.

La fe quiere decir que un impío, uno que no tiene la habilidad y la posibilidad de hacer algo para ser salvo, confíe en lo que Dios dijo acerca de la fe, sin pensar en su propia fe.

Esta palabra habla solamente acerca de los impíos que vieron y experimentaron que son impíos frente a Dios. Esta palabra se trata del impío que se arrepiente.

El impío que se queda en su impiedad no puede contar con esta palabra. No se puede usar este mensaje para excusar y defender el pecado. Solamente nos es dado para mostrar que ningún hombre, puede ser salvo si no recibe lo que Dios le dice por medio de la ley y el evangelio. Y lo recibe confiando en esta palabra.

Por esto, la fe no es algo intelectual. La fe es cuando el corazón se inclina a las promesas de Dios, y así, se inclina a Dios mismo.

Romanos 10:10 dice: “Porque con el corazón se cree para justicia”. El que se refugia en las promesas de Dios acerca de la gracia en Jesucristo como su *única* salvación – *éste* tiene una fe salvadora.

Muchas almas cansadas, dicen que *no pueden creer*. Pero deberían hacerse la siguiente pregunta: ¿En *quién* no pueden creer? Quizás esta pregunta les ayudaría a entender que la fe no es algo que logramos hacer. Y, además: ¿No es *Dios mismo* en quien debemos creer? ¡Abraham creyó en *Dios*! Puso su confianza en él. Y podemos preguntar: ¿Acaso Dios no es de confianza? ¡Es un pecado horrible no confiar en Dios! ¡Ten cuidado! “El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso” (1 Juan 5:10).

Dios es de confianza. Lo que él ha prometido cumplirá. Ahora, quizás entiendes que no se trata de poca o mucha fe. Es cuestión de tener fe *en Dios*. Precisamente porque no puedes producir una fe ante Dios que vale, tienes que correr hacia Dios y a la Escritura y confiar *en lo que está escrito*. Porque confiar en la promesa, es tener fe.

Christian Schriver, teólogo alemán, dijo: “La fe del creyente, es más fuerte en el momento en que el creyente mismo, piensa que no puede creer, pero se agarra de la Palabra acerca de Cristo”.

Como vimos en la última parte de este capítulo, Abraham se agarró de la Palabra. Entonces, Dios mismo dijo acerca de él, que verdaderamente creía en Él y tenía una fe salvadora.

Este es el sencillo testimonio de la Escritura, acerca de quién puede ser salvado. Ahora, esta enseñanza se afirma por el testimonio de David (versos: 6-8): “*Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado*”.

Aquí vemos una cita de dos versículos del Salmo 32. El verso 6 explica el propósito de mencionarlos. Nos muestra cómo fue posible para David decir que era bienaventurado el hombre a quien *Dios cuenta como justo sin obras*.

Así se manifiestan dos realidades que el apóstol mencionó antes. En primer lugar, que la justificación tiene como fundamento que Dios nos cuenta como justos y que no nos toma en cuenta nuestros pecados.

Entonces, la justificación no depende de lo que Dios hace en el hombre, sino que depende de lo que le otorga al hombre mediante Jesús y su obra.

En segundo lugar, David nos muestra que Dios nos da la justicia de Cristo sin exigirnos obras. Así también David aclara que tener fe es lo contrario a tener obras, a tener algo en sí mismo como fundamento para justificación. Por medio del mensaje de David, acerca del perdón de pecados, Dios nos dice que el perdón es dado por nada, es por una gracia inmerecida.

Si pudiéramos mencionar una cita bíblica acerca de lo que se define como justificación, tendría que ser el texto de Romanos 4:6-8. Esta porción, podría decir en una manera más sencilla así: Dios te considera justo sin tener obras, no toma en cuenta tu pecado. Entonces, la justificación quiere decir que Dios nos atribuye o da lo que Jesús es y lo que él hizo, porque a Jesús le fue dado lo que somos nosotros, y lo que cometimos. Y al mismo tiempo no nos cuenta lo que hemos cometido y lo que somos ¡Este hombre es *bienaventurado!*

Bienaventurado, no quiere decir tener ciertos sentimientos, sino estar en una determinada situación. En una relación con Dios. Por otro lado, es posible sentirse bienaventurado sin serlo. Por ejemplo, el entusiasmo espiritual, muchas veces crea lindos sentimientos en los hombres que piensan ser espirituales. Pero, a pesar de tener buenos sentimientos pueden estar viviendo lejos de Dios.

Es posible ser bienaventurado sin sentirlo. Piensa por ejemplo en un cristiano cuando está angustiado. O piensa en un creyente que está preocupado por un hombre que no es salvo, éstos son bienaventurados, aunque no se sientan así. Por eso, debemos cuidarnos de decir que la bienaventuranza en sí misma tiene algo que ver con lo que siente el hombre.

Bienaventurado quiere decir, que nuestros pecados son perdonados, que estamos desde el punto de vista de Dios, sin pecado, porque Dios nos dio a Cristo. Ser bienaventurado implica que Dios nos considera como si fuéramos Cristo, teniendo todos los derechos del hijo de Dios, frente a Él.

Dios nos hace bienaventurados sin obras, cuando vamos a Jesús. Ser bienaventurados no radica en algo que somos nosotros mismos, sino que, solamente somos bienaventurados por nuestra relación con Él. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36).

Romanos 4:9-12: *“¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión o en la incircuncisión? No en la circuncisión sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado”.*

Aquí esta resumido y aplicado lo que anteriormente se dijo acerca de Abraham y por medio del rey David.

El verso 9 hace la pregunta, y el verso 9b-11 da la respuesta. Posteriormente, el verso 11b-12 explica el propósito de la respuesta. El verso 9a pregunta a quién alcanza esta bienaventuranza, ¿Solamente a los circuncidados? ¿O también a los incircuncidados?

Así, la pregunta no es solamente para rechazar la interpretación de los judíos acerca de las palabras de David, es decir, que solamente los circuncidados eran los bienaventurados.

No, la pregunta es para dar luz sobre la relación entre la fe y las obras. Es para aclarar lo que se dijo en los versos 1- 5, lo que también afirma el testimonio de David en los versos 6-8.

Nótese que no se escribió “circuncidados” o “incircuncidados”, como si la salvación tuviera validez solamente para *uno* de ellos. Según el griego, este texto incluye a “los de la circuncisión” como a “los de la incircuncisión”, para mostrar que la salvación es para ambos por la fe.

La primera interrogante que normalmente tiene el hombre acerca de la justificación es cuando dice: ¿Pero, no tenemos que hacer buenas obras?

Así, el hombre natural reacciona contra la justificación por la fe. Experimenta a ésta como *un tropiezo*.

El motivo real de este tropiezo es que Dios rechaza al hombre natural por incompetente y corrupto. *Dios* quiere salvarnos del hombre natural y matarlo, por su lado, el hombre natural no quiere ser rechazado ni ser exterminado. Por eso, el hombre acusa a Dios diciendo que está fuera de la moral y de la justicia declarar justo a un pecador.

¡No es correcto enseñar que Dios justifica a los que son malos e impíos! Así dice el hombre para ocultar que en realidad no puede aceptar lo que dice la Biblia acerca del pecado.

El hombre natural, piensa que nosotros los hombres también debemos hacer algo para ser salvos. Que Dios debe ayudarnos a ser mejores, antes de justificarnos.

Esta objeción fue expresada también por los judíos en su enseñanza acerca de la circuncisión. Cuando Jesús enseñó que la salvación dependía de la fe en él, no lo aceptaron. Pensaban que no necesitaban salvación, porque eran hijos de Abraham. Y se consideraban hijos de Abraham, porque tenían la circuncisión. Aún entre los judíos que aceptaron a Jesús como el Mesías encontramos este pensamiento.

Lo leemos por ejemplo en Juan 8:33: “Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú; seréis libres?”

Prácticamente, su enseñanza resultó en el hecho de que pusieron énfasis en las obras, no en la fe. Así fue como la fe y la circuncisión llegaron a ser como cosas contrarias entre sí. Por eso, también el apóstol utiliza el contraste entre la circuncisión y la fe para arrojar luz sobre el contraste entre el ser justificado por obras y ser justificado por la fe en Jesús.

El pensamiento acerca de la justificación entre los judíos muchas veces resultaba en hipocresía, pero a veces también resultaba en una moral elevada, como entre los fariseos.

Así también es entre nosotros hoy en día, muchos hombres piensan que deben hacer todo lo que sea posible, orar a Dios, ir a la iglesia, trabajar en la obra evangélica, etc. Las obras de algunos son superficiales. Otros trabajan con celo y seriedad. Como los judíos se gloriaban por la circuncisión, así también muchos hoy en día se glorían por sus obras y por el bautismo.

Pero a ellos, Jesús les dice lo mismo que les dijo a los judíos: Si hubieran sido hijos de Abraham, habrían creído en él.

Si un hombre bautizado realmente viviera en el pacto del bautismo, también se habría mostrado en el hecho de que llegaría a creer en Jesús como su Salvador.

Ahora no hablaremos más acerca del contraste entre la fe y las obras. No obstante, es necesario señalar algo muy importante.

Entre los hombres que Dios despierta -los que comienzan a experimentar que son totalmente pecaminosos y malos-, algunos tienen miedo de creer que el mensaje acerca de Jesús sea para ellos. Para estos la relación entre la fe y las obras es la siguiente:

Piensan que Dios primero debe darles *una experiencia*, y que él tiene que hacer algo *en ellos*. Si Dios no puede efectuar en ellos buenas obras y una vida santa, por lo menos les puede dar humildad verdadera, un arrepentimiento verdadero, buena voluntad y buenos pensamientos. Quisieran experimentar algo de esto antes de creer en Jesús. Piensan que no es posible confiar en Jesús y creer que la gracia es para ellos si no experimentan estas cosas.

Pensar así parece bueno y piadoso. Pero en realidad es el rechazo del hombre natural contra el ser salvo sólo por gracia. En nuestra cultura y según nuestra manera de pensar, estamos en contra de la enseñanza acerca de la justificación por fe. Así como lo hizo también el judío según su manera de pensar.

Cuando el hombre dice: “Debemos hacer buenas obras, no es suficiente sólo la fe”, nos encontramos con el rechazo general del hombre hacia la gracia.

La respuesta a esto, la encontramos acá en los versículos 9b-11a: *“Porque decimos que Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No, en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso”*.

Dios declaró a Abraham justo, antes de que fuera circuncidado. Es decir, antes de que hiciera una buena obra, antes que hubiera cambiado.

La Palabra en Génesis 15:6 dice que su fe le fue contada por justicia cuando aún era incircunciso. Y que justamente recibió la circuncisión como un sello o una afirmación de la fe que tuvo antes de que fuera circuncidado. Por eso, esta palabra acerca de Abraham es el testimonio de Dios mismo, de que Dios da la justicia a todo aquel que se refugia en Cristo sin tener obras.

“Si la obra de la circuncisión, la cual Dios mandó a Abraham, -la cual también era una obra de obediencia-, no ayudó a justificar a Abraham, tampoco ninguna otra obra puede justificar al hombre” (Lutero).

La circuncisión fue una señal que confirmó la fe, esto nos muestra en primer lugar, que era un pacto que Dios hizo con la raza humana. Un pacto para salvar a los hombres por fe, no por obras. Lo que está sellado y confirmado por Dios (Gálatas 3:17), es fijo, no puede ser cambiado. Así, la circuncisión llegó a ser una señal de que Dios salva por *gracia*. Dando justicia, para los que no tienen justicia en sí mismos, si no que creen en lo que Dios dice acerca de la salvación, que él envió al mundo a su hijo Jesucristo.

En segundo lugar, la circuncisión también implica que las buenas obras vienen como fruto de la fe. La circuncisión en realidad es un símbolo de estas obras. Las buenas obras no son una condición por la cual somos justificados, sino que es una consecuencia o efecto de haber sido justificado.

“Como la circuncisión de Abraham era solamente una señal externa, por la cual fue probado que era justo por fe, así también todas las buenas obras solamente son como señales que siguen a la fe como buen fruto, prueba de que el hombre ya es justo frente a Dios” (Lutero).

Versos 11b-12: *“...para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia. Y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado”*.

Estos versículos nos muestran el propósito por el cual Dios justifica por fe y no por obras. Dios tuvo que preparar la salvación por la fe para que sea posible que *todos* los hombres puedan ser salvos. No era necesario para los gentiles ser judíos para ser salvos, sino que los judíos tenían que ser salvos como los gentiles, en su impiedad

acercarse al Señor y recibir el perdón de sus pecados mediante la fe. Si Dios no hubiera preparado una salvación por medio de la cual, el impío también podría ser salvo, ningún hombre sería salvo. Esto nos lo muestran mejor los siguientes versículos:

Versos 13-17: La fe – no las obras – fue dada como el camino a la salvación.

Dios tenía que mostrar su propio camino y convencer al hombre que cualquier otro camino fracasará.

El verso 13 dice: *“Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe”*.

El mensaje central de este versículo es el siguiente: *No por la ley* recibió Abraham y su descendencia la promesa. “No por la ley” tiene énfasis en el texto griego. Realmente se escribió, no por *la ley*, es decir no por las condiciones que tendríamos que cumplir nosotros, recibió Abraham y su descendencia (los creyentes) la promesa, sino por la fe.

La palabra “*ley*”, aquí está usada de la misma manera que en Romanos 3:21. Sin embargo, es correcto traducir con la expresión “la ley”, porque se refiere a la ley que fue dada a Israel por medio de Moisés.

Pero, antes de que la Palabra explique más sobre este asunto, primeramente, nos muestra el contenido mismo de la promesa que Dios nos da sin condiciones: “Que sería heredero del mundo”.

¿Qué quiere decir esto?

Si preguntamos *¿quién* es heredero del mundo? encontraremos la respuesta en Hebreos 1:2, donde dice *que en realidad el hijo de Dios es el verdadero heredero del mundo*.

Así, la promesa a Abraham dice que Dios da todo lo que le pertenece a su propio Hijo a todo aquel que recibe el evangelio por la fe.

Esta promesa, como todas las promesas a Abraham y a su descendencia, apunta a Jesucristo.

El que cree en la promesa de Dios que está en el evangelio; también será *el heredero de Dios y coheredero con Cristo*, según la promesa de Dios. Véase Rom. 8:17; 2 Pedro 3:13; 2 Timoteo 2:12.

Dios ha prometido que el hombre por medio de Jesucristo entrará en comunión con él y también tendrá parte en su dominio sobre el mundo, para lo cual fue creado según el plan de Dios.

Y esta promesa fue dada independientemente a nuestro cumplimiento de la ley, únicamente por la justicia por fe.

La palabra “*promesa*”, la encontramos varias veces en la carta a los Romanos, es una de las palabras básicas de esta epístola.

¿Pero qué quiere decir en realidad esta palabra?

En primer lugar, no solamente quiere decir, que Dios nos dará algo en el futuro, sino, también que Dios nos transfiere un don o un regalo ahora. El que recibe la promesa, *tiene* algo que Dios ya le dio por medio de la fe.

La llamamos “*promesa*” porque se cumplirá en su totalidad cuando venga el reino de Dios.

El que cree en “*la promesa*” tiene todo lo que es Jesús y lo que Jesús merece.

Como dijimos, Dios no nos dio esta promesa basándose en lo que el hombre está obligado a cumplir. Tenemos que mirar esto más de cerca para entenderlo mejor, y solamente podemos entenderlo mejor preguntando: “¿Qué es un pacto?”.

La Biblia dice muchas veces, también en las epístolas a los Romanos y Gálatas, que la salvación depende de *un pacto* que Dios estableció con los hombres.

Mientras Dios avanzaba en sus planes de salvación en el antiguo pacto, estableció otros tres pactos.

El primer pacto fue con Noé (Génesis 8:20-22), éste fue un pacto con toda la raza humana, y consistía en que Dios no castigaría al mundo otra vez, como lo hizo, por medio de un diluvio. La vida de la naturaleza, la primavera, verano, otoño e invierno, seguiría hasta el fin de los tiempos. Este pacto preparó y dio el fundamento para el pacto que Dios luego establecería con Abraham.

El segundo pacto, fue con Abraham (Génesis 15:18). Aquel pacto era el pacto de la salvación misma. Por eso el capítulo 4 de la epístola a los Romanos hace referencia a este pacto. Fue heredado por Isaac, Jacob y los hijos de Jacob y luego por todo el pueblo de Israel. Este pacto fue cumplido por Jesucristo.

El tercer pacto, es el que Dios estableció con Israel en el Sinaí (Éxodo, caps. 19-23 y todo Levítico habla más de este pacto, y es aún mejor explicado en Deuteronomio).

Como el pacto de Noé solamente fue como una preparación para el pacto de Abraham, podemos en realidad decir que sólo hay dos pactos que Dios estableció en la época del Antiguo Testamento.

¡Aquí tocamos algo que es muy importante entender!

El Nuevo Testamento pone mucho énfasis en el hecho de que estos dos pactos no son iguales. Son pactos de dos géneros diferentes, esto lo vemos muy claramente aquí en Romanos 4:13-17 y en Gálatas 3:17. ¿Cuál es la diferencia entre estos dos pactos?

Un pacto es un acuerdo entre dos partes o entre varias partes. En la Biblia el pacto siempre es un arreglo entre dos partes: La relación entre Dios y la raza humana.

Tal acuerdo en un pacto podía hacerse de dos maneras. Podía ser *unilateral* o *bilateral*.

Un pacto unilateral, quiere decir, que solamente una de las dos partes tiene toda la responsabilidad de arreglar la situación entre ambas partes, así fue el pacto de Dios con Abraham. No se dice nada acerca de lo que tenía que hacer Abraham (Gén. 15:18). Este pacto se caracteriza según Romanos 4:13, por ser un pacto, “No por la ley”. Es decir, el pacto fue establecido no por condiciones u obligaciones, con las cuales tendría que cumplir Abraham y su descendencia.

Esto es lo que la Biblia llama, pacto de Gracia.

Nuevamente dice la Biblia, que Dios por su misericordia y bondad recordó su pacto (Sal. 106:45). Por eso Él bendijo y salvó. Tal pacto también podemos llamarlo el pacto del evangelio o pacto de salvación.

El pacto que Dios estableció en el Sinaí es totalmente diferente. Este pacto, no es unilateral sino bilateral.

En tal pacto el hombre tiene que cumplir con las condiciones que Dios le da, para poder obtener su bendición. Pero si no cumple con estas condiciones, estará bajo su maldición.

Deuteronomio 28:1 dice: “Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra”.

Aquel pacto la Biblia lo llama, *pacto de ley*. Por medio de ella (de la ley), Dios revela su *santidad* y da una promesa condicionada, es decir, el hombre tiene que cumplir con sus exigencias para poder tener parte en este pacto.

¡No debemos mezclar o equivocarnos en cuanto a estos dos pactos! En primer lugar, debemos tomar en cuenta de que, en el *pacto de gracia*, Dios nos da la promesa sin poner condiciones en cuanto a lo que debemos hacer o ser. Al contrario, en el pacto de la ley, la promesa es dada solamente para aquellos que cumplen las condiciones que Dios ha dado.

Entonces, lo característico del evangelio es que es una *promesa incondicional*, es decir que Dios nos da todo por nada.

Por el contrario, lo característico de la ley es que es una promesa condicionada, es decir, solamente el que cumple con sus exigencias recibe lo que Dios promete.

Es necesario predicar tanto el evangelio con su promesa incondicional, como la ley con su promesa condicionada. ¡Pero el hombre solamente puede ser salvo por el evangelio!

Entonces, ¿Por qué se dio la ley, si no puede salvar al hombre?

Aquí no podemos dar una respuesta profunda, solamente referirnos a lo que dice Gál. 3:17-22: “Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios le concedió a Abraham mediante la promesa. Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador. Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno. ¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes”.

La promesa condicionada de la ley no puede salvar a ningún hombre. Pero es necesario predicarla por *causa del evangelio*. Porque si no se predica esta promesa condicionada, ningún hombre puede comprender que necesita la promesa incondicional del evangelio. Nadie llegaría a creer en Jesús.

Fuera de esto, también nos referimos a lo que dijimos al interpretar Rom. 3:19-20.

Ahora podemos entender mejor la porción presente en Rom. 4:13-17, estudiaremos esto un poco más.

Rom. 4:14-15 dice: “Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. Pues, la ley produce ira, pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión”.

Si Dios hubiera dado la promesa, condicionada a algo que tendríamos que hacer o ser, para así, obtener la bendición, aquella promesa no habría sido una promesa real.

Sería imposible hablar acerca de la fe. En realidad, el texto griego dice que la fe estaría “vacía”, sin contenido y sin sentido.

Solamente se puede hablar acerca de la fe, cuando se trata de recibir algo, en realidad, la fe no tiene importancia en sí misma, solamente importa por lo que contiene o recibe.

Si el hombre confía en algo que no contiene nada, en algo vacío, su fe también será vacía y estará sin contenido, solamente cuando se habla de una promesa real, es posible hablar de la fe.

Entonces, si las promesas fueron dadas con condiciones, las cuales tendríamos que cumplir, nadie podría obtener ninguna bendición.

Porque, según el verso 15, en el momento en que se habla de la ley, es decir, lo que tenemos que ser o hacer, también se debe hablar de la ira.

“La ley efectúa ira”. Eso no significa que la ley nos provoca furia cuando tratamos de vivir según ella, aunque esto también es verdadero según Rom. 7. Pero aquí la Biblia habla acerca de la ira de Dios.

Por causa de nuestros pecados, y la maldad de nuestra naturaleza y voluntad, nunca podemos ser lo que Dios quiere que seamos. Cualquier exigencia de Dios, con la cual tenemos que cumplir, solamente muestra que no somos como deberíamos ser. Las exigencias nunca pueden ayudarnos a ser justos frente a Dios.

Las exigencias y los mandamientos solamente provocan pecado en nosotros (Rom. 7:5-13), solamente nos pueden hacer pecadores y provocar la ira de Dios contra nosotros.

Por eso, el hombre no puede cumplir aún la exigencia más pequeña. Aunque, en realidad no existen exigencias pequeñas, como pensamos nosotros. Es Dios quien exige, y él siempre exige lo perfecto, ¡Porque él mismo es perfecto!

Pero, ahora la Palabra continúa diciendo: “Donde no hay ley, tampoco hay transgresión”.

Donde no se exige ninguna condición, -con la cual tenemos que cumplir para obtener parte de la promesa-, allí tampoco se puede hablar de transgresión. No se puede transgredir lo que no existe. De esta forma, tampoco sería posible decir que el hombre puede quedar bajo la ira de Dios.

Por lo tanto, la promesa es una promesa real, en la cual podemos confiar de todo corazón, y confiar en aquel que lo dio todo, en el que cumple su palabra, esto es creer en Dios.

Los versos 16-18 (Rom. 4) dicen: “Por lo tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia no solamente para la que

es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son como si fuesen”.

El verso 16, muestra el propósito de Dios al dar una promesa sin condiciones -acerca de lo que debemos hacer y ser nosotros- para obtener parte en ella. ¡Solamente así puede ser gracia!

Anteriormente dijimos que gracia, quiere decir que Dios nos ama sin que lo merezcamos. En este contexto quiere decir, que Dios nos dio una promesa *por nada*.

Tendría que ser “por nada”, para que la promesa fuera firme para toda su descendencia. Si no hubiera sido “por nada” todo habría salido mal porque habría condiciones con las cuales tendríamos que cumplir. Pero la Biblia dice que es “por nada”. De esta manera, la promesa permanecería firme para todos los que la reciben y confían en ella.

Lo característico del amor de Dios hacía nosotros, es siempre “por nada”. Por nada Dios creó al mundo, por nada planificó cómo salvarnos, por nada nos dio a su Hijo, por nada nos da todo por medio del evangelio, por nada guiará a los que creen a su hogar celestial, el reino de Dios.

¡Todo es por nada!

El hombre que quiera recibir la gracia de Dios haciendo algo o *por algo*, no recibirá nada. Por el contrario, el que recibe *por nada*, lo recibirá todo.

De esta manera, la promesa es firme para todos los que creen, no importa cómo seas en ti mismo. Todos los que tienen la fe de Abraham, es decir, los que creen como él creyó, todos ellos pertenecen a la descendencia que Dios ha dado por su promesa. La promesa tiene valor para todos ellos.

El vers. 17b, en realidad, es la continuación del verso 16, porque el vers. 17a es un paréntesis que se refiere al Antiguo Testamento.

Entonces, podemos decir así: “El cual es padre de todos nosotros delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fuesen”.

Desde el punto de vista de Dios, Abraham fue -desde el primer momento-, padre de todos los creyentes. Esto nos muestra que Dios, desde el principio, considera a los creyentes como verdaderos hijos, lo cual también es un fuerte testimonio acerca de cómo el Señor cumple con lo prometido a todos los creyentes.

“El cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”, son dos expresiones que afirman que la promesa no puede ser cambiada o quitada.

La frase “El cual da vida a los muertos”, quiere decir: el que no tiene vida, y está muerto en sus delitos y pecados (Ef. 2:1), recibe la vida *únicamente* mediante un “renacimiento”.

Aquí tocamos una verdad básica, la cual es como un hilo rojo en todo el Nuevo Testamento, veamos dos ejemplos: Cuando Nicodemo le preguntó a Jesús, cómo era posible nacer de nuevo, Jesús le responde: Juan 3:14-16: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Contemplar lo que Dios nos dio en Cristo y confiar en ello, da al hombre una vida nueva.

El hombre nace de nuevo por la fe. Lo mismo vemos en las palabras de Jesús en Juan 5:24-25: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”.

Aquí dice muy clara y sencillamente, que el llegar a creer en Jesús, le da al hombre vida eterna y lo hace nacer de nuevo. Jesús también agrega: Juan 5:25: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”.

Lo que llama Jesús “La voz del Hijo de Dios”, es lo mismo que el testimonio acerca de Jesús. Lo cual en Romanos 4 es llamada: “Promesa”.

Clara y sencillamente Jesús dice aquí: Que el que está muerto espiritualmente, recibe la vida en Dios, por escuchar y creer el mensaje acerca de Jesús en el evangelio.

Comparemos también con 2 Pedro 1:4, por medio del conocimiento de Cristo, Dios nos ha dado las promesas más grandes, para que nosotros por *ellas* recibamos parte de la naturaleza divina.

Abraham mismo, es un testimonio vivo acerca de esto. Dios esperó a Abraham y a Sara, que fueran viejos antes de darles a Isaac. Así lo hizo, para que ellos sean como prototipos de lo que Dios hace con cada uno de los que creen en el evangelio (compare lo que dice aquí con el cap. 4:18-25).

También Jesús ilustró muchas veces esto levantando a los muertos (Lázaro, el hijo de la viuda, la hija de Jairo). Ser levantado de la muerte no era para ellos la última victoria sobre la muerte. Ellos murieron más tarde, como cualquier otra persona. Ellos fueron levantados de la muerte como una prueba de la veracidad de la Palabra de Dios, así, de la misma forma, Dios puede dar vida a los que están espiritualmente muertos (Nótese especialmente Juan 5 y Juan 11).

Así como Jesús pudo dar vida a un cadáver por medio de la palabra, así también su testimonio acerca de sí mismo tiene poder de dar vida espiritual a todo el que cree. Aquí nos referimos a lo que anteriormente escribimos en conexión con el cap. 1:16-17.

La afirmación: “El cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son, como si fuesen”, quiere decir, que Dios habló a Abraham acerca de su descendencia como si ya existiera, antes de que esta existiese. Esto es un fuerte testimonio acerca de cómo Dios considera sus planes de salvación: como si fueran realidades mucho antes que lleguen a ser una realidad. Dios sabe que, lo que él decidió según su plan de salvación, será realizado, porque lo que él decide es seguro que se cumpla. Por eso pudo hablar como si esta descendencia ya existiera.

Este es el testimonio más fuerte que podemos encontrar acerca de cuán inalterables y seguras son las promesas de Dios.

Seguramente, Dios puede ver como realmente son los creyentes aquí en este mundo. También permanentemente tiene que mostrarnos nuestros pecados para que aceptemos siempre la verdad acerca de nosotros mismos. Sin embargo, Dios no *toma en cuenta* nuestros pecados y debilidades para condenarnos. A pesar de que los creyentes entre sí pueden ver que son pecaminosos, Dios no los considera así. Al contrario, Dios nos considera -a nosotros que creemos en él-, según lo que somos en Cristo, como seremos en la eternidad, en el perfecto reino de Dios.

También hoy, Dios llama a las cosas que no son como si fuesen. Debemos recordar esto con seriedad, aunque también es un consuelo para nosotros. Fácilmente nos inclinamos a juzgar al cristianismo y a los creyentes según las experiencias que tenemos de nosotros mismos y entre nosotros aquí en el mundo. Pero el cristianismo y la vida cristiana solamente pueden ser evaluados partiendo de lo que dice la Biblia acerca del reino perfecto de Dios. Aquí en el mundo, nunca llegaremos a ver y experimentar perfectamente qué valor tiene la vida cristiana. Pero aquel día cuando estemos frente a Dios, salvos en su reino, *entonces* lo veremos.

Mientras tanto, también nosotros deberíamos estar seguros, que Dios aún llama lo que todavía no es como si fuese, por causa de su infalible fidelidad, su sinceridad y su amor eterno. Hemos recibido la vida eterna por la fe en Jesús, pero todavía no hemos llegado a la meta. Por eso no debemos evaluar la vida cristiana según nuestras experiencias aquí en el mundo, sino según lo que Dios dice, y él dice que nos considera

ya en el cielo. Así podremos ver lo eterno e invisible, lo cual nos da el punto de vista correcto para evaluar lo que experimentamos aquí en el mundo.

Breve recapitulación

Antes de continuar, es necesario hacer un resumen de lo que hasta ahora hemos estudiado acerca de la fe.

La fe no tiene ninguna importancia de acuerdo a lo que es en sí misma. No es porque el hombre llegue a creer, que puede ser salvo.

La fe, solamente tiene sentido de acuerdo a lo que se apropia. Entonces, depende en quién y en qué se cree. Por lo tanto, lo que salva al hombre no es la fe, sino la fe en Jesús, en la promesa.

Lo que hace a un hombre cristiano, se explica de muchas maneras en el Nuevo Testamento. Pero hay una expresión, una característica, que se usa más que las otras.

“El que cree en el Hijo de Dios” Juan 3:10

“Todo aquel que en él cree” Juan 3:14-16

“El que cree en el Hijo” Juan 3:36

Estos solamente son ejemplos, pero son suficientes para mostrar que aquí indicamos una verdad básica en el Nuevo Testamento.

La fe sobresale, solamente cuando es puesta en contraste con las obras (ejemplo Rom. 5:1).

Fuera de eso, siempre tiene muchas otras expresiones que aquí hemos mencionado. No diremos más de esto ahora. Pero podemos concluir todo con un versículo muy ilustrativo:

En Hechos 3:16: leemos acerca de un hombre que fue sanado. “Y por la fe en su nombre, a éste que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre”.

Esto también podemos aplicar a la salvación misma: por la fe en el *nombre* de Jesús, *Jesús* nos salva.

Por eso, es necesario tener cuidado de no hacer de la fe una nueva obra de la ley o una cualidad en nosotros por la cual podamos ser dignos o estar preparados para recibir la gracia. Entonces estaríamos de nuevo bajo la esclavitud y las obras de la ley, debido a un concepto falso de la fe.

Exactamente esto es lo que hacen muchas almas.

Dicen que no dudan de la fidelidad de Dios ni dudan que Él pueda darles su gracia, *si solamente ellos podrían creer*. Pero no pueden creer. Entonces a ellos, les resulta imposible apropiarse de la gracia de Dios.

Dios no nos dice: “Si crees, también te daré mi gracia”. Sino que dice: “Estoy listo para darte la gracia *en Cristo*. Todo lo prepararé para ti en él. En esto puedes creer. En esto puedes confiar, incluso si te sientes indigno y débil”.

Dios nos invita a creer en sus promesas, y confiar en ellas antes de pensar que uno pueda creer. Como dijo Rosenius:

“¡Tienes que creer en la Palabra de Dios, mucho antes que puedas creer!”.

Tal como eres, y te sientas, puedes utilizar el derecho que Cristo ha dado a los impíos que se arrepientan, agarren las promesas de Dios, y confíen en la salvación de Cristo. Esto es lo característico de la fe.

Todo lo que Dios nos ha dado en Cristo, lo ofrece precisamente a tales personas.

El creyente no puede tener consuelo en su propia fe. Si alguien lo tiene, esto en realidad muestra que no vive con Dios. Porque el que cree, solamente puede ser consolado por las promesas de Dios. Para él, Jesús, es lo primero y lo último. Si tiene angustias, clama a Jesús. Si está feliz, da gracias a Jesús. Bajo todas las circunstancias de la vida, su corazón está inclinado a Jesús.

Por eso con razón se dice: ¡La fe, es que el corazón se incline a Jesús!

Con esto pasamos a hablar acerca de la manera en que debemos creer. Lo cual también, Romanos 4:18-25, lo explica.

Versos 18-25: Abraham es el ejemplo de todos los creyentes, todos los que creen, tienen que creer como él.

Esta porción, la podemos dividir en dos partes:

Primero, una descripción de la fe de Abraham y lo que ésta efectúa, versos 18-22.

Luego hablaremos, porqué Dios nos enseña esto acerca de Abraham y lo que efectúa en nosotros, si creemos de la misma manera que él, versos 23-25.

Los versos 18-19 dicen: “El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años) o la esterilidad de la matriz de Sara”.

La primera expresión escrita acerca de Abraham: “El creyó en esperanza contra esperanza” dice en una frase como creía Abraham y bajo qué condiciones creía.

“Contra esperanza” según el texto griego quiere decir *sin* esperanza, lo cual quiere decir que estando en una situación así, Abraham aún creía en Dios.

Pero ¿Por qué estaba Abraham sin esperanza?

El verso 19 explica que los cuerpos de Abraham y Sara ya estaban como muertos. Era imposible para ellos tener niños. Dios mismo había permitido que el tiempo pasara hasta que llegaron a ser viejos. Para Dios, hubiera sido fácil darles a su hijo Isaac mucho antes, sin embargo, Dios quería que las posibilidades y los recursos humanos dejaran de existir antes de darles a ellos a su hijo Isaac.

Solamente así, era posible que Isaac fuese *hijo de la promesa* (Rom. 9:8); solamente así se puede hablar acerca de la fe; y solamente así podía Abraham ser un ejemplo verdadero para todos los que creen.

Abraham y Sara estaban en una situación en la que no había esperanza. No obstante, a pesar de todo, *Abraham tenía una esperanza: Las promesas de Dios* (verso 20).

El verso 18 se puede traducir de dos maneras diferentes, y difícilmente se puede decir cuál de las dos traducciones es la verdadera o correcta.

Se puede traducir como lo hace la versión Reina Valera: “Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho”.

Pero, también es posible traducir así: “Él creyó en esperanza contra esperanza, en que iba a ser padre de muchas gentes...”, etc.

Según el contexto, vemos que ambas traducciones tienen el mismo sentido. Pero la última traducción probablemente nos da más luz sobre la manera en que Abraham creía.

Estando en una situación, en la cual era imposible que pudiera cumplirse lo que Dios había prometido, Abraham aún confiaba en Dios. Él esperaba que sería padre de mucha gente, conforme a lo que Dios le había dicho. Esto nos muestra claramente, que Abraham realmente esperaba que *el Salvador* vendría de la descendencia que saldría de él. El mismo salvador que también Abraham necesitaba.

De esta manera, el verso 18 es un fuerte testimonio de cómo Abraham mismo fue salvado, confiando en el que iba a venir, es decir en Jesús; confiaba en él a pesar de que aparentemente, según cualquiera no había esperanza.

Los versos 20-22 dicen: “Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia”.

Aquí se dice acerca de Abraham: “Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios”, esto no implica en ninguna manera de que Abraham no tenía dificultades para creer, o que estaba libre de dudas.

Al contrario, Abraham vio, experimentó, y sintió que la promesa de Dios no podría ser cumplida. No debemos dudar que su propia razón le decía, que todo lo que Dios le prometió era algo increíble, en una palabra: que la promesa de Dios no podría ser cumplida. Por Génesis 15-20, sabemos un poco acerca de la lucha de la fe que tuvo Abraham.

Entonces, todo esto implica que Abraham, a pesar de toda la lucha, y a pesar de dudar muchas veces, siempre se *inclinó a la promesa y la mantuvo como palabra verdadera de Dios*.

Lo que vio, experimentó, sintió, pensó y dudó no lo llevó a ser desobediente a la promesa.

Aquí vemos qué es la fe y qué es la incredulidad. La incredulidad no es que el hombre no puede creer ni que tenga dudas. La incredulidad quiere decir que uno no *quiere* creer.

Nótese la diferencia en Juan 3:36: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

Lo contrario de la fe entonces, no es que uno no *pueda* creer, sino que no *quiere* creer.

La incredulidad implica ser desobediente a la promesa, rechazarla y desviarse de ella confiando en otra cosa que no sea la promesa de Dios.

Si el hombre rechaza la promesa de Dios, ya sea por duda o por desobediencia, entonces se volverá un incrédulo.

Pero mientras se incline a la promesa, y se mantenga confiando en ella y esperando en ella, también seguirá creyendo en Dios, a pesar de tener problemas por causa de su intelecto y tenga que seguir luchando contra la duda.

Esto en realidad nos muestra el camino para llegar a ser fuertes en la fe. El que confía en la promesa a pesar de que parece imposible que ésta sea cumplida, -según el

pensamiento humano-, logra que su fe venza sobre la duda y las dificultades. La fe será fortalecida justamente porque uno tiene que creer contra lo que es razonable.

Entonces, lo que hace la fe fuerte es que uno confíe únicamente en lo que Dios ha prometido.

Cosas buenas, esperanzas humanas que la promesa será cumplida, no fortalecen la fe, sino que son las promesas de Dios las que fortalecen la fe, y más que todo la fortalecen, cuando la fe tiene que luchar mucho.

Entonces, la única manera de honrar a Dios es confiar en él y ser consolado por lo que él ha dicho, a pesar de que haya problemas y muchas cosas estén en contra.

Verso 21:

Abraham podía confiar en la promesa, porque creía que Dios cumpliría con su palabra, que era lo suficientemente poderosa para hacer lo que había prometido.

En realidad, ésta es la única base para la fe, es decir, que tomemos en cuenta *la fidelidad y la omnipotencia* de Dios, quien nos dio la promesa y nos dijo que creamos en él.

Verso 22:

Estando obediente a la promesa y consolándose en ella, Abraham mostró que confiaba más en Dios que en sí mismo y lo que veía en sí mismo. Así, confiando en Dios, recibió lo que él le había prometido, llegando a experimentar el cumplimiento de la promesa.

Cuando un hombre cree en algo, al mismo tiempo se lo apropia, y lo apropiado obtiene poder sobre él.

Si crees en Dios, también estarás bajo el poder de Dios y recibirás lo que él te dé. Si no crees en Dios, serás sometido al poder del diablo y estarás bajo su poder, por que la naturaleza del hombre es mala.

Lutero dijo con razón: "Lo que crees, también lo tienes". Podemos añadir también: como crees, así también estarás.

Porque la fe en las promesas de Dios hace que Jesús entre en el corazón, y el pecado esté borrado, como si nunca hubiera existido para Dios.

Justamente esto quiere mostrarnos Dios por medio del ejemplo de Abraham, lo cual también dicen los *versículos 23-24*: "*Y no solamente con respecto a él se escribió*

que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”.

Dios nos muestra la fe de Abraham como una norma para nuestra propia fe. Todo lo que la Biblia dice acerca de Abraham, también nos concierne a nosotros. Lo que experimentó él por su fe, también podemos experimentar nosotros. Bajo las mismas condiciones en las que él creía, también *nosotros* debemos creer.

De la misma manera que venció Abraham, confiando en la promesa a pesar de que parecía imposible que sería cumplida, así también podemos vencer nosotros.

Así, como él dio la gloria a Dios, consolándose en él y confiando en él como un Dios fiel que cumple con su palabra, así también nosotros honremos a Dios confiando en él, considerándolo como el Dios verdadero, todopoderoso y fiel, que no engaña al que viene a su trono.

Como a Abraham le fue contada la justicia, así a nosotros también.

Tenemos la misma Palabra de Dios, la cual nos promete que experimentaremos -como Abraham- que Dios cumple con sus promesas.

Pero es necesario, no dejar que nuestra razón y nuestros sentidos nos dominen, sino solamente la Palabra. Porque nuestro pensamiento siempre opina en contra de ella.

V. 25: “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

En estas palabras encontramos un secreto: Cristo fue enterrado con todos nuestros pecados. *Nuestro pecado fue sepultado con él.*

Jesús resucitó de la tumba habiendo sido declarado justo por Dios. Lo que significa que resucitó libre de nuestro pecado. Este tema últimamente casi ha desaparecido de la predicación. No cabe duda de que con esto hemos perdido algo muy importante. No podemos predicar un evangelio completo sin mencionar esta verdad de alguna manera. Es imposible.

Todo el peso de nuestro pecado fue puesto sobre él, por eso le era necesario ser declarado libre de toda esa carga.

Esta verdad nos ayuda mucho cuando estamos frente a hermanos afligidos y preocupados por sus pecados. Muchas veces el desánimo y la tristeza por “todo el peso y el pecado que nos asedia” (Heb 12:1), se va al escuchar que Jesús lo dejó todo en la tumba.

La resurrección de Jesucristo testifica, entre otras cosas, que el pecado no tiene ningún derecho de perturbarme y acusarme, porque ya está en la tumba. La Biblia afirma que la muerte no podía retener a Jesús. Él resucitó sin pecado y Dios lo declaró justo. Por eso sabemos que todos nuestros pecados se quedaron en el sepulcro.

Ya vimos que los versículos 3:21-31 nos han enseñado sobre *la justificación* por la fe, con énfasis en lo que Dios hizo. El mismo tema está desarrollado en el capítulo 4 pero subrayando *la fe*. Ahora llegamos a la parte 5:1-11, que es una conclusión de lo anterior. Esta sección enfatiza el resultado de la justificación; fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Jesucristo, aun cuando éramos débiles, impíos, pecadores, y enemigos suyos.

3. El significado de la justificación por fe

5:1-11

Sin entenderlo, cuando uno ha llegado a la fe, comienza a desear lo bueno, esto es algo que viene como una consecuencia de una nueva relación con Dios. Asimismo, comienza a sufrir bajo la esclavitud de la carne. Es decir, comienza a pensar y a preguntarse de la siguiente forma: “¿Cómo puedo yo creer que tengo la gracia de Dios, si no puedo experimentar algo en mi corazón?” Uno comienza a pedir a Dios que él nos haga experimentar la salvación. Pero no se experimenta nada; y así es porque uno solamente está contando con lo que Dios debería hacer en nuestro corazón en vez de contar con Jesús mismo. Como señalamos anteriormente, cometemos el error de que hacemos de las consecuencias de la fe, la base y la condición para la fe.

¡Es necesario evitar este error! Y lo lograremos, si leemos cuidadosamente y creemos lo que dice **Romanos 5:1**, acerca de cómo llegar a tener una buena relación con Dios.

Con cierto énfasis este versículo nos dice que todo aquel que cree en *Jesús* tiene una verdadera y buena relación con Dios, a pesar de lo que uno es en sí mismo. Porque solamente Jesucristo es la base de la salvación.

¡Tomemos en cuenta, que la expresión “por medio de Jesucristo”, está escrita muchas veces en este capítulo! Así se escribió para que entendamos que Dios solamente cuenta con Cristo y que nosotros con respecto a este asunto, quedamos afuera.

Entonces, la consecuencia principal de recibir el perdón de los pecados es tener una buena relación con Dios. El pecado entre nosotros y Dios es quitado. No hay nada que nos separe de él, nada que obstruya, sino que todo está despejado y abierto. El que cree en Cristo tiene la complacencia de Dios, y Él le considera como si fuera puro y digno como Cristo mismo. Todo esto lo tenemos por nada, sólo por causa de Cristo. Es algo que no merecemos.

Entonces, la consecuencia básica de la justificación es que el creyente tiene una verdadera y buena relación con Dios. De esta consecuencia principal también se desarrollan todos los otros efectos en la vida cristiana. Así es, porque todos los que obtuvieron una relación correcta con Dios, también tendrán una relación verdadera y buena en otros aspectos de la vida. De igual manera, para los que no tienen una relación buena con Dios, les falta lo más importante para tener una vida bendecida por Dios.

De la nueva relación con Dios viene *primeramente* la situación de *estar en paz con Dios*. El nuevo testamento habla mucho de estar en una situación nueva con relación a Dios, en la cual todo está en orden entre Dios y nosotros, como por ejemplo en Efesios 2:14-17: “Porque él [Cristo] es nuestra *paz*, que de ambos pueblos [Israel y los gentiles] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo *la paz*, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció *paz* a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca”.

“Tener paz” y “hacer la paz” se refiere aquí a un pacto entre dos partes, entre Dios y el hombre, establecido por Dios, donde hay armonía y perfecta paz, a pesar de que estas dos partes estuvieron antes en enemistad.

Esta nueva situación *también* se caracteriza porque tenemos *paz en nuestro corazón*. De esto habla Filipenses 4:7: “Y la *paz* de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros *corazones* y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. Jesús mismo habló de esta paz, cuando dijo a sus discípulos: “*La paz* os dejo, *mi paz* os doy; yo no os la doy como el mundo la da, no se turbe vuestro *corazón*, ni tenga miedo”.

Esto es “tener paz con Dios con una buena conciencia”. Y significa tener un corazón que descansa en Jesús porque tiene certeza de ser un hijo de Dios.

Existe una relación interna entre, “estar en paz con Dios” y “tener paz en la conciencia”. Donde hay paz *con Dios*, también existe paz *en el corazón y en la conciencia*. Lo segundo es una consecuencia y un resultado de lo primero.

Aunque hay una estrecha relación entre estas expresiones, y no debemos separarlas, tenemos que discernir entre las dos. La causa y el efecto no es lo mismo. Si no discernimos entre causa y efecto, podemos equivocarnos y considerar la paz en el corazón como un requisito para tener la certeza de nuestra salvación. Y eso es lo mismo que no confiar en las promesas de Dios y la salvación en Jesucristo, estableciendo una seguridad fundada en nuestras emociones.

Concluimos entonces, afirmando que tenemos paz para con Dios *por medio de nuestro Señor Jesucristo*. El pecado que había entre nosotros y Dios, fue quitado. No hay ninguna barrera, Jesús abrió un camino al cielo. Todo está en orden, mediante la reconciliación en Jesucristo.

Ahora, la Palabra nos muestra algunos otros efectos de esto:

Vers. 2a: “Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes”.

Aquí se habla acerca de una “entrada” que un creyente “ha recibido”, y que nunca se le cerrará mientras crea en Jesús.

Con esto, la Palabra nos muestra dos realidades fundamentales en la vida de un cristiano.

En primer lugar, no recibimos la gracia por causa de nosotros mismos, sino por causa de Jesús.

El hombre no puede ser digno de recibir la gracia de Dios. No debemos pensar que Cristo hizo hasta donde era su deber para salvarme, y que a mí me queda algo por hacer, lo cual tengo que cumplir para ser digno de recibir la gracia.

No, como la salvación misma está en Jesús, así también podemos recibir salvación solamente por causa de Jesús.

Lutero pregunta así: “¿Por qué hablas tanto acerca de tu indignidad mientras Dios no te ha preguntado por dignidad?” Y también, Jesús mismo en “la parábola de la fiesta de Bodas” (Mateo 22:1-14), nos muestra claramente quién es digno y quiénes no son dignos. “Los que fueron convidados no eran dignos”, dice Jesús, *acerca de los que no querían escuchar y recibir*. Pero todos los que *escucharon y recibieron* podían venir y entrar, sea quien sea.

Por eso, la dignidad no está en nosotros mismos, sino que depende de nuestra relación con el Evangelio acerca de Jesús.

Como la entrada a la gracia de Dios, está solamente en Cristo Jesús, solamente los que le reciben a él pueden ser dignos. Ningún otro. El recibir a Cristo es lo mismo que admitir que se lo necesita, y recibir a Cristo es también recibir la promesa acerca de él *por nada*.

Si, por el contrario, uno quiere obtener la gracia por algo, por ejemplo, por sus oraciones, su seriedad, su remordimiento, su obediencia o cualquier otra cosa, no obtendrá la gracia.

Esta verdad es, como antes dijimos, una locura y un tropiezo para nuestro pensamiento humano y religioso (Rom. 9:30-33). Por otro lado, es una realidad bendita para los que sienten el juicio de Dios en su conciencia y están frente a Dios sin poder excusarse y defenderse por sus pecados.

Es el deseo de un cristiano confesar lo siguiente: Si no fuera por Cristo, y si no fuera por la gracia que él me da por nada, nunca habría podido recibir esta gracia.

En verdad, por Jesucristo hemos recibido la entrada a la gracia.

Con esto, llegamos a la segunda realidad fundamental que nos muestra este versículo:

La entrada a la gracia que hemos recibido en Jesucristo, la conservaremos si nos quedamos en esta gracia.

Realmente tenemos una entrada perpetua y constante a la gracia en la cual ahora estamos.

¡En realidad no podemos sobrevivir como cristianos sin tener esta entrada!

En primer lugar, es necesario que nuestra relación con Dios siempre se renueve, porque nuestra relación con Dios no es automática o mecánica, sino *personal*. Todas las relaciones personales tienen que ser renovadas.

La renovación de nuestra relación con Dios se lleva a cabo de la misma manera por la que comenzó a existir: ¡Por la fe en Jesús!

Pero no solamente por eso es necesario que tengamos una entrada perpetua por la fe a la gracia en la cual estamos.

También la necesitamos, porque enfrentamos tantas situaciones difíciles en la vida cristiana, que podríamos desfallecer si no tendríamos entrada a esta gracia.

Todos los cristianos experimentarán horas cuando parece que su relación con Cristo está destruida. En aquellos momentos, solamente podrá ayudarles la promesa que tenemos en Cristo, que solamente por él tenemos entrada a la gracia en la cual estamos.

Tales situaciones pueden presentarse por muchas causas. Por ejemplo, pueden venir por nuestra propia culpa. Si uno está siendo desobediente al Espíritu de Dios, no resistiendo cuando es tentado, o si uno deja de leer la Biblia, o deja de recibir la Santa Cena, o si deja de reunirse con los demás creyentes, también poco a poco será negligente y débil como cristiano. Y cuando nuevamente despierte su conciencia, se sienta condenado y se pregunte: ¿Tengo aún la gracia de Dios? En aquellos momentos solamente le ayudará la entrada a la gracia que hemos recibido en Jesucristo.

Pero también pueden presentarse otras cosas en la vida que logran que el creyente crea que ya no puede ser aceptado por Dios. Por ejemplo, al ser tentado fuertemente, y no poder resistir a la tentación a pesar de luchar, orar y usar de los medios de gracia.

También, a veces Dios nos quita la gracia y la paz que sentimos y experimentamos en nuestro corazón, de tal forma que nos sentimos fríos y muertos en nosotros mismos.

También es posible que alguno, por otras causas, esté en una situación difícil, algo que no se debe a su relación con Dios, como, por ejemplo: enfermedades prolongadas, cansancio, o problemas psicológicos.

Tales cosas, pueden fácilmente ocasionar al hombre crisis nerviosas. Puede llegar a estar deprimido y desanimado, pierde el deseo de trabajar y tiene aversión a todo lo que le exige algo.

Esto realmente no se trata de un estado espiritual, sino psicológico. No obstante, influye en la situación espiritual de un creyente.

Por medio de tales experiencias, muchos cristianos llegaron a tener grandes problemas espirituales.

Puede haber diferentes causas, pero todas pueden lograr que el creyente crea que ya no puede ser más un cristiano. En aquellos momentos él sabe solamente una cosa. Necesita realmente *la gracia*, está totalmente listo y dependiente de recibir toda la gracia por nada, así como la primera vez que acudió a Jesús.

Rom. 5:2 nos muestra con claridad que *Dios ha contado con esto*, por eso nos dio la oportunidad de recibir siempre la gracia por medio de Jesucristo, es decir, recibir su justicia y salvación.

Si Dios no nos hubiera dado esta entrada, no sería posible obtener la salvación aquí en este mundo malo.

Pero ahora Dios, arregló todo de esta manera para que todos los que crean, siempre puedan vivir en base a la justicia de otra persona, y bajo la responsabilidad de esta otra persona.

Cuando tocamos estas cosas en la predicación decimos normalmente: "Puedes acudir a Jesús como acudiste la primera vez". Aunque la intención de predicar así está bien; no obstante, no es una buena manera de expresarse. Para muchas almas honestas, su situación empeora cuando escuchan tales palabras. Así es, porque en realidad es imposible para un cristiano acudir *de nuevo de la misma manera* en que acudió la primera vez. Todas las cosas le parecen distintas, experimenta todas las cosas de una manera nueva, diferente a lo que experimentó la primera vez. Es necesario recordar que la manera en que fuimos a Jesús no es lo importante, porque la condición que nos permite ir es siempre la misma. Por *Jesucristo* recibimos todo por nada. Lo cual implica que podemos venir a él, y que él nos *recibe*, como nos recibió la primera vez que acudimos.

¡Por eso, no hay porqué estar desanimado, a pesar de sentir que ya no hay esperanza!

Porque Dios mismo nos dio una entrada perpetua a la gracia, en la cual estamos por causa de Jesucristo, esta entrada no será cerrada. Es seguro que el que utiliza esta entrada será salvo.

Por eso en Rom. 5:2b la Palabra continúa diciendo: “Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.

Antes, ya mencionamos que un cristiano no tiene porqué gloriarse en sí mismo. Tampoco puede jactarse de lo que Dios efectúa en él o por lo que Dios hace por medio de él.

¡Pero en realidad tenemos algo de lo cual podemos gloriarnos, que es mucho más grande que estas cosas!

Tenemos el derecho de jactarnos de una gloria perfecta. Porque él que tiene a Cristo como su salvador vendrá a la gloria del cielo. Dios mismo quiere que nosotros le creamos y lo tomemos en cuenta, y aún quiere que nosotros nos gloriemos en esta esperanza.

Entonces, debemos gloriarnos por lo que tenemos en Cristo. Realmente el gloriarse de la gloria de Dios es el mejor remedio para vivificar nuestro Espíritu, vencer las tentaciones y al viejo hombre.

Muchos dicen que tienen temor de engañarse a sí mismos. Dicen: “Tengo el deseo de gloriarme de la esperanza en Cristo, pero no lo puedo hacer por temor”.

Los que así piensan, tienen que preguntarse a sí mismos, porque pueden confiar más en sus propios sentidos, que en Jesucristo y lo que Dios nos da en él.

Una ayuda para los que tienen estos problemas es leer lo que dice Juan 17:22: “La gloria que me diste, yo les he dado”.

Aquí, Jesús dice que la gloria que él tiene de su Padre Celestial, también la dio a todos los que creen en él. Esta gloria, es la misma gloria que tiene el Hijo, unigénito del Padre (Juan 1:14).

Ser cristiano no consiste en que Dios está mejorando nuestra vieja naturaleza. Porque, por causa del pecado somos totalmente pecaminosos, por esto, no tenemos ningún derecho frente a Dios.

Pero Dios nos da un derecho *nuevo*. Es decir, los derechos que tiene el Hijo de Dios. Con este derecho de adopción también tenemos derecho a ser herederos de la gloria de Dios (Rom. 8:17).

Utilizar este derecho, es lo que nos hace cristianos, es decir que llegamos a la gloria de Dios.

Juan 17:24, dice: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Usar este derecho que tenemos en Cristo, y gloriarse de la esperanza de la gloria de Dios es según lo que dice la Biblia, lo mismo que hacer la voluntad de Dios.

Por eso la esperanza que tenemos en Dios de llegar a la gloria, es firme y segura como son firmes y seguras las promesas de Dios.

Si ahora resumimos lo que dice Romanos 5:1-2, vemos que la fe en Jesús da al hombre todo lo que necesita.

En *primer* lugar, para que esté en una buena relación con Dios, en *segundo* lugar, le da lo que necesita para poder vivir bien y correctamente con Dios, y en *tercer* lugar le da lo que necesita para poder llegar a entrar al Reino de Dios.

¡Estas cosas realmente son grandes! En breves palabras, son todas las cosas que uno necesita en cuanto a su relación con Dios.

Y todo esto lo recibimos por nada, estando en Jesucristo no se nos pregunta lo que nosotros debemos hacer y ser.

Pero creyendo en Jesús no solamente recibimos lo que necesitamos para tener una buena relación con Dios (v.3), porque por la fe tenemos también todo lo que necesitamos para enfrentar todas las cosas que experimentamos aquí en este mundo.

Vers. 3-5: “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, prueba; y la prueba esperanza, y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

“Tribulación” significa todo lo que le trae al cristiano dificultades y problemas en el camino de la vida. Puede ser desventura, sufrimientos, dificultades y más que todo, tentaciones.

Para el hombre natural y para el que practica una falsa espiritualidad, es fácil creer que tiene paz con Dios, y probablemente no experimentarán problemas en su vida.

También, muchos dicen que los cristianos que experimentan muchas pruebas y problemas no son buenos cristianos. Se imaginan que los cristianos fuertes no deben sufrir.

Pero aquí, la Palabra dice lo contrario a lo que piensa y desea el hombre natural. Por el contrario, dice la Palabra aquí, que el cristiano *se gloria* en las tribulaciones.

Es muy peligroso pasar por alto esta verdad, porque es una verdad que nos da bastante ayuda y consuelo cuando la tomamos en cuenta. Por eso veamos esto en otras dos citas de la Biblia:

Santiago 1:2-3: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia”.

1 Pedro 1:6-7: “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”.

Muchos cristianos piensan que es muy extraño hablar así. ¿Cómo puede uno estar alegre en las tentaciones, y gozarse en las aflicciones y en las tribulaciones?

El creyente puede estar contento bajo estas condiciones, porque *sabe* algo acerca de las tribulaciones, según lo que dice Rom. 5, sabe lo siguiente:

Las tribulaciones en un creyente, producen *pacencia*.

La paciencia aquí, no solamente quiere decir paciencia en el sentido común de la palabra. Sino que tiene un sentido especial, significa: Firme, perseverante y paciente en la fe, es decir que se inclina constantemente a las promesas de Dios y usa estas promesas.

Para un cristiano, todas las dificultades y problemas en la vida le hacen siempre más dependiente de las promesas de Dios.

Porque cuando aumentan los problemas y las tribulaciones, tiene que acostumbrarse a confiar en las promesas de Dios. Así, las tribulaciones producen paciencia y perseverancia en la espera de la ayuda de Dios.

Esta paciencia, que siempre confía en las promesas de Dios, produce una mente probada. Es decir, una mente que ha experimentado que sus promesas son firmes.

Porque, cuando todas las cosas fracasan, el creyente tiene que esperar solamente en la Palabra, y experimentar que Dios cumple con lo que ha prometido.

Tales experiencias, (de que sus promesas son verdaderas), producen *esperanza*. Si uno ha experimentado que la promesa es confiable en cuanto a algunas cosas, también creerá que todas las promesas de Dios siempre son firmes y seguras.

Por eso, el que se gloria en la esperanza de la gloria de Dios (v.2), también tiene que gloriarse en las tribulaciones (v.3). Cuando nos gloriamos en “la esperanza de la gloria de Dios”, experimentaremos que las tribulaciones producen paciencia. Porque estamos en las manos de Dios en cualquier situación de la vida. La promesa de la cual el creyente se gloria está arraigada en su corazón, y *no avergüenza* (v.5), o sea: “La esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado” Así es, porque la promesa está fundada en el amor y la misericordia de Dios.

Por eso, todas las tribulaciones logran que uno experimente el amor de Dios, y que también experimente que sus promesas permanecen firmes aún cuando otras cosas fracasan.

Un cristiano que sabe esto acerca de las tribulaciones y lo toma en cuenta, tiene que gloriarse en ellas.

La fe en Jesucristo produce un *nuevo nacimiento*. Porque el amor en el cual cree está derramado en su hombre interior.

Mencionaremos en este contexto solamente una cosa más: *Ser libre de la condenación de la ley siempre le da al hombre parte con el Espíritu Santo*.

Muchos hombres no ven esta verdad. Al contrario, luchan con sus propios recursos para obtener al Espíritu Santo, por eso tienen problemas y angustias.

Aquellos hombres necesitan la verdad que la Palabra nos enseña aquí. Para hacerlo más claro, comparemos esto con otro texto de la Biblia, Gálatas 3:13-14, que dice lo mismo, pero, con otras palabras: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero. Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, *a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu*”.

¡No se puede decir esto de forma más clara y sencilla! Por confiar en Jesús (no por trabajar y confiar en uno mismo), el Espíritu Santo es derramado en nuestros corazones.

El que cree en Jesús, no está más, bajo maldición, *sino bajo bendición*, porque Cristo quitó la maldición bajo la cual estábamos por causa de nuestros pecados.

Este tema se desarrolla más en los siguientes versículos.

Rom. 5:6-11: *“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”.*

Estas palabras, nos muestran que la promesa de Dios para el creyente es firme e infalible. Y también nos enseñan porqué el creyente puede gloriarse en las tribulaciones.

Todo depende del amor de Dios, que se reveló fuera de nosotros e independientemente de nosotros, por medio de la reconciliación de Jesucristo. Esto lo veremos aún más claramente, si tomamos en cuenta lo que dice el texto griego.

Con fuertes expresiones, dice que un cristiano puede gloriarse en las tribulaciones y esperar en Jesús, porque Cristo murió por nosotros mucho tiempo antes de que fuéramos justificados y llegáramos a creer en él.

El razonamiento de estos versículos es muy claro. Dios reveló su amor hacia nosotros, y también cumplió con la salvación por nosotros cuando nosotros éramos débiles, (es decir no podíamos ser justos). Esto lo hizo, cuando éramos impíos (ver. 6), pecadores (ver. 8) y enemigos (ver. 10), es decir, mientras estábamos en contra de Él, siendo sus enemigos y queriendo hacer lo que está en contra de su voluntad, aun así, Cristo murió por nosotros. Entonces también es seguro que el que cree en Jesús, que ya ha recibido esta salvación, también recibirá la gloria perfecta. También es seguro que Dios aquí en este mundo, cumplirá sus promesas a los creyentes.

Si Dios mostró su fidelidad con los impíos y los enemigos del evangelio, entonces cuanto más evidente hará esta fidelidad a los que por la fe son justificados, a los que le pertenecen.

Por eso, la esperanza de un creyente y las promesas de Dios no dependen de algo que exista en el creyente mismo. Aquí no se pregunta por nuestra dignidad ni se pregunta si nuestra vida cristiana está bien o mal. Solamente se pregunta por lo que Dios nos dio en Cristo, y que permitamos que el amor de Dios trabaje en nosotros.

De nuestra parte, solamente es necesario confiar en lo que Dios mismo dice acerca de su amor revelado en Cristo, y este amor siempre es afectuoso hacia nosotros en Cristo.

Como ya hablamos acerca de la muerte de Jesús, y lo que significa por nosotros en relación con el capítulo 3 y 4, ya no es necesario que hablemos acerca de los detalles de este párrafo.

Aquí, lo necesario es que expliquemos las cosas fundamentales de este texto. Lo cual podemos hacerlo, citando una frase del tema de la Epístola de los Romanos: *“El justo por la fe vivirá”* (1:17).

Romanos cap. 5, pone bastante énfasis en este asunto. Por eso podemos titular a todo el capítulo: *“Libres de la muerte”*.

El que cree en Jesús, no puede morir. No puede perderse. A pesar de que un cristiano sienta los efectos de la muerte en su propio cuerpo, éste aún está vivo por causa de la justicia de Cristo (Rom. 5:8-10).

En principio está libre del poder de la muerte que aún está en su vieja naturaleza. También está en el camino a la gloria del perfecto reino de Dios.

Para poder entender esto más claramente, subrayaremos dos verdades principales que encontramos en estos versículos que ahora estamos estudiando.

La primera verdad, la encontramos en el vers. 8: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Aquí, el verbo “mostrar” está en presente. Es decir, Dios *muestra* su amor hacia nosotros. No está en pasado, lo cual quizás nos llevaría a pensar, que se trataría de una realidad que fue hecha una vez hace mucho tiempo. La Biblia usa el tiempo presente en este caso, para mostrarnos una verdad bendita e importante. Es decir: Por causa de la muerte de Jesús, Dios siempre nos ama.

Dios nos trata con un amor constante. Siempre seremos objetos de su amor por causa de lo que ocurrió en el Gólgota.

Por eso, cuando el Espíritu Santo nos habla del amor de Dios, siempre nos revela el sacrificio de Jesús en la cruz.

También, por nuestra fe en este sacrificio, el Espíritu derrama el amor de Dios en nuestros corazones, como dice el vers. 5.

La segunda verdad que señalaremos es la que encontramos en los vers. 9-10:

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

El que está justificado por fe, también está a salvo de la ira, y será salvo en el día del juicio, por *Jesucristo*. Porque como indicamos antes, “ser salvo” en el N.T. quiere decir entrar al perfecto reino de Dios.

El vers. 9, más que todo, nos muestra la consecuencia de creer en la reconciliación de Jesucristo: estamos justificados en su sangre.

El versículo termina con: “por él seremos salvos de la ira”. Por causa de la reconciliación seremos salvos de la ira y podemos esperar el día del juicio sin temor.

Aquí, en versículo 10, tenemos una explicación más profunda. Es cierto que seremos salvos *por su sangre*, es decir: *por su muerte*. Pero hay una cosa más: también seremos salvos *por su vida*.

¿Qué quiere decir esto? ¿Se refiere a la vida de Jesús en el mundo, o se refiere a su vida en el cielo a la diestra del Padre?

Dios nos dio a su Hijo para nuestra salvación. Esto implica, que toda la vida de Jesús, tanto aquí en el mundo, como en el cielo, fue dada a nosotros. Como aquí, la Palabra habla acerca de lo que significa la vida de Jesús para la salvación de los que creen en su muerte, sería natural creer que aquí la Biblia habla acerca de la vida de Jesús en la diestra del Padre, en el cielo, después de la resurrección.

Con esto, llegamos a una de las verdades más fundamentales en el N.T., esta se trata, acerca de nuestra vida como cristianos después de nuestro arrepentimiento. Nosotros que creemos en Jesús llegaremos a la salvación y al cielo *porque Jesús vive por nosotros en el cielo*.

¡No hay ninguna otra cosa que pueda dar mayor consuelo al cristiano en su vida diaria, como esta verdad!

Por eso estudiaremos algo más de esto, a la luz de otros textos del Nuevo Testamento, que hablan al respecto.

Las citas más importantes acerca de esto, las tenemos en: Efesios 2:4-7, Hebreos 7:24-25, 1 Juan 2:1-2 y Juan 16:7-10.

En Efesios 2:4-7 leemos: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”.

Aquí, la Biblia dice claramente que fuimos sentados en el cielo porque Jesús está sentado en el cielo.

¿Cómo está Jesús sentado en el cielo? No solamente como el propio Hijo de Dios. Existe una diferencia entre su puesto antes de descender a la tierra y después de la ascensión.

El Hijo de Dios es eterno. El es verdadero Dios para siempre. Además, subió al cielo como verdadero hombre. Y después que fue hombre nunca dejó de ser hombre. Por eso, tampoco dejó su obra como vicario. La reconciliación fue terminada una vez y para siempre (Hebreos 9:26), pero la obra de Jesús como vicario continúa siempre. Esto implica, que el propio Hijo de Dios ahora está a la diestra del Padre, también como *hombre*, como un hombre que pagó por nuestros pecados, y que los ha quitado delante de Dios, y además, que cumplió con todas las exigencias de la ley en vez de nosotros.

Jesús está ahora sentado a la diestra del Padre como un *hombre perfecto*. Como hombre, ganó el derecho a la gloria eterna, pero esto lo hizo en lugar de todos los hombres. De esta manera, Cristo está presentándose permanentemente frente al Padre por nosotros (Hebreos 9:24). El mismo, el propio Hijo de Dios, está frente a él, en nuestro lugar, tal como nosotros deberíamos ser, perfectos y sin pecado.

Nótese entonces que Efesios 2:7, nos muestra que el propósito de Dios era hacernos sentar en el cielo.

Ahora Dios, en los siglos venideros nos mostrará las abundantes riquezas de su gracia por causa de Cristo.

Mientras un cristiano está aquí en el mundo, siempre puede tener la gracia de Dios, porque está sentado en el cielo en Cristo. Puede vivir con Dios y recibir todo de él por causa de *la vida de Jesús* a la diestra del Padre.

Hebreos 7:25 nos lo muestra aún más claro: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

También, en este versículo, el verbo acercar (según el griego), está en tiempo presente. Entonces, Cristo puede salvar completamente a los que *por él se acercan a Dios*. No está escrito en tiempo pasado, como si se tratara de los que anteriormente se hubieron acercado a Dios. Porque acercarse a Dios por Cristo, es algo que un cristiano siempre tiene que hacer mientras viva aquí en el mundo.

Según el texto griego, Jesús *está presentándose* frente a Dios por nosotros. Lo cual implica que *Jesús* se presenta como nuestro Mediador y nuestro representante personal.

De esta forma, si un cristiano continúa siempre creyendo en Jesús, será perfectamente salvo. Jesús se presenta a sí mismo frente a Dios, como la persona responsable -en nuestro lugar. Al presentarse así, también *está orando* por los creyentes. Y Dios cumple con lo que Jesucristo le pide.

Esto nos muestra claramente que todos los creyentes serán salvos *por la vida de Jesús*.

Continuemos comparando, ahora lo haremos con 1 Juan 2:1-2: “Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

Lo que con mayor probabilidad puede quitar la sinceridad de un cristiano y ser un obstáculo para que continúe creyendo en Jesucristo, es el pecado que comete después de ser creyente.

La primera Epístola de Juan no excusa el pecado de ninguna manera, nos dice que lo más peligroso para un cristiano no es el hecho de que caiga en pecado, sino que, por el pecado se pueda desviar de la verdad. Para ayudarnos, para que no nos alejemos de la verdad, se escribieron los versículos que recién leímos en 1 Juan.

No hay porqué excusar y eludir el pecado, al mismo tiempo, no hay porqué perder el ánimo y desesperarse por causa del pecado, porque tenemos un abogado para con el Padre. Este abogado es el mismo salvador que expió nuestros pecados.

¿Entonces, qué quiere decir aquí, abogado?

En el N.T. se usa esta expresión refiriéndose tanto al Hijo de Dios como al Espíritu Santo.

Jesús dice que el Espíritu Santo es el “segundo abogado” (del Gr. Parakletos = abogado, consolador). Jesús, es el “primer abogado” (1 Jn. 2:1).

De esta forma, resulta que, dos de las tres personas que son Dios (la Trinidad), se denominan abogados. Por eso, es importante que entendamos qué significa ser abogado en el sentido bíblico. Es necesario que la Biblia misma nos explique esto.

En la Biblia traducida al castellano, se usa la palabra “consolador”, que se refiere a lo mismo. De esta forma, esta traducción nos da a entender algo más acerca de lo que quiere decir esta palabra, pero no nos lo dice todo. Es necesario que entendamos bien qué es ser abogado, porque nos ayudaría también a entender mucho mejor algunos pasajes del NT.

El “abogado” o “consolador” en griego es *parakletos*, y en realidad quiere decir “llamado”. Pero acá no podemos traducir así esta palabra porque no podríamos saber qué significado tendría. Para poder entender bien el sentido de esta palabra usaremos una ilustración: Un hombre que se está ahogando, grita: ¡Socorro! Entonces, alguien viene corriendo para ayudar, entra al agua y salva a esta persona. Según el término bíblico, el que vino a salvar al hombre que se ahogaba puede denominarse, “llamado”.

En el nuevo testamento el abogado o el consolador es una persona que está llamada a salvar a otra persona. El que llama es el Dios Padre. Los que son llamados son los abogados. El Hijo de Dios y el Espíritu Santo.

Esto en realidad pertenece al plan de Dios, un plan que él hizo antes de que fuera creado el mundo.

El Hijo está llamado para estar en *nuestro lugar* frente a Dios. El Espíritu Santo está llamado para vivir en *nuestro corazón*.

Entonces, Jesús vive en el cielo, para interceder delante del Padre, porque él es el responsable de todos nosotros. Nótese como la Palabra aquí, dice que él es “el justo”. Esto implica que él es el único que es justo. Pero su justicia, vale para nosotros.

Si nosotros pecamos, él es justo en nuestro lugar. Por eso, podemos obtener gracia y perdón de nuestros pecados y estar en permanente comunión con Dios.

Pero, no olvidemos que la Palabra también dice aquí, que la justicia de Jesús vale para todo el mundo. También para *los gentiles*. Por eso los paganos, tienen el derecho de recibir el mensaje acerca de Cristo por medio de nosotros.

También veamos lo que Jesús dice en Juan 16:7: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”.

Jesús fue al Padre, lo cual también implica que él (Cristo) puede mandar al Espíritu Santo a todos los que creen en él.

Tener al Espíritu Santo en nuestro corazón, no depende de algo que podamos hacer o ser nosotros. Esto también depende solamente del hecho de que Jesús es nuestro abogado para con el Padre.

Con relación a la tarea de convicción que el Espíritu Santo obra en nuestro corazón, Jesús dice, que él (el Espíritu Santo), convencerá a la gente, acerca: “de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más” (vers. 10). Entonces, la convicción del Espíritu acerca de justicia tiene como fin explicarnos lo que tenemos en Jesús quien está sentado en el cielo por nosotros.

Existen también muchos otros textos en el Nuevo Testamento que hablan acerca de esto. Ej. Col. 3:1-4. Pero ya vimos suficiente para entender lo que está dicho en Rom. cap. 5: que todos los que creen en Jesús, serán salvos.

¡Esto también es suficiente para darnos a entender que aquí tocamos una verdad básica!

Tanto como es necesaria la doctrina acerca de la obra vicaria de Jesús para hacernos cristianos, así también es necesaria esta misma doctrina para poder *vivir como cristianos*.

El cristiano que no toma en cuenta la vida de Jesús a la diestra del Padre no puede ser valiente ni obtener la seguridad de salvación ni recibirá poder en su vida. Posteriormente, en el capítulo 6 veremos que esta verdad es decisiva para que podamos luchar contra el pecado y el viejo hombre.

Lamentablemente así es, porque el cristiano que no toma en cuenta lo que Jesús hace por él, necesariamente fundará su vida cristiana en los *efectos* de la *gracia misma*.

En breves palabras: lo que Jesús es, somos también nosotros. Lo que Jesús tiene frente a Dios también lo tenemos nosotros. Desde el punto de vista de Dios, solamente vale lo que Jesús es, y lo que somos nosotros *en él*.

Por eso, esta porción termina con el vers. 11, que dice: “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro, Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”.

Esto es lo más grande que se puede decir acerca de un creyente: ¡Tiene el derecho de gloriarse *en Dios* por Jesucristo!

4. La base de la justificación y su propósito.

Cap. 5:12-21

La enseñanza de la carta a los Romanos acerca de la justificación termina aquí con unos versículos maravillosos, que nos muestran la base de la salvación, y su propósito. Esto lo hace, a través de una comparación histórica entre Adán y Cristo y nos revela qué significa esto para la raza humana.

Podemos dividir este texto en cuatro partes:

Vers. 12-14	La igualdad entre Adán y Cristo.
Vers. 15-17	La diferencia entre Adán y Cristo.
Vers. 18-19	Un resumen de lo que significa Adán y Cristo para la raza humana.
Vers. 20-21	Lo que significa la ley en la revelación de la salvación.

La igualdad entre Adán y Cristo, Rom. 5:12-14

“Por tanto, como el pecado, entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir”.

La primera frase, “por tanto” nos guía a lo fundamental de este texto. Se refiere a los versículos anteriores y el sentido es muy claro.

La obra salvadora de Jesús, como dicen los vers. 1-11, tiene grandes efectos para los creyentes. Cristo, de una manera sobreabundante ha arreglado lo que produjo el pecado. Esto prueba, que Jesús tiene una importancia para la raza humana que es de similar magnitud a la que tuvo Adán.

Tanto Adán como Cristo, provocaron *un efecto, del uno a los otros*. Es decir, lo que vale para el uno, también vale para todos los hombres.

Así pues, Adán y Cristo son individuos centrales para la raza humana. La igualdad entre ellos consiste en que ambos son vicarios para todos los demás hombres, esto a pesar de que el efecto de su obra vicaria resulta en cosas totalmente opuestas como dice el vers. 15-17.

Los vers. 12-14, solamente hablan acerca de lo que significa Adán para la raza humana. Aquí, no se habla acerca de lo que Cristo efectuó para la humanidad, porque se explicó claramente en la porción anterior, en los vers. 1-11. Por eso el enfoque está ahora en la *importancia* que tiene Adán para la raza humana.

Justamente la Palabra nos muestra el alcance de la caída de Adán en pecado. *¡Porque solamente cuando entendemos el pecado de Adán, podemos entender el alcance de la obra salvadora de Cristo!*

Con esto, la Palabra de Dios por medio del apóstol Pablo, nos presenta una *realidad acerca de nosotros, los hombres*, de la que nadie puede escapar. Se trata de una realidad tan seria y tan profunda, que todos los hombres deben verla y aprender lo que es realmente la vida humana: *Ser hombre, puede ser lo más desesperante de todo, o ser lo más maravilloso y bueno que todo.*

El vers. 12, comienza mostrando que el pecado entró al mundo por un hombre. Según el vers. 14 vemos que se refiere a *Adán*. En 2 Cor. 11:3 y 1 Timoteo 2:14, nos muestran que Eva fue quien cometió pecado primero.

Es cierto que Eva pecó primero, pero Adán era el responsable frente a Dios. Aquí se subraya que *Adán* era un *vicario* (sustituto) para toda la raza humana.

Porque él pecó, todos los hombres serían pecadores. Como el pecado siempre produce muerte, todos los hombres *tendrían* que morir. Porque por causa de la caída de Adán, todos los hombres fueron sometidos al poder y señorío de la muerte.

Después de la caída, ningún hombre tendría poder sobre el pecado. Al contrario, el pecado tiene poder sobre él. Por eso, también la muerte pasó a todos los hombres y señorea sobre ellos. El pecado *reina* sobre la raza humana por la muerte (vers. 21). Todos los hombres, por naturaleza están sometidos a *la ley del pecado y a la muerte* (8:2).

Después de la caída en el pecado, el hombre no puede dominar o tener control de éste, sino que el pecado ha tomado el control del hombre y lo domina (7:14b, 21, 24). Esto significa estar bajo *el dominio* de la ley y *el reino* de la muerte (7:14b, 21, 24).

Por eso también, todos los hombres por causa de la caída de Adán son culpables frente a Dios.

Para probarlo, veamos los vers. 13-14 que tratan de la época que hubo entre Adán y Moisés. En esta época no hubo ley. Por eso, justamente esta época arroja luz sobre las consecuencias del pecado de Adán.

Como en esa época no había ley, el hombre no podía pecar de la misma manera que pecó Adán. Sin embargo, el pecado de Adán fue *una transgresión* real, porque sabiendo de antemano que actuaría contra el mandamiento de Dios (Gén. 2:17), aún así, lo hizo. Eligió cometer pecado a pesar de que podía evitarlo. Su transgresión fue voluntaria y consciente. Por eso no podía excusarse de su pecado.

Su falta le fue acreditada como culpa y por eso Adán tuvo que sufrir el castigo de Dios, la muerte.

Pero no fue así con los hombres que vinieron después de él. Como entonces no había ley, su pecado no llegó a ser una transgresión consciente y voluntaria.

Por eso, los pecados que fueron cometidos en aquella época no podían ser acreditados al hombre como culpa. Entonces, es también natural pensar que no vendría sobre ellos el castigo del pecado, es decir, la muerte.

No obstante, la muerte reinaba también en aquella época. Lo cual se puede explicar solamente de una manera: Todos los hombres eran culpables *en Adán*.

Luego, después de que la ley fue dada por Moisés, los pecados de los hombres de nuevo fueron conscientes y voluntarios, fueron transgresiones a los mandamientos de Dios. Entonces el pecado y la culpa fueron aumentando (vers. 20). Y por eso la muerte reinó sobre el hombre.

Pero la muerte también reinó sobre el hombre *antes* que viniera la ley de Moisés, mientras aún no existía la ley y mientras el pecado no podía serles acreditado. Esto prueba, cómo todos llegaron a ser responsables de lo que cometió uno solo hombre -Adán. Por el hecho de que uno pecó, todos llegaron a ser pecadores.

Por el hecho que uno llegó a ser culpable, todos fueron culpables. Y como uno fue sometido a la muerte, la muerte llegó a reinar sobre todos los hombres.

Entonces, esto es lo que la Biblia nos enseña acerca de la época entre Adán y Moisés.

Pero preguntamos: ¿Para qué sirve la ley de Dios si todos los hombres son pecadores, culpables y así, por causa de su pecado, fueron sometidos al poder de la muerte?

Hallamos la respuesta en los vers. 20-21.

Pero antes tenemos que preguntar, ¿qué quiere decir: “la muerte reina sobre los hombres”?

Para poder responder, tenemos que saber qué quiere decir “la muerte” ¿Se refiere a *la muerte corporal* o tiene otro sentido?

Muchos exégetas dicen que *no* se trata de la muerte corporal. Esto dicen porque no creen que la muerte corporal sea una consecuencia del pecado. Por eso afirman que Rom 5:12-14 no habla de la muerte física, porque el tema aquí es la muerte como consecuencia del pecado.

Dicen que el hombre fue creado mortal, refiriéndose a 1 Cor. 15:47. Entonces, la muerte del cuerpo llega a ser algo natural, resultado de un proceso bajo el cual el hombre está sometido.

Por eso dicen que la muerte corporal no es un castigo por el pecado, sino que el castigo es la angustia y el temor a la muerte. A esto se refiere Rom. 5:12-14, dicen ellos.

Esta enseñanza acerca de la muerte no es bíblica. Por eso tenemos que rechazarla. Es verdad que el hombre fue creado con un cuerpo mortal. Esto, lo vemos claramente en el texto que recién citamos (1 Cor. 15:47). También esto está claro según Gén. 3:19. Pero esto no es lo mismo que decir que el hombre estaba destinado a morir aún si el pecado no hubiera entrado al mundo.

Al contrario, según Gén. 3:22 sabemos que el hombre también podría vivir corporalmente por la eternidad si comía del árbol de la vida. Por eso, después de la caída, Dios cerró el camino a este árbol para los hombres. Esto nos muestra, que el plan de Dios era que el hombre coma de este árbol si no habría caído en pecado. Si el pecado no hubiera entrado al mundo, no sabemos con seguridad qué habría pasado, porque la Biblia no nos lo ha revelado. Pero parece creíble, que el hombre, al vivir en comunión con Dios tendría que experimentar una transformación corporal, hasta obtener un cuerpo celestial.

Lo que dice la Biblia acerca de los hombres que estén vivos en el momento de la segunda venida de Cristo, aclara esto.

1 Cor. 15:51-53: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles,

y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”.

Es creíble que lo que en un momento ocurrirá en la segunda venida de Cristo, habría pasado gradualmente en los hombres si el pecado no habría entrado al mundo.

Sin embargo, a pesar de que no podemos decir mucho acerca de esto, aún podemos asegurar que, si el hombre no hubiera caído en pecado, no existiría la muerte corporal. Por eso pensamos que, Romanos 5:12-14 si se refiere a la muerte corporal.

Pero con esto, aún no dijimos todo acerca de lo que significa “la muerte”. La muerte *reina* sobre el hombre dice el vers. 14. Esto nos muestra que no se refiere *solamente* a la muerte corporal. En realidad, *toda la vida humana* está sometida a los poderes de la muerte. Todo lo que los hombres piensan, hacen, y son según su naturaleza, está sometido bajo el poder del pecado. El hombre está sometido a una ley espiritual (Rom. 8:2), y la muerte corporal no es otra cosa que una consecuencia de esta ley.

Los versículos 12 al 14 (Rom. 5) no tienen el propósito de darnos un informe muy detallado acerca de este tema. El contexto demuestra que el propósito, es mostrar *la necesidad* de obra salvadora de Jesús, y el significado de ella.

Sin embargo, es necesario que mencionemos un ejemplo, para ilustrar cuán serio es que la muerte reine sobre los hombres.

Según Génesis cap. 1 y cap. 3, vemos que Dios le dio al hombre la responsabilidad de reinar sobre el mundo y la creación. La caída en pecado no cambió esta realidad. El hombre aún tiene la facultad de investigar las leyes de la naturaleza y utilizar estas leyes. Esto lo dice la Biblia claramente. Por eso, el hombre siempre buscará profundizar sus conocimientos y sus posibilidades de dominar a la naturaleza.

El poder de la muerte no influyó en esto. Ahora vemos que el hombre ha llegado a un conocimiento científico y técnico increíble.

Pero mientras el hombre llega a dominar más y más la ciencia, el peligro es que crece también su jactancia, su autoconfianza y su deseo de extender su dominio sobre otros. Las ventajas del avance técnico y científico son muchas, pero también crecen los peligros y las desventajas. Guerras, violencia y opresión son algunos resultados.

En cuanto a la ciencia, el hombre siempre mantendrá su inteligencia.

Pero desgraciadamente, los hombres usan su dominio sobre la naturaleza para su propia ruina. Porque el hombre no conoce el “camino de paz” como dice Romanos 3:17.

Por eso no puede crear paz y felicidad en el mundo. De acuerdo con su naturaleza, el hombre no tiene la virtud de encontrar lo que produce felicidad y paz, porque la muerte

reina sobre la raza humana. Solamente por medio de la obra salvadora de Jesús se puede obtener ayuda contra todo esto.

Por medio de Jesús, las fuerzas de *la vida* comienzan a trabajar entre los hombres. Pero para que ocurra esto, es necesario que el hombre admita su miseria, se arrepienta y se vuelva a Jesucristo.

Y aquí tocamos lo más serio en cuanto a este asunto: El dominio de la muerte se muestra en el hecho de que los hombres, *no quieren* admitir y reconocer que necesitan arrepentirse.

Pero aquí, no diremos más acerca de esto.

Lo dicho hasta ahora, es para aclarar sobre cómo las fuerzas de la muerte reinan en el mundo sobre los hombres.

Tan grande es el poder de la muerte sobre la raza humana que, si Dios no hubiera intervenido, la raza humana hubiera sido destruida.

Pero la omnipotencia de Dios es tan grande, que aún los poderes de la muerte tienen que servir a lo que está de acuerdo con su plan. Eso nos enseña la muerte de Jesús en el calvario. Dios realiza sus planes de salvación en este mundo mortal. Mientras Dios actúe así, los poderes de la muerte no podrán destruir al mundo. Pero también la Biblia nos muestra que cuando el reino de Dios haya logrado su fin aquí en el mundo, en ese momento, el poder de la muerte llevará al hombre a la ruina.

Entonces, a pesar de que la muerte reina sobre la raza humana, su dominio aún no es absolutamente completo. Aquí en el mundo, también otros poderes están activos. El hombre puede ser salvo del poder de la muerte. Pero si un hombre no deja a Dios salvarlo, un día experimentará el poder absoluto de la muerte. Porque los poderes de la muerte no solamente llevan al hombre a la muerte corporal, sino a la muerte *eterna*, a la perdición. La perdición no es lo mismo que ser destruido, sino que se trata de una existencia eterna, bajo los poderes absolutos de la muerte.

Nos referiremos a algunos versículos en los cuales el apóstol Pablo habla acerca de la muerte eterna.

Romanos 6:23: "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro".

Aquí la muerte es caracterizada como lo opuesto a la vida eterna. Esto nos muestra que la perdición eterna es terrible.

No debemos olvidar que el hombre existirá corporalmente en el infierno. Porque Cristo mismo dijo en Juan 5:28-29: "Porque vendrá hora cuando todos los que están en

los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”.

Entonces, no solamente los que tienen vida eterna serán resucitados, sino también aquellos que les espera la muerte eterna, será una resurrección para el juicio y una existencia bajo los poderes de la muerte.

En Gál. 6:8, el apóstol caracteriza la perdición como *corrupción*. “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”.

Vemos aquí que la palabra corrupción es lo opuesto a la vida eterna.

También en Rom. 2:7-9, el apóstol toca lo mismo, caracterizando la vida eterna como lo positivo, gloria y paz, mientras caracteriza a la perdición como lo negativo, ira, angustia y aflicciones. Lo que la Biblia nos enseña acerca de la perdición es tan fuerte y serio que no podemos siquiera pensarlo. Sin embargo, la Palabra de Dios para nosotros está escrita en base a su amor eterno, para que nos arrepintamos, y seamos salvos. Hasta cierto punto, podemos imaginarnos como será cuando estos poderes de la muerte que ahora producen angustia, miseria, desesperación y todo lo que es malo, se desarrollen sin resistencia.

La Palabra, en Romanos 5:12-14, no solamente dice que la muerte reina sobre los hombres. También nos señala que es el pecado mismo quien realiza este dominio entre los hombres, según lo dicho en versículo 21: “el pecado reina por la muerte”.

Vimos en el capítulo 1 y 2 qué quiere decir pecado, por eso no lo repetiremos aquí. Pero para recordar a cerca del efecto de la caída de Adán, diremos que el pecado, es el egoísmo del hombre. El hombre es impío, pecaminoso, y se quiere a sí mismo y solamente a sí mismo.

Debido a la caída de Adán, ésta es la verdadera naturaleza del hombre. Y entre los hombres, por medio del pecado, se desarrolla el dominio de la muerte.

Por eso la consecuencia de la caída de Adán es muy grande y seria, el hombre vive su vida trayendo constantemente sobre sí mismo nada menos que su propia ruina.

- “Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (vers. 18).

- “Por la desobediencia de un hombre, los otros fueron constituidos pecadores” (vers. 19).

Como dijimos, la Palabra quiere decirnos algo muy preciso por medio de esto: *Dios hizo a Adán un vicario en cuanto al pecado*.

Desde Gén. 3:17, escuchamos acerca de este asunto. Dios dijo a Adán: “Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra *por tu causa*”.

En el momento que Adán pecó, Dios sujetó a todo el mundo a la maldición por causa de él. Cuando la ley fue dada por medio de Moisés se dijo lo mismo. Gál. 3:22 lo expresa así más tarde: “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado”.

Así pues, es una orden de Dios, que toda *la raza humana* tiene que sufrir por causa de lo que *uno* cometió, así también, todos los hombres son culpables por causa del pecado de uno.

Más que todo la Palabra aquí nos explica este significado vicario de la caída de Adán.

Pero el hombre natural protesta contra esto. Porque el hombre no puede aceptar tal enseñanza. Dice que es injusto, ¿Por qué nacemos al mundo con una naturaleza mala? ¿Por qué somos nosotros culpables? ¿No es injusto que nosotros tengamos la culpa por la desobediencia de uno? ¿No podía Dios pedir que Adán respondiera por sus propios pecados y nosotros por los nuestros?

Es indudable que Dios podía haberlo hecho así. Porque, por ejemplo, así es la situación para los ángeles. Ellos no pertenecen a una descendencia. Son creados como individuos, que son responsables frente a Dios como individuos.

Pero la Palabra nos aclara que Dios no quería *crear* a los hombres como a los ángeles. Es según el plan de la creación de Dios que los hombres serían una descendencia, en la cual, uno sería contado por todos, y que todos serían incluidos en uno.

Es necesario que nos cuidemos de blasfemar contra Dios, diciendo que él es injusto por haberlo hecho así.

¡Imagínate cuán terrible hubiera sido la situación del hombre, abandonado a su suerte –con todo su pecado! *¡Entonces cada hombre tendría que reparar las consecuencias del pecado, solo!*

Tratemos de imaginarnos cómo sería si Dios después de la caída de Adán hubiera creado nuevos hombres, sin pecado. ¡Entonces Adán no hubiera sido uno de ellos, y consecuentemente estaría perdido -en su pecado!

Si cada persona como individuo fuera responsable de su salvación, solamente los que nunca pecaron podrían entrar al cielo.

Dios había previsto esto. Por eso, cuando creó al hombre a su imagen, con una voluntad libre, decidió desde el principio intervenir para salvar al hombre si éste abusaba de su libre voluntad y llegaba a pecar.

Por eso, decidió hacer a *todos los hombres* responsables por el pecado de uno (Adán), para que también sea posible para uno (Cristo), ser responsable por todos.

¡Qué maravilloso es entonces el plan de Dios! Casi es imposible para nosotros creerlo. “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado” (Gál. 3:22), esto con un gran propósito:

“Para que la promesa que es por la fe en Jesucristo, fuese dada a los creyentes”.

Aquí vemos realmente el bendito secreto de la obra vicaria de Cristo. Dios deja a uno a actuar por todos. Como también ve a los todos en uno y al uno en todos.

Esta es la similitud entre Adán y Cristo. Ambos traen una consecuencia para todos los hombres, y ambos tienen importancia para todos los hombres.

Para explicar esto, los versículos 12-14, nos dan una seria descripción del pecado de Adán. La conclusión llega por fin en el vers. 14, cuando dice que Adán es, en esta manera, el prototipo de Jesús.

Pero sólo hasta aquí llega la similitud entre Adán y Cristo. Pues en todas las otras cosas, tanto como personas como en su obra son diferentes, lo cual también el siguiente texto nos lo dice.

La diferencia entre Adán y Cristo, Rom. 5:15-17

“Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los tales la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para su justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”.

El apóstol pone énfasis en lo que dice el vers. 15. “Pero el don no fue como la transgresión”, para subrayar que la consecuencia de la obra de Jesús es lo contrario a la consecuencia del pecado de Adán.

Posteriormente la Palabra continúa dándonos luz sobre la diferencia entre lo que hizo Adán e hizo Cristo para la raza humana. Pero no dice solamente esto.

Al describir la diferencia, también la Palabra habla sobre una distinción entre Adán y Cristo y el efecto que tiene esto para la raza humana.

Ante todo, hay dos cosas importantes en este texto que debemos tomar en cuenta. Primeramente, *en qué consisten los efectos contrarios de Adán y Cristo*. Luego, *la triple diferencia* que existe entre estos efectos.

Entonces, primero tenemos que subrayar que el efecto que viene de Cristo hacia los hombres es contrario al efecto que viene de Adán. Como todo fue sometido al pecado por causa de Adán, así también la salvación del pecado y la justicia viene por causa de Jesús.

El juicio y la condenación vino con Adán, pero la liberación de la condenación viene por Jesús. Y como la muerte vino con Adán, así también la vida eterna viene por Jesús.

Así como el pecado reina sobre los hombres por causa de Adán y resulta en muerte eterna, así también los poderes de la vida eterna son una realidad para todos los que creen en Jesús y les da a éstos, el privilegio de *vivir y reinar* por Jesús en el perfecto Reino de Dios.

En todas las cosas, Jesús ha reconstruido lo que Adán destruyó. Como Adán fue un vicario en el pecado, la condenación y la muerte, así también Jesús es un vicario para todos los hombres en cuanto a la justicia, la liberación de la condenación y la vida eterna. Esta es, en breves palabras, la diferencia y lo opuesto entre lo que hicieron Adán y Cristo en cuanto a toda la raza humana.

Pero eso no es todo. Como dijimos, la Palabra nos muestra *una triple diferencia* en cuanto a estos dos efectos opuestos. Esto lo estudiaremos ahora.

En primer lugar, el efecto que viene de Jesús es mucho más seguro que el de Adán.

Esto lo vemos muy claramente en el vers. 15, donde dice: “Mucho más”, lo cual implica que una cosa es más segura que otra.

Muchas veces se dice, que ninguna cosa es tan segura como el hecho de que el hombre morirá. No obstante, aquí se habla acerca de algo que es aún más seguro que esto.

Lo que es más seguro que la muerte, está expresado en el vers. 15 y 17. Más seguro, aún que la muerte, es que la gracia en Cristo Jesús es para todos los hombres. Y más seguro de que la muerte reina sobre el hombre, es el hecho de que todos los que reciben la abundante gracia y el don de justicia, vivirán y reinarán por uno: Jesucristo.

En realidad, la Palabra aquí, usa expresiones tan fuertes que no las podemos captar. Sin embargo, no podemos dudar en cuanto a su sentido: Si, por un lado, la

realidad dice que la muerte reina en la raza humana para todos aquellos que no creen en Jesús y éstos se perderán, también es mucho más seguro que para todos los que creen en Jesús, el poder de la muerte está destruido, así que la muerte corporal, solamente es un paso a la vida eterna.

Compárese con lo que dice Jesús en Juan 11:25-26: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”.

No debemos dudar que, lo que hizo Jesús, es mucho más seguro que lo que hizo Adán.

Lo que hizo Adán fue algo *humano*, y en esto, Dios no estaba presente. En cuanto a lo que Cristo hizo, también se trata de algo humano, pero Dios mismo estaba presente. Esto lo vemos en el vers. 15, que se refiere a *la gracia de Dios* y el don en la gracia de un hombre: Jesucristo. Esto lo explicaremos mejor más adelante.

Otra evidencia de que la obra de Cristo es mayor y más segura a la de Adán, es que no tiene su origen en nosotros, sino que es un don de Dios.

Por eso se usan las palabras: gracia y don. Es decir, un don que no merecíamos, el cual recibimos por nada.

El “don” se refiere a *Jesús mismo*, y todo lo que Dios nos da por medio de él. Compárese con el cap. 6 vers. 23, donde también se refiere a la vida eterna. Es justamente porque nosotros fuimos excluidos y todo depende solamente de Jesús, es que el efecto o resultado de este don es aún más seguro.

La *segunda* diferencia entre la obra de Adán y la de Cristo es la *grandeza y riqueza* que Jesús trae consigo. En el vers. 15 se dice que la gracia abundó en cuanto a su riqueza. Y en el vers. 17 se habla acerca de esta abundante riqueza. Lo que Jesús hizo no solamente nos salva de lo que hizo Adán, sino que también nos da una gloria divina y sobreabundante.

Con esto llegamos a la *tercera* diferencia en cuanto a la obra de Jesús, comparada con la de Adán. Y se refiere a que lo que hizo Jesús, tiene un alcance mayor que lo que hizo Adán.

En cuanto a Adán, la Biblia dice: “por la transgresión de aquel uno, murieron los muchos”.

Pero en cuanto a Jesús dice: “...abundaron mucho más para *los muchos* la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo”. El don en Jesucristo no solamente repara la caída de Adán, sino que tiene un mayor alcance y efecto.

¿Entonces, cómo es posible que la obra de Jesús tenga una importancia tan grande para la raza humana?

Es posible porque Jesús es quien es. Aquí tenemos que recordar lo que fue dicho acerca de la persona de Cristo en Rom. 1:2-3. Jesús es Dios y hombre en una persona. Él es Divino y humano, por eso también hace obras que son divinas y humanas. *La obra de Cristo es al mismo tiempo una obra de Dios y una obra del hombre.*

Todo lo que hizo Jesús, también lo hizo *Dios*. Y todo lo que Jesús hizo, también lo hizo la *raza humana*. Es decir, tú y yo. Por eso, la obra y la vida de Jesús restaura todo lo que el pecado destruyó y nos da una salvación completa. El siguiente texto, nos muestra mejor esto.

Un resumen de lo que significa Adán y Cristo para la raza humana, Rom 5:18-19

“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”.

El versículo 18 comienza con las palabras: “Así que”, para indicar que aquí viene la conclusión misma de lo que se dijo antes acerca de Adán y Cristo. La conclusión es tan simple y sencilla, que uno no se puede equivocar en cuanto a su sentido.

Tanto Adán como Jesús son vicarios para todos los hombres. Adán por causa de su caída (la transgresión), para condenación. Jesús por causa de su obra justa, para la justificación que lleva a la vida eterna. Esto es en breves palabras, el contenido del vers. 18.

El vers. 19 explica esto, un poco más.

Aquí se expresa en pocas palabras, tanto el fundamento de la salvación como su propósito. El fundamento es la obra y obediencia de uno que es justo, es decir de Jesucristo. El propósito es que todos sean justos frente a Dios. Esta breve conclusión no solamente repite lo que se dijo antes acerca de lo que significan Adán y Cristo para la raza humana. También vemos aquí que están mencionadas dos cosas nuevas que estudiaremos más profundamente.

En primer lugar, el vers.18 dice que la obra salvadora de Jesús es *“la justicia de uno”*. Esto se refiere a lo que Cristo hizo para cumplir la ley como nuestro vicario. El vers. 19 afirma lo mismo, caracterizando la obra salvadora de Jesús como *“la obediencia de uno”*. Entonces la obediencia de Cristo está puesta en contraste a la desobediencia de Adán.

Desobediencia es lo mismo que quebrantar la ley. Obediencia, es cumplir con la ley. Como el pecado de Adán consistió en quebrantar el mandato de Dios, así también la obediencia de Jesús consistió en cumplir con la ley.

Por eso, según la ley, Jesús es responsable frente a Dios en nuestro lugar. Esta responsabilidad la cumplió eficazmente. Esto implica dos cosas fundamentales. En primer lugar, Jesús llevó las consecuencias de nuestros pecados, es decir el juicio y el castigo de Dios fueron cargados sobre él. Jesús fue tratado como si fuera el culpable de todas nuestras transgresiones y nuestra desobediencia.

Pero no solamente esto, Jesús hizo y realmente es, todo lo que la ley exige de nosotros. Él es lo que nosotros deberíamos ser. Lo que no somos por causa del pecado. Pero lo que es, e hizo Cristo, vale frente a Dios como si sus obras fuesen nuestras obras. Entonces, tanto el juicio de la ley como las exigencias de la ley fueron cumplidos por él.

Por eso, si quieres saber cómo puedes tener paz con Dios, tienes que ver a Jesús. Es inútil verse a uno mismo. Lo que nosotros podemos hacer y ser según la ley no vale para con Dios. Pero lo que hizo Jesús y lo que también es -Jesús ahora en el cielo, donde está a la diestra del Padre-, vale frente a Dios como si nosotros mismos lo hubiésemos hecho. Por eso el texto griego en el vers. 19, dice que: "...somos presentados como justos frente a Dios en él".

El fruto de la justificación

No debemos mezclar el fruto de la justificación, con lo que el Espíritu de Dios efectúa en el creyente, es decir "el fruto del Espíritu". Como veremos luego, en un cristiano es creado algo nuevo, es decir una vida que es conforme a la ley. Pero esto, es *la consecuencia* y *el resultado* de ser constituido justo para con Dios en Jesús. No es la condición, por la cual podemos ser aceptados por Dios.

Debido a que Cristo cumplió la ley como nuestro vicario, es posible para nosotros tener comunión con Dios y continuar viviendo en comunión con él.

Otro resultado que vemos en el versículo 19 es el siguiente: Como el quebrantar la ley tenía como consecuencia la muerte, así también es seguro que la obra justa de Jesucristo tiene como consecuencia la vida eterna. Porque Dios dice en la enseñanza acerca de la ley, que el que es justo según la ley, vivirá. Jesús es justo según la ley, lo es en nuestro lugar como nuestro vicario.

Por eso, Jesús nos consiguió *el derecho* a la vida eterna. Así que, no es injusto que los que creen en Jesús tengan vida eterna, sino que, es *un derecho* que recibimos de Dios, porque Jesús cumplió con las exigencias de la ley en nuestro lugar. El que cree en Jesús no puede morir. No será condenado, sino que *vivirá eternamente*. Así también lo dice Romanos 1:17: "El justo por la fe, vivirá".

Este tema es una verdad central en las cartas de Juan. Mencionaremos algunos ejemplos:

- Juan 5:24: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

- Juan 20:31: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”.

- 1 Juan 5:11-13: “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”.

Mientras vivamos aquí en este mundo estaremos constituidos como justos frente a Dios en Jesús. Todo esto lo tenemos por la fe en él. Pero en el cielo, en el reino perfecto de Dios, también nuestra propia persona será presentada como justa frente a Dios. Según la estructura gramatical del vers. 19, vemos que el apóstol piensa en la justicia perfecta en el reino de Dios – Jesucristo – que ha sido otorgada a nosotros como nuestra propia justicia.

La justicia de Cristo y la justicia personal

Como vimos, Cristo logró una salvación totalmente completa para todos los hombres. Pero esto no significa que todos los hombres serán constituidos justos frente a Dios en Jesús. Según el griego del vers. 18 podemos ver que lo que cometió Adán, fue transmitido a nosotros por medio de nuestra naturaleza. Pero no es así en cuanto a lo que hizo Jesús. De esto, no participamos solamente por ser humanos, sino que lo obtenemos de Jesús por medio de la fe.

La Biblia habla bastante claro acerca de esto. El vers. 18 no quiere decir que todos los hombres serán constituidos justos para con Dios por causa de lo que hizo Cristo, y que todos los hombres por causa de él vivirán. Es verdad que Cristo ha expiado el pecado de todos los hombres y que cumplió la ley por todos los hombres. Así que la salvación y el derecho a la vida eterna con Dios, solamente se basa en la obra vicaria y justa de Jesús. Eso lo dice claramente el vers. 18. Pero no dice algo más. Entonces, si vemos el contexto del cap. 5 y en toda la carta los Romanos, vemos que solamente los que se arrepienten y creen en él pueden tener parte en la obra salvadora de Jesús. El que no cree, se quedará en sus pecados y tendrá que dar cuenta por sí mismo frente a Dios, esto según las exigencias y el juicio de la ley. No porque es un pecador sino porque no cree en Jesús. Pero una vez más subrayamos: *El que crea en Jesús, no será condenado, sino que vivirá.*

Compárese con Juan 3:36: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

Lo que significa la ley en la revelación de la salvación, Cap. 5:20-21

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”.

Sin abreviarlo, la carta a los Romanos nos da a entender, que ningún hombre puede ser justo para con Dios por las obras de la ley, (3:20).

Repetidas veces la Palabra nos aclara que recibimos la justicia de Dios únicamente por medio de lo que Cristo hizo y lo que él es. Y no solamente esto, sino que recibimos esta justicia por nada. La recibimos por gracia, sin que preguntemos por lo que debemos hacer nosotros, sino sólo por la fe en Jesús es que la recibimos. De esta forma, cuando se trata de nuestra salvación, la ley está excluida positiva y negativamente.

Esto va en contra de nuestro pensamiento natural y religioso. Porque el hombre, siempre piensa que Dios nos dio la ley para ayudarnos a ser como él quiere que seamos (Rom. 3:19-20). Y para que nosotros, con su fuerza, viviendo según la ley, podamos ser aceptados por él.

Los judíos pensaron en la ley como el único camino a la salvación. Pero la carta a los Romanos nos muestra claramente que la ley *nunca* fue este camino. La salvación siempre estuvo conectada con las *promesas* de Dios y el *pacto de gracia* que Dios estableció con Abraham y cumplió en Cristo.

¿Entonces, por qué Dios nos dio la ley?

Según lo que dice el vers. 20, la ley fue introducida para que el pecado abundase. Esto implica que la ley misma, después de la caída de Adán, lograría aumentar el pecado. En la época entre Abraham y Moisés, reinaba tanto el pecado como la muerte, pero esto era por causa de la caída de Adán (vers. 13-19), en esta época no hubo *transgresiones*. Pero entonces llegó la ley. Y desde ese momento aumentaron las transgresiones. Porque cuando los hombres quebrantan la ley, siempre serán culpables, así como Adán fue culpable por su transgresión (vers. 14).

El vers. 20 nos muestra la consecuencia de la llegada de la ley, es decir: “Que el pecado abundase”. Por eso, el poder y el dominio del pecado realmente aumentan cuando hay ley.

De esta manera, la ley no ayudó al hombre contra el pecado, sino por el contrario, el pecado aumentó en poder y dominio después que la ley vino. Por que el poder del pecado es la ley (1 Cor. 15:56).

¿Entonces, por qué era necesario que la ley hiciera esto?

La respuesta se encuentra en el vers. 21. Pero primero, la Palabra aclara que la gracia, es aún más grande que el pecado. Lo que Dios nos dio para salvarnos del pecado y lo que hace al hombre justo frente a Dios y nos da la vida eterna, es aún mucho más grande y fuerte que el dominio del pecado sobre la raza humana. La Palabra describió esto antes, inicialmente en los vers. 15-17.

El propósito de la ley

Viene entonces la respuesta a la pregunta. Así como el pecado reinaba por la muerte, también *la gracia* reinaría por la justicia para vida eterna, en Jesucristo nuestro Señor.

Lo que no pudo hacer la ley, lo hizo Cristo. Pero lo que hizo Jesús, no podría ayudar al hombre si la ley no hubiera sido dada al hombre por Dios. Otra vez nos referimos a Gálatas 3:22 donde dice que Dios dio la ley, “para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes”.

Este texto en Romanos 5:20-21 no pudo ser mejor caracterizado de lo que lo hizo Agustín de Hipona: “Dios no fue inclemente cuando dio la ley para aumentar la caída y el poder del pecado, sino que, Dios lo hizo para ayudar y sanar. Cuando uno está enfermo, y no conoce su enfermedad no busca al médico. Pero cuando empeora la enfermedad y la maldad crece, el paciente busca al médico, aquel que sana todo”.

En conclusión: el evangelio nos dice que todo está recuperado y reconciliado en Jesucristo nuestro Señor. Todos los que reciben su salvación gratuitamente tendrán todo lo que le pertenece a Cristo, es decir la salvación.

Hasta ahora el apóstol nos ha enseñado acerca de cómo un creyente es justo frente a Dios y acerca de la salvación; como por medio de la justicia, recibe la vida eterna para poder vivir en comunión con Dios. Por eso, según Martín Lutero, el título más adecuado para esta porción, que recién vimos, desde el 3:21 hasta el cap. 5:21, es: “*Cristo por nosotros*”.

El siguiente tema principal, (6:1–8:39), nos presenta las características de la vida nueva en Cristo. Nos explica el cambio del *corazón* del creyente. El que antes amaba el pecado, ahora lo odia. Lutero puso como título a esta sección: “*Cristo en nosotros*”.

3. El fruto de la salvación - Cristo en nosotros

6:1-8:39

Hasta aquí, la carta a los Romanos habla acerca de lo que hace a un hombre cristiano y cómo uno puede llegar a serlo. Pero, esto no implica que ya no hablará más acerca del Evangelio de Jesús y todo lo que Dios nos dio en él. Pablo aún continúa explicando el Evangelio. Pero esta explicación, tiene otra aplicación y otro propósito.

En la porción anterior, con bastante énfasis, la carta a los Romanos enseñó que nuestras propias obras no nos sirven para poder alcanzar la vida eterna. Dios nos ha excluido y Jesús lo hizo todo. Esto nos hace preguntar: ¿Qué dice entonces la Biblia acerca de la vida y las obras de un creyente? ¿No debe ser la vida de un cristiano diferente a la vida de otros hombres?

La respuesta es sí. Justamente acerca de esto, la carta a los Romanos hablará ahora. Es evidente que la fe en Jesús y el ser cristiano no solamente significa un cambio en cuanto a nuestra relación con Dios. Necesariamente también tiene que decir algo respecto a la personalidad y a la vida del creyente, porque la fe en Jesús no solamente nos hace justos frente a Dios, sino que, al hacernos justos, también hace mucho más en nosotros. Por la fe, Jesús entra en nuestro corazón, dándonos así, participación en la naturaleza divina.

Comparamos lo dicho con 2 Pedro 1:3-4: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia...”

Por la fe, Jesús vive en el corazón del hombre (Ef. 3:17). Cuando Jesús vive en el corazón y su naturaleza divina actúa, el hombre se desarrolla conforme a la voluntad del Señor.

Cuando la persona es creada de nuevo, el hombre tiene una nueva relación con todas las cosas. Tendrá una relación nueva y conflictiva con el hombre viejo, es decir con la naturaleza pecaminosa. Vivirá de otra manera y con otro propósito. Así es, si el hombre de corazón confía en el Evangelio. Porque el confiar en el Evangelio es lo mismo que nacer de nuevo.

Por eso dice 2 Cor. 5:17: “De modo si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron he aquí todas son hechas nuevas”.

El nuevo nacimiento

En cuanto al nuevo nacimiento, nos referimos a lo que fue dicho en el cap. 4. La fe en Jesús nos une con él. También nos referimos a 1 Juan 5:1 “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”.

Si tu fe en Cristo no lleva consigo lo que recién hemos indicado, en realidad no es una fe verdadera. Tu fe entonces solamente consiste en que tú, por tu propio pensamiento, mantienes como verdad lo que dice la Palabra acerca de Jesús, sin que tu corazón realmente confíe en él. En Santiago, dice que ésta, es *una fe muerta*, (Santiago 2:26). Claramente, la Palabra dice que la fe en Jesús hace al hombre nacer de nuevo, crea una nueva vida en él.

Aquí en realidad, tocamos un tema por el cual, muchos que buscan salvación se preocupan, porque entienden mal lo que dice la Biblia acerca del nuevo nacimiento. Cuando éstos, escuchan que el nuevo nacimiento es una condición para la salvación y para llegar a ser hijo de Dios, entonces también dejan de escuchar el Evangelio. Comienzan a verse a sí mismos y buscan las experiencias que piensan que deben tener antes de poder creer que pueden ir a Cristo. Esto les lleva a una dependencia de las experiencias, es lo mismo que tocamos en el cap. 4, lo cual es una de las cosas más difíciles y pesadas que puede experimentar un hombre.

Entonces, estudiaremos un poco más acerca del nuevo nacimiento.

Por un lado, podemos decir que no es malo si uno enseña que el nuevo nacimiento es una condición para ser hijo de Dios. Sin embargo, no es conveniente expresar las cosas así, y tampoco armoniza completamente con el Nuevo Testamento.

Por la fe nacemos de nuevo

La Biblia dice claramente, que ningún hombre puede ser Hijo de Dios sin haber renacido. Pero con esto *no* dijimos que debemos enseñar que el nuevo nacimiento es *la condición* para ser hijos de Dios. Como vimos, el renacimiento ocurre cuando uno escucha el evangelio acerca de Jesús y lo recibe a él. El nuevo nacimiento ocurre cuando el corazón del hombre confía en Jesús. En el momento cuando la fe es creada, también ocurre el nuevo nacimiento.

De esta manera, el nuevo nacimiento no es una condición para que uno pueda creer en Jesús, sino que, es algo que acompaña a la fe en él. Por eso, cuando se pregunta por la condición de ser salvo, la Palabra responde: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos Hijos de Dios” Juan 1:12. Y más claramente Juan 1:13 dice que ellos son nacidos de Dios.

Entonces, lo que Juan 1:12-13 dice, realmente nos muestra que el recibir a Jesús, el creer en su nombre y ser nacido de Dios, realmente expresan una misma cosa. Un

hombre que está angustiado no debe andar mirándose a sí mismo, sacando conclusiones acerca de cosas que debería haber experimentado antes de poder creer en Jesús. Al contrario, *como uno es -impío-* tiene que dirigirse a Jesús con su pecado, confiando en lo que la Palabra dice acerca de Jesús y su salvación. (Compare con Rom. 4:5).

Así entonces ocurre el nuevo nacimiento. Y el Espíritu Santo de Dios le revelará a su corazón que es lo que tiene en Cristo. Luego viene la mente nueva, de la cual habla el apóstol en Gál. 5:22, es decir como fruto del Espíritu.

Por eso vemos que, respecto a la vida cristiana, este capítulo no habla acerca de la condición de ser un creyente; sino que nos muestra lo que *hace la obra salvadora de Jesús en el corazón del creyente*, de esto habla, acerca de la vida de un cristiano aquí en el mundo y cómo puede obtener victoria sobre el pecado.

En breves palabras, aquí se habla acerca de *la santificación*, es decir, la obra de Dios en un creyente después que éste se ha arrepentido.

¿Qué es la santificación?

La santificación, no es lo mismo que *poder controlarse a sí mismo*. Es obvio que *el controlarse a sí mismo* es muy importante; más aún para un creyente, nada es más peligroso que dejar que los impulsos dominen nuestra vida. No es bueno dejar que los deseos y la codicia se desarrollen sin límites. “Los que se entregan a los placeres, viviendo están muertos” (1 Timoteo 5:6).

El apóstol mismo dice: “...golpeo a mi cuerpo y lo pongo en servidumbre” (1 Cor. 9:27). Entonces, el autocontrol según la Palabra también es algo bueno para los cristianos. Sin embargo, no es lo mismo que la santificación. A pesar de que un cristiano pueda tener dominio de sí mismo, aun así, puede ser un cristiano que no ha sido muy santificado. Por eso es necesario que no tomemos el autocontrol, como sinónimo de santificación.

Santificación tampoco es lo mismo que mejorar al viejo hombre. Eso lo vemos claramente en Romanos cap. 6–cap. 8. Pero, es necesario decir que un creyente, debido a la santificación llega a ser mejor. Pero ser mejor de esta manera, no implica que nuestra naturaleza vieja haya sido mejorada.

Entonces, ¿Qué es la santificación?

Para poder entender esto, tomemos como punto de partida, un versículo muy importante, que encontramos en Apocalipsis 22:11 “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo sea inmundo todavía; y el que es justo practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía”.

Este texto, claramente dice algo que es fundamental para toda la vida de una persona. *Como es un hombre también así será su vida.* Si un hombre es injusto, también practica la injusticia. Por eso será más y más injusto. El que es impuro, hará lo impuro y será impuro. Al contrario, el que es justo, hace lo justo y será justo. *Y el que es santo será santificado.*

Entonces, un hombre no será santificado para llegar a ser santo; sino que, tiene que ser santo para ser santificado.

Entonces, ¿Qué quiere decir ser santo?

Esto ya lo dijimos en relación con Romanos 1:17. Ser santo, quiere decir pertenecer a Dios. Quiere decir que un hombre es separado de su ambiente para estar en comunión con él. También, quiere decir que un hombre se une espiritualmente con Dios para vivir para él y servirle. Entonces, ser santo es, según la Biblia, ser cristiano. Es lo mismo que recibir el perdón de pecados, ser justificado para con Dios y ser aceptado por él como su Hijo.

La palabra “santificación” solamente puede ser usada por los que son cristianos. Solamente ellos son santos y pueden ser santificados.

Entonces, ¿Cómo puede uno ser santo?

En realidad, ya se dio la respuesta en el cap. 3:21–cap. 5:21. El hombre puede ser santo solamente, de una manera, arrepintiéndose delante de Jesús y creyendo en él. Hebreos 10:10-14, lo dice claramente:

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”.

En realidad, el ser santificados, no depende de nosotros, no depende de algo que debemos ser o hacer. Solamente Jesucristo, su reconciliación y la justicia que tenemos en él, nos hace santos.

En Juan 13, Jesús ilustra esto. Aquella última noche, Jesús sabía muy bien acerca de los pecados de sus discípulos. Hubo que reprenderlos por estar discutiendo acerca de quién era el más grande. También anticipó la negación de Pedro y aseguró que todos huirían en el momento más crítico. Cristo sabía que sus discípulos no estaban sin pecado, y sin embargo les dijo: “Y vosotros limpios estáis, aunque no todos” (Juan 13:10).

Judas, no estaba limpio, porque no tenía una relación correcta con Jesús. Pero los demás discípulos estaban purificados de sus pecados, porque tenían a Jesús y Jesús era responsable por ellos. Luego, la misma noche Jesús les dijo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Juan 15:3).

Esto nos muestra claramente, cómo un hombre puede ser santo delante de Dios.

Pero en Juan 13 vemos también, cómo el que es puro siempre necesita ser purificado.

A pesar de que los pies de los discípulos fueron lavados, otra vez se ensuciarían durante el día y por esto tenían la necesidad diaria de lavárselos. Este ejemplo, Jesús lo usa para ilustrar que un creyente está limpio para con Dios por causa de lo que tiene en Él, sin embargo, diariamente necesita ser purificado. Ésta es una ilustración de lo que recién dijimos, sólo el que es santo, podrá ser santificado.

Un cristiano es santo, *por eso* será santificado, Lutero lo dice bien claro cuando dice que la santificación es, “ser lo que eres”. Entonces, es necesario decir con énfasis que la santificación es una consecuencia *necesaria* de haber sido hecho santo.

Pero con esto, aún no dijimos realmente qué es la santificación.

Como indicamos, ocurre un renacimiento en el hombre en el momento cuando comienza a creer en Jesús como su salvador. Jesús mismo vive por la fe en el corazón del creyente (Ef. 3:17). Esto crea una mente totalmente nueva en el creyente. Esta mente no viene de la naturaleza vieja del hombre, sino que es de Dios y entonces es como Dios. Es creada por el Espíritu Santo, por eso también es considerada como fruto del Espíritu.

Gál. 5, dice de forma clara, que la nueva mente de un cristiano no significa que el hombre viejo, es decir la carne, es mejorada o transformada.

Al contrario, dice: “el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gál. 5:17).

Y acerca de la nueva mente de un cristiano se dice que es *el fruto del Espíritu*.

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gál. 5:22-23).

La mente nueva de un creyente siempre estará en oposición a la del hombre viejo.

Lo típico del viejo hombre, es que odia la ley, pero ama el legalismo; porque el legalismo, solamente es una forma de egoísmo. Al contrario, la mente nueva está

totalmente conforme con la ley y ama la ley. Esta mente ama lo que Dios ama y odia lo que Dios odia, y también quiere lo que Dios quiere.

Es evidente, que esta mente nueva, es todo lo contrario a la naturaleza vieja. Lo característico de la naturaleza vieja es que odia la ley y ama el legalismo y el pecado. La naturaleza nueva, por el contrario, está en conformidad con la ley. Por eso ama la ley y odia el pecado.

La santificación, significa que la mente nueva crece y se desarrolla en el creyente por la obra del Espíritu Santo.

También se puede explicar de otra manera: *La santificación significa que Jesús llega a tener más y más poder e influencia en el corazón de un creyente y en su manera de vivir.*

Es Jesús mismo quien actúa en la santificación, solamente es su obra.

Pero aquí, no se trata de una obra que él está haciendo fuera de nosotros. Aquí se trata de lo que Jesús hace **en** nosotros, lo que hace en nuestra mente y nuestras obras. *Nosotros* somos transformados y cambiados por él. En realidad, seremos más parecidos a él.

En 2 Cor. 3:18 está escrito: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Vivir como cristianos, haciendo la voluntad de Dios es algo que *Cristo hace en nosotros*. Nosotros seremos transformados, nosotros hacemos, pero *Jesús* es el que lo *ejecuta* en nosotros. Por eso dice la Biblia en Juan 15:5: “Separados de mí nada podéis hacer”. Y también dice: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”.

Esto es una cosa totalmente diferente al dominarse a sí mismo o el querer mejorarse a uno mismo. Y significa que Dios crea a un hombre de nuevo. Es el mismo Cristo, en el cual creemos, quien vive y obra en nosotros y por medio de nosotros.

En 1 Tesalonicenses 5:23-24 dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

Hay muchas otras cosas que se pueden decir acerca de la santificación. Pero, las tocaremos luego. Aquí sólo mencionaremos una cosa más para aclarar que quiere decir principalmente la santificación. Es necesario distinguir estrictamente entre la justicia que tenemos como creyentes delante de Dios y la justicia que él efectúa en nosotros por medio de la santificación.

Igualdad en la justificación, diferencia en cuanto a la santificación

Todos los que creen en Jesús, tienen la misma justicia delante de Dios. Si creemos en Jesús todos somos igualmente salvos, somos hijos de Dios de la misma manera. Pero, hay grandes diferencias entre los cristianos en cuanto a su vida, su poder espiritual, su victoria sobre el pecado, su sinceridad y otras muchas cosas. Pero todo esto no influye en cuanto a su justicia delante de Dios.

Porque, nuestra justicia delante de Dios, *únicamente* se basa en lo que Jesús hizo, y lo que él es. Sea el apóstol Juan o el ladrón en la cruz, sea un cristiano que ha vivido por Cristo toda su vida o sea uno que es salvado poco antes de que muera, -a pesar de haber vivido una vida pecaminosa-, todos son igualmente justos para con Dios. Frente a Dios solamente vale la justicia de Jesús y su obra vicaria. Por eso, todos los que creen en Jesús tienen una justicia perfecta para con Dios. No hay diferencia entre ellos.

Pero no es así en cuanto a la santificación. En la vida de algunos cristianos, Cristo tiene mucha influencia, pero en la vida de otros no la tiene.

Hay dos realidades básicas que es necesario tener en mente al estudiar Romanos cap. 5—cap. 8.

Lo primero, es que la santificación, solamente ocurre, cuando Jesús vive y actúa en nuestra persona. Entonces la justicia en la vida cristiana no es como la justicia que tenemos delante de Dios en Cristo. La justicia para con Dios, Jesús la realizó *fuera de nosotros*. Nuestra justicia aquí en la vida, la efectúa *en nosotros*. Esto debería ser evidente para cada uno de los cristianos, sin embargo, lo olvidamos fácilmente. Y si olvidamos esto, frenará nuestro crecimiento espiritual, y tampoco Dios podrá usarnos según su plan. Por eso es por lo que aquí lo subrayamos.

La otra cosa que es necesaria tener en mente en este contexto, también está relacionada estrictamente con lo que recién dijimos.

Nuestra justicia para con Dios, Jesús la realizó fuera nuestro, independientemente de nosotros. Pero no es así, en cuanto a lo que tenemos que ser y hacer como cristianos, es decir, la justicia en la vida. Como esta justicia es efectuada *en nosotros*, Jesús tiene que efectuarla *junto con nosotros*. Por eso, es necesario que seamos colaboradores de Dios. Es verdad que Jesús hace todo en nosotros, sin embargo, no puede hacerlo sin nosotros.

Si nosotros no colaboramos, Cristo no puede hacer algo para transformar nuestra persona ni nos puede usar para ayudar a otras personas. El hecho de que la santificación es realizada por Jesús, no implica que *viene por sí misma*. Esto nos lo muestra claramente la Palabra.

Si es que Jesús va a desarrollar una vida santa en nosotros, la santificación nos costará trabajo, angustia, aflicción y sufrimientos. Ningún texto lo dice más breve y claramente que Filipenses 2:12-13: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Aquí, la palabra “salvación” quiere decir santificación.

1 Cor 2:16b dice que la mente de Jesucristo está en nosotros y que esta mente, por medio de nosotros, logrará que otros hombres sean bendecidos. En este texto de Filipenses, en el vers. 13 dice que Dios no solamente hace lo que tenemos que hacer nosotros, sino que también hace que nosotros *lo queramos*. Ésta es una expresión profunda, que nos dice que todo lo que tenemos que ser y hacer como cristianos es efectuado por Dios. Él crea tanto la mente nueva como nuestra voluntad, obras y vida.

Pero justamente *porque* sólo Dios lo efectúa, la Biblia nos exhorta, a que nosotros vivamos: “ocupados en nuestra salvación con temor y temblor”.

Si Dios mismo, o mejor dicho, Jesús mismo viviera en nuestros corazones por la fe y realizara todo esto independientemente, no tendría sentido exhortarnos. Nosotros solamente lo podemos hacer, porque Jesús lo hace en nosotros. Y sin embargo no puede hacerlo sin nosotros. Él nos llama para que colaboremos con él. Y nosotros entendemos que esto nos costará trabajo y sufrimientos, no es por nada que la Palabra en este contexto nos habla acerca de temor y temblor.

Si no queremos colaborar con Jesús, no vale la pena estudiar lo que la Palabra dice acerca de la santificación.

Lo maravilloso, es que la fe en Jesús le da al creyente el deseo de ser santificado. Según esta mente nueva, es natural para un creyente practicar, lo que la Biblia llama “ocuparse en su salvación con temor temblor”. Entonces, para nosotros es importante vivir según la exhortación que Dios nos da aquí por medio de su apóstol.

Resumen final

En este curso vimos que la salvación, y nuestra justificación, la recibimos gratuitamente por la fe en Jesús. Se puede decir lo mismo acerca de la santificación. También la obra de Jesús en un cristiano es por gracia, es por nada, sólo por la fe en él. Pero esto no significa que la santificación no nos causará dolor y lucha. Al contrario, como es imposible creer en Jesús como nuestro salvador sin conocer la verdad acerca de nosotros mismos, así también es imposible experimentar la obra de Jesús *en* nosotros con la idea de que todo se desarrollará automáticamente.

